

Un pr◊metido
POR NAVIDAD



NATALIA OLMEDO

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Un prometido por Navidad

Diseño de portada: Natalia Olmedo

Maquetación: Natalia Olmedo

A mis lectores, que siempre están

Un prometido por Navidad

1

El teléfono móvil me avisa de que un mensaje de Whatsapp ha llegado.

Miro la pantalla con aprehensión. No es que sea adivina ni nada por el estilo, es que sabía que aquel mensaje no tardaría en llegar.

Cojo el aparato y leo tras entrar en la aplicación el mensaje de mi madre.

Buenos días, hija. Te esperamos en cuanto empiecen tus vacaciones en la casa del pueblo para pasar juntos la Navidad. Mira tu correo, me ha dicho Olivia que ya ha sacado tu billete de avión. Papá y yo te recogeremos en el aeropuerto de la Seu d'Urgell. Un beso.

Me enfado. No lo puedo evitar. ¿Cómo es eso de que ya tengo el billete en mi correo? ¿Y cómo se ha enterado del día en que cojo las vacaciones de Navidad?

Fácil: porque lo controla todo.

Y lo peor es que mi hermana Olivia, la hija perfecta para ella y para mi padre, está siguiendo sus mismos pasos.

Me revuelvo en mi silla, incómoda. Esta mañana estoy en el despacho. Trabajo en un centro de servicios sociales del ayuntamiento de Madrid, concretamente en temas relacionados con la situación de menores en riesgo.

Pensaba pasarme la mañana estudiando informes nuevos que han llegado a mi mesa, pero por lo visto, eso tendrá que esperar algunos minutos.

Abro sesión en mi correo electrónico y, efectivamente, tengo un e-mail de mi hermana en el que me escribe una cursilada y a continuación adjunta mi billete de avión, el cual destella como un recordatorio constante de las expectativas que mis padres han tenido siempre puestas en mí.

Me muerdo una uña con desdén, y rápidamente viene a mi pensamiento esa heridita de que Olivia ha sido el orgullo de mis padres desde que nació.

Es lo que tiene ser la hija deseada, porque yo, vine de rebote.

Ya sabes, fui el espermatozoide más rápido y todo eso, pero deseada poco.

Mi hermana trabaja en uno de los bufetes de abogados más importantes de Madrid, llevando casos de alto perfil, está casada con Alberto, un médico de prestigio además de estar muy bueno y tiene dos hijos preciosos que se llaman Daniel y Marta.

Mellizos. Ale, dos por uno, como en Carrefour.

Es conocida en círculos sociales y comunitarios por su labor benéfica y tiene una casa en las afueras que quita el hipo.

Venga, supera eso.

Y no, no me llames envidiosa que me vuelvo loca, nunca he tenido problemas para sentirme contenta por sus éxitos, pero siempre he sentido que no puedo competir con su impecable vida.

En Villa Nevadella, el pueblo donde me crié y en el que mis padres siguen viviendo, todos

esperan siempre a la hija pródiga, mi hermana, mientras yo, soy esa ovejita negra de la que todo el mundo parece esperar más.

Pero el mundo solamente puede soportar a una Olivia.

Y yo soy Mía Martínez, quien decidió estudiar Trabajo Social a pesar de que mis padres no estaban de acuerdo e independizarme en Madrid trabajando en empleos precarios para poder pagar un precio desorbitado por una habitación durante mi carrera.

No entiendo por qué han decidido comprar ese maldito billete sin ni siquiera preguntarme, pero no tardo en averiguarlo.

Me mentalizo para que mi voz no tiemble mientras busco el número de mi madre en la agenda del teléfono.

No puedo evitar pensar que me están tratando como si fuera una niña pequeña, incapaz de tomar decisiones por mí misma.

Aunque eso no es ninguna novedad.

—Hola, mamá —digo tratando de sonar tranquila, aunque por dentro se me está llevando el demonio.

—Mía, cariño, ¿has leído mi mensaje?

—Claro, por eso te llamo.

Casi puedo verla cabecear de un lado a otro al otro lado de la línea.

—Ya podrías llamarnos más —comenta ella.

No sé para qué, si siempre que lo hago me echa en cara cualquier cosa.

—Ya, oye...

—¡Ya hemos comprado los polvorones! —exclama cortándome—. Si ves cómo ha quedado de bonita la casa, nena... ¡Hay guirnalda por todos lados! Olivia y Alberto ya se han organizado con los niños. ¿Has visto tu billete de avión? Papá quiere cenar langosta y...

—¡Mamá! —la interrumpo con un pequeño grito que hace que un par de compañeros se giren para mirarme. Sonrío avergonzada y nerviosa a partes iguales, disimulando. Después carraspeo—. ¿Por qué habéis comprado mi billete sin consultarme? Podría haberlo hecho yo cuando hubiera organizado mis días de vacaciones.

—Mía, siempre has sido muy indecisa. Olivia pensó que te haría bien tener tus planes hechos. Es más, necesitas desconectar del trabajo, esos niños te absorben y tus sobrinos tienen muchas ganas de verte. La Navidad es para estar con la familia. Además, no queríamos que te preocuparas por los gastos.

Cojo aire lentamente, tratando de tranquilizarme, porque realmente tengo ganas de colgar.

—¿Indecisa, yo? —pregunto.

—Sí, cielo.

Tuve muy claro irme a estudiar a Madrid y salir de ese pueblo. ¿Y de qué gastos me habla? ¿No cree que sea capaz de pagar yo el maldito billete?, pienso, pero no lo digo.

—Terminas el día veintidós, ¡apenas falta una semana! Y tú sin decirnos nada.

—Pero ¿cómo te enteras siempre de todo? —le pregunto furiosa.

—Cariño, porque lo pusiste en tu perfil de Instagram, me lo dijo Oli. Así que ya tenemos todo listo. Tu habitación, tu cama... Te he puesto ese edredón de plumas que tanto te gusta.

—¿El rosa?

—Ese, ese.

—¡Mamá, ese edredón tiene a Hello Kitty en el centro!

—¿Y qué? Bien bonito que es, anda que no nos insististe a mí y a tu padre el día que te lo

compramos.

Cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz con los dedos.

No tiene solución.

—Bueno, pero ni siquiera me habéis preguntado si acaso tengo otros planes —le digo con voz cansina.

—¿Qué planes vas a tener? Tú te vienes aquí, con tu familia. ¿Qué pensabas hacer? ¿Irte con tus amigas? Nada, nada. Tú aquí como todos los años. ¡Que te vemos muy poco!

Siento cómo la ira crece dentro de mí. Quiero ser dueña de mi vida, tomar mis decisiones y, por una vez, no sentirme inferior ni a mi hermana ni a nadie.

Me he labrado mi propio futuro, lo mío me ha costado. ¿Tanto les cuesta ver eso a ellos y dejar de infantilizarme?

¡Que tengo treinta tacos, maldita sea!

—Pero es que yo estoy feliz aquí, en Madrid, con mis amigas, mi trabajo... No necesito que Olivia organice nada. Puedo cuidarme sola.

Mamá se calla, y sé que lo que acabo de decir le ha sentado mal.

—Tu hermana solo quiere lo mejor para ti, Mía. Olivia es muy exitosa, y si sigues sus pasos, también puedes tener una vida brillante.

Entorno los ojos.

Claro, es que mi vida no es brillante.

Pero la de Olivia... la de Olivia tiene mucha purpurina y arcoíris y...

Se ve que mi hermana me ama.

La tristeza y la frustración se mezclan en mi interior. Por más que lo intento, no entienden cuánto he luchado por ser independiente y tener mi propia vida lejos de allí.

—Mira tu hermana qué bien. Alberto es maravilloso. Le hace la vida tan bonita...

—Mamá, no hace falta ningún hombre para que la vida sea bonita —le recuerdo intentando no estallar.

—Claro, eso lo dices tú, que desde que lo dejaste con Rubén, hija, estás viviendo la vida loca —me dice.

Y eso es más de lo que puedo soportar, por lo que en un impulso suelto algo que no debería decir, básicamente porque no es cierto.

Pero con tal de darle en las narices a mi madre, me doy el lujo.

—¿Sabes qué, mamá? Tengo una vida perfecta aquí en Madrid. Estoy con un hombre maravilloso y no necesito nada más.

—¿Un novio, Mía? ¿Cómo es que no lo sabíamos? —dice entonces ella con un tono chillón.

Trago saliva.

La he liado.

Sé que la he liado.

—Pues sí —digo con la boquita pequeña, después pongo morritos porque ya está, de perdidos al río.

Y para lo que me queda en el convento, pues me cago dentro.

—¿Y quién es? —pregunta mi madre, se le nota a través de la línea que ha activado su modo cotilla.

—Pues ya te lo he dicho, un chico estupendo —digo intentando pensar a toda prisa.

—Pues entonces que venga también —suelta ella rompiendo mis esquemas.

—¿Que vaya a dónde? —pregunto con el corazón acelerado.

—Pues aquí, a Villa Nevadella, ¿dónde va a ser?

—Pues...no sé si...

—Os esperamos a los dos y no hay más que hablar. Te cuelgo, cielo, tengo que hacer una tortilla de patatas.

Cuelga.

Que me ha colgado.

Mi madre me ha colgado y yo estoy descompuesta y sin novio.

¿Y ahora qué hago?

Ni idea.

Pero siento cómo la presión de sentirme atrapada entre el deseo de ser yo misma y la presión de mi familia, crece.

2

He metido la pata hasta el fondo, lo sé, pero intento concentrarme en los informes de los nuevos casos que tengo por delante tras guardar el teléfono móvil en mi bolso.

Casos MENA, negligencias, abandonos...

Al menos eso me recuerda que sí soy importante para esos niños a los que ayudo de forma constante.

Y de algún modo me siento bien al pensar en ello, porque me gusta mi trabajo y además hago que las cosas sean más fáciles para ellos.

O al menos lo intento.

Paso la mañana entre papeles y cuando paro para comer un maltrecho sándwich de pavo, lechuga y queso que he traído de casa, decido mandar un mensaje en el grupo de mis amigas para saber si podemos vernos esta misma tarde.

Todavía siento cómo me hierve la sangre al pensar en las palabras de mi madre.

En el control de Olivia.

Y en esa presión que parece que disfrutan al depositar sobre mi persona.

Por no hablar de la gran mentira que he soltado por mi boca.

Me he calentado, no debería haberlo dicho, pero ahora debo apechugar con ello, así que necesito a Clara y a Sofía para que me ayuden a esclarecer el galimatías de pensamientos que tengo en la cabeza.

Me responden algunos minutos más tarde, y quedamos en una cafetería que no queda muy lejos de mi puesto de trabajo.

Por la tarde actualizo mi agenda para la próxima semana antes de mis vacaciones, intentando adelantar en algunos de los casos, los que más fáciles me parecen antes de que me marche a descansar.

A descansar o a sufrir, según se mire.

Cuando termino, me dirijo al lugar acordado, ansiosa por verlas.

El olor a café recién hecho inunda mis fosas nasales cuando entro dentro del recinto. Clara y Sofía están sentadas en una mesita del fondo.

Cuando llego hasta ellas me quito el abrigo y las saludo con un abrazo y un beso a cada una.

—Menudo careto —comenta Clara.

Es arquitecta paisajista y no pasa desapercibido para mí el estridente color verde de su jersey.

—Necesito hablar con vosotras —comento sentándome frente a ellas.

Observo que han pedido unos cafés y tres porciones de tarta de chocolate y que el mío todavía humea, por lo que no deben llevar ahí mucho tiempo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta entonces Sofía, la psicóloga.

Las tres nos conocimos cuando comenzamos a compartir piso mientras estudiábamos cada una sus respectivas carreras.

Desde entonces, hemos sido leales las unas con las otras y ese hombrito en el que llorar cuando la cosa se tuerce.

Sinceramente, no me imagino mi vida sin ellas, y sé que ellas sin mí tampoco.

—Pues no, Sofi, no me encuentro bien —admito con un mohín.

—Déjame adivinar... —Clara finge que piensa, pero lo cierto es que sabe perfectamente por dónde van los tiros—. Ha pasado algo con tu hermana o con tu madre.

—Con las dos —contesto.

Clara da una palmada con sus manos y guiña un ojo.

—Lo sabía. Es el cuento de nunca acabar...

—Dímelo a mí.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Sofía. Sus ojos cálidos y marrones se centran en los míos.

Inhalo aire profundamente antes de desvelar el último capítulo de mi novela familiar.

—Mi madre ha superado todas las expectativas. Cuando pienso que no puede sorprenderme más... ¡pum! —doy un golpe en la mesa y Clara da un respingo sobre ella misma—. Lo hace.

—Pero ¿qué ha hecho? —pregunta Clara.

Les relato lo que me ha escrito en el mensaje y también parte de nuestra conversación durante la llamada telefónica.

—Es que no para, no para, no para... —digo en bucle. Después me llevo las manos a la frente, tratando de tranquilizarme.

—Bueno, la próxima vez, que elija tu ropa de la semana, ya de paso —comenta Sofía con el ceño fruncido—. Eso no está bien, pero ya sabes que la culpa no es suya, es tuya. Tú no puedes...

—Sofía, te pido por favor que no me psicoanalices ahora —le imploro.

—Pero ¿cómo no lo voy a hacer si estoy viendo desde aquí tu ojo derecho perrear de estrés?

Bebo un sorbo de mi café.

—Pero es que, no es que Olivia haya comprado mi billete sin consultarme, suponiendo que no puedo pagarlo yo y mi madre haya puesto ese maldito edredón en mi habitación... No.

—¿Hay más? —pregunta Clara con atención.

—Es que aquí llega la mejor parte de la conversación, y sí, Sofi, ya sé que la he liado, pero ahora ya no puedo hacer nada —aviso.

—Ay, Dios... —Sofía se revuelve su cabello castaño y rizado.

—Espérate, que verás lo que habrá dicho... —comenta Clara.

Las tres compartimos risas liberadoras, y siento que la tensión que había estado apretándome el pecho durante todo el día se alivia un tanto.

—Para evitar el sermón y las comparaciones, le dije que tengo un novio maravilloso.

—¿Cómo?

—¿Que hiciste qué?

—Por supuesto, eso es una mentira descomunal, pero no podía soportar más la presión —digo, después aprieto tanto mis labios uno contra el otro que me hago daño.

—¡Pues claro que es mentira! Sabemos que tu chirla en estos momentos tiene más telarañas que el rincón de detrás de la nevera —suelta Clara.

Clara y Sofía se miran con complicidad antes de estallar en carcajadas.

—Parad, zorras. ¿Ahora qué hago? ¡Que mi madre ya se lo habrá contado a mi padre! ¡Y a mi hermana!

—Bueno, bueno, y a tu tía Marisol, y a esa vecina que tiene esas gallinas tan gordas... ¿cómo

se llama? —dice Clara sin parar de reír.

—Trini —contesto poniendo los ojos en blanco.

—Es que de verdad... De verdad, Mía, te metes en unos líos tú sola... Con lo fácil que es poner límites a tus padres —dice Sofía, aunque no borra la sonrisa de su boca.

—No es fácil, y lo sabes. No con los míos. No con la sombra de Olivia siempre ahí, pisándome los talones.

—Bueno, a ver... ¿Qué vas a hacer? Queda una semana para que empiecen tus vacaciones. ¿Cuándo sale tu vuelo? —pregunta Clara para poner un poco de orden en mi vida, cosa que agradezco.

—Ese mismo día, por la tarde —contesto. Y entonces me doy cuenta de que tengo un problema grande y poco tiempo para solucionarlo.

—Eso. ¿Qué tienes en mente? ¿Encontrar un novio falso en una semana? —pregunta Sofía, y entonces una bombilla parece encenderse sobre mi cabeza.

—¡Eso es! —exclamo, y las dos mesas que tenemos al lado se giran para mirarnos.

—¿Qué dices? ¡Estaba de coña! —dice Sofía.

—Que no, que no, que tiene razón —me apoya Clara.

—¿Te has vuelto loca? ¿Os habéis vuelto locas las dos? —pregunta Sofía, esta vez sin sonrisa ni nada, señalándonos con el dedo.

—¿Y qué quieres que haga, la pobre? ¿Presentarse allí sin su apuesto príncipe para que la acribillen a preguntas? O peor, acaben pillando su mentira —dice Clara, y yo miro a Sofía tras asentir.

—Es que no debería haber dicho eso.

—Vale, lo sé, pero ya está dicho. Ahora solo me queda seguir.

—A ver... tenemos siete días. En siete días podemos encontrar a un macizo para ti. De esos que estén buenos, pero de verdad, que tenga cara de empujador y que consiga que a tu hermana y a tu madre se les caigan las bragas.

—¡Clara! —exclama Sofía escandalizada.

—¿Puede ser también que no sea un imbécil? Y que huela bien, y que sea culto, sensible...

—A ver, Mía, cariñete, todo en la vida no se puede. Se trata de que tú cumplas y lleves ahí a un tío. Ya está.

—Pero que mi madre le va a hacer preguntas, le va a estudiar como si fuera un animalillo de laboratorio. Parece mentira que no sepas cómo es —le recuerdo.

—Bueno, primero vamos a pensar cómo encontrarlo —me dice Clara.

—Ah, pero que estáis hablando en serio y todo —comenta Sofía.

—¡Hombre! Y tan en serio, esta Navidad yo tengo que ser la protagonista, aunque sea por una vez en mi vida —digo súper convencida.

—Vale, Mía, pues haz audiciones, si te parece. Pon carteles por toda Madrid anunciando: “Se buscan novios falsos para contentar a madre pesada” —dice Sofía con ironía.

—Ahí te has pasado, tía. Eso no se puede —argumenta Clara.

Sofía pone los ojos en blanco.

—No pillas la ironía, ¿verdad?

—Calla. Déjanos pensar —dice Clara para después tomar un sorbo de su café.

—Tías, es que como esto salga bien, mi madre me va a dejar tranquila al menos durante una temporada.

—Por eso, por eso —me anima Clara—. Vamos a encontrar a tu caballero andante.

Clara se ríe y yo la imito.

—Esto no va a salir bien —refunfuña Sofía.

—Toma —Clara corta un pedacito de tarta con el tenedor y se lo pone a Sofía ante los ojos —, come.

Sofía finalmente accede a ayudarme y continuamos discutiendo los detalles de nuestra loca idea entre risas y bromas.

Mis amigas están a bordo y listas para ayudarme a enfrentar la situación.

Porque, al fin y al cabo, ¿quién necesita un novio de verdad cuando tienes amigas dispuestas a embarcarse en una aventura como esta?

3

Una espléndida mañana baña Madrid con su luz dorada al día siguiente, pero yo admito que no he dormido demasiado y tengo unas ojeras que casi me las piso.

Son las ocho menos diez y el aroma tentador de café recién molido y croissants recién horneados flota en el aire.

Miro el mostrador de la cafetería que queda a mi izquierda y que da a la calle, quedándome rezagada de mis amigas, que me adelantan sin darse cuenta, y sintiendo cómo la boca se me hace agua al ver todos los bollitos ricos que hay perfectamente colocados tras la vitrina.

—Oye, ¿y si...? —intento preguntar sin apartar la vista de la vitrina de dulces.

Mis amigas se giran y Clara, con zancadas rápidas se acerca hasta mí para tirar suavemente de mi brazo.

—No —dice con firmeza.

—¡Pero es que tengo hambre! —me quejo.

Sofía simplemente sonríe, mirando de soslayo la vitrina.

—No, es mejor en ayunas.

Bufo y Sofía pone los ojos en blanco.

—¿Por qué siempre nos convences de todo? —pregunta a Clara.

—Porque tú eres una psicóloga muy buena y todo eso, pero te pasa como a Mía, eso de poner límites lo lleváis mal. ¡Venga! Va a ser genial, ya veréis.

En lugar de ceder a la gula matutina, Clara, Sofía y yo seguimos caminando y llegamos hasta la entrada de un estudio de yoga.

Cada una de nosotras porta una esterilla y cómoda ropa de ejercicio. Yo me he traído una mochilita para cambiarme tras la clase e ir directa al trabajo.

Clara, la gurú del bienestar del grupo y exploradora de actividades extravagantes, es quien siempre nos arrastra para acompañarla.

Ella propone la idea, Sofía la apoya y yo ya estoy muerta contra ellas.

Inevitablemente, al final terminamos disfrutando, pero solemos protestar al principio.

Entramos dentro del local y uno de los instructores nos da los buenos días.

Parece que ha hecho un pacto con la tranquilidad.

O eso, o ha fumado un poquito de pipa de la paz, tú ya me entiendes.

—¿Y este? ¿Qué te parece? —me dice Clara dándome un codazo, refiriéndose al instructor.

—¿Para qué? —le pregunto.

—Para tu novio falso.

—¿Qué dices? ¡Es un señor! —exclamo en un susurro.

—Además, es un poco calvito... —añade Sofía señalando su propia cabeza.

—Anda con la psicóloga —murmura Clara.

Nos quedamos calladas de nuevo.

El caso es que esa quietud nos contagia y enseguida nos mimetizamos con el ambiente del lugar, en el que suena de fondo música zen y apesta a Palo Santo.

El señor nos indica dónde se dará la clase de yoga y, tras buscar el espacio, dejamos nuestras cosas, desenrollamos la esterilla después de quitarnos las zapatillas y nos sentamos sobre ella.

Pocos minutos después entra una mujer, quien pienso que es la que nos dará la clase.

Lleva unas mallas ceñidas y calentadores de lana. Me pregunto para qué si va descalza, enseñando sus uñas pintadas de rojo.

—¡Buenos días, yoguis! Me llamo Javiera y hoy daré la clase yo —informa.

Javiera comienza la clase con una sonrisa radiante, cosa que a mí me cuesta imitar.

El lugar está bastante concurrido a pesar de ser primera hora de la mañana.

—Hoy es un día para dejarse llevar —dice Javiera con esa voz que te invita a probar la ayahuasca sin pensarlo—. Vamos a estirar, relajarnos y sonreírle a la vida. ¿Estáis listas?

Las presentes asentimos.

—Brazos arriba, inhala...

La clase continúa con normalidad y minutos después intento no caerme en una posición que parece un nudo humano.

Clara y Sofía parecen estar encontrando su paz interior con facilidad, pero yo no dejo de pensar en el día veintidós de diciembre, cuando empiezan mis vacaciones.

Javiera nos anima a relajarnos y a no tomarnos a nosotros mismos demasiado en serio.

—Escuchad vuestro cuerpo, no vuestro ego. ¡Dejad ir todo lo que no necesitáis! —exclama haciendo un gesto dramático al estirar los brazos hacia el techo—. Las preocupaciones, el estrés, las dietas absurdas... Dejadlo ir.

Las risas llenan el estudio mientras seguimos sus indicaciones y dejamos que el yoga nos invada de humor y liberación.

—Ahora, posición de la diosa. Vamos a liberar a Muladhara, el chakra raíz —dice Javiera colocando las piernas abiertas más allá de sus caderas y bajando las rodillas. Los brazos en alto, como si fueran las pinzas de un cangrejo.

Clara reprime una carcajada.

—Aguantamos, aguantamos, aguantamos. Respiramos... ¡Sonreíd!

—No puedo más, me tiemblan las piernas... —murmuro sintiendo cómo una fría gota de sudor me recorre la espalda.

—Abrid el chakra, bonitas... Abrid...

—¡No puedo abrir más! —se queja Sofía.

—Abrid el ano, nenas, abrid el ano y dejad que se vaya todo... —nos anima Clara.

No podemos evitar reírnos.

—Ábrelo tú si puedes —le digo.

—Como lo abra más se me escapa un pedo, tengo el ojete más apretado que la sogá de un marinero...

Mientras continuamos con nuestra clase de yoga, las risas y el espíritu humorístico de Javiera se entrelazan en una coreografía de liberación y alegría. Mis amigas y yo nos dejamos llevar por la risa, que emerge en medio de posturas que nos hacen parecer contorsionistas amateurs.

Aun así, sigo pensando en quién podría ser esa persona que me acompañe en Navidad a Villa Nevadella, pero saber que cuento con el apoyo de Sofía y Clara hace que enfrentar esta locura sea más llevadero.

Todavía no pierdo la esperanza de que esto pueda salir bien.

4

Madrid, esa ciudad vibrante que nunca se detiene, me envuelve con su caótico abrazo mientras me enfrento a otro día en el trabajo. Las calles rebosan de vida, de historias entrelazadas, y yo, como trabajadora social, estoy en el epicentro de esas conexiones.

Mi día comienza con el murmullo constante de llamadas telefónicas y los informes que demandan mi atención. Cada niño tiene su historia, su universo particular de desafíos y alegrías, y mi tarea es sumergirme en esos mundos, entender sus necesidades y ofrecerles la ayuda que merecen.

El café se convierte en mi fiel aliado mientras navego por montañas de papeleo. Las historias se despliegan ante mí como capítulos de un libro, y aunque algunas son desgarradoras, otras destilan resiliencia y esperanza.

Me encuentro inmersa en la realidad de quienes necesitan ayuda, que no son pocos. La presión es constante, pero la certeza de que mi labor puede marcar la diferencia me impulsa a seguir adelante.

La paleta de emociones se expande a medida que avanzo en los informes.

La tristeza de las historias difíciles se contrarresta con la alegría de los pequeños triunfos, esos destellos de luz que aparecen incluso en las situaciones más oscuras.

A medida que avanza el día, la tensión se acumula, pero también lo hace mi determinación. Mi trabajo no es solo un deber, es una pasión que me conecta con la esencia de la humanidad.

Qué pena que en mi familia esté tan poco valorado.

El reloj avanza, y la proximidad de las vacaciones se cierne sobre mí, haciéndose la dualidad que tengo en la cabeza más evidente: el deseo de ayudar a quienes lo necesitan y la anticipación de los días festivos que se avecinan en Villa Nevadella.

Entre informes y llamadas, me permito soñar con lo que está por venir, casi rezando porque todo salga bien y no tenga que salir por patas del pueblo en plena Nochebuena.

La “Operación Novio Falso”, bautizada así por mi amiga Clara, está en marcha, y aunque suene absurdo, la idea de encontrar a alguien dispuesto a participar en esta farsa en tan solo seis días me llena de anticipación y ese toque de locura en mi vida que no esperaba antes de que llegara a mi móvil aquel mensaje de mi señora madre.

Ay, Carmen... mi madre es de lo que no hay, ya lo estás comprobando.

Aunque, visto lo visto, yo tampoco me quedo corta, a nadie en su sano juicio se le ocurre soltar esa mentira por la boca.

No obstante, la gran incógnita de mi situación actual persiste: ¿cómo encuentro yo a ese novio?

Mi historial amoroso es tan extenso como una novela de suspense, pero solo una relación sería figura en mi lista de experiencias. Rubén, mi exnovio, ocupa ese espacio.

A pesar de eso, siento que no sé nada del amor, tan solo lo que aprendí de la serie “Física o

química” y lo que me cuentan mis amigas.

Así que queda descartado poder enamorar a alguien en seis días y que sea más real de lo que pretendo.

Como también queda absolutamente descartado Rubén por dos razones muy claras: la primera, que mis padres ya lo conocen, porque además se ha mudado al pueblo hace poco. Y la segunda, porque mis interacciones con él tras la ruptura han sido breves, y en su mayoría, nocturnas y estando beoda.

Así que la idea de recurrir a mi agenda de líos de una noche me ronda la mente como un susurro tentador. Tal vez entre todas esas conexiones fugaces encuentre a alguien dispuesto a interpretar el papel de su vida como mi falso enamorado.

Me alimento con una fiambrra de lentejas que hice anoche y la caliento en el microondas de la sala común del centro. Después sigo con el trabajo.

Cuando la tarde se acerca, entre el caos que hay sobre mi escritorio, mi compañera Bea se acerca.

—Mía, te necesito —me dice con urgencia.

—¿Qué ocurre? —le pregunto preocupada, porque su mirada me dice todo y la alarma en el tono de su voz también.

Raquel, una madre con dos hijos pequeños, enfrenta una situación de emergencia. Su vivienda ha sido desalojada y necesitan un lugar donde quedarse de inmediato, pues su pareja está trabajando fuera del país en busca de un empleo no tan precario como los hay en la ciudad.

La joven madre no tiene familia a quién acudir y su situación no admite demoras.

—No te preocupes, yo me ocupo. Dame la dirección de la chica y un número de teléfono con el que localizarla.

—¿No te importa? —pregunta Bea.

Niego con la cabeza.

Mi tarea es encontrar un refugio temporal para ella y sus hijos, por lo que, con el reloj en mi contra, me sumerjo en la búsqueda de una solución rápida.

Después de una serie de llamadas y gestiones, logro asegurar un lugar para ellos en el “Centro Esperanza Maternal”, un espacio cálido y acogedor que puede albergar a Raquel y a sus hijos esa misma tarde.

Me pongo en contacto con ella y me ofrezco a acompañarla al lugar. La gratitud en su voz cuando le comunico la noticia me llena de satisfacción.

La jornada no ha concluido, pero al menos, por hoy, una familia tiene techo sobre sus cabezas.

Raquel me da un abrazo cuando me reúno con ella y con los niños para acompañarlos personalmente a su nuevo hogar temporal.

El centro ofrece habitaciones confortables, un equipo de profesionales que brindan asesoramiento y apoyo emocional a las residentes y recursos para el desarrollo personal y el fortalecimiento de la independencia.

Las residentes tienen acceso a programas educativos que les permiten adquirir nuevas habilidades y mejorar sus perspectivas de empleo, cosa que en el caso de Raquel es muy importante, pues por la pérdida de su trabajo ha sido desalojada de la casa de alquiler en la que vivía junto a sus pequeños.

Vicente, su marido, todavía no ha podido mandar dinero.

Además, para las madres que trabajan o estudian, el centro proporciona también servicios de

cuidado infantil de confianza, asegurando que sus hijos estén en un entorno seguro y estimulante.

Cuando llegamos, la puerta se abre revelando un espacio modesto, pero repleto de gratitud.

El pequeño rincón que a partir de ahora llamarán hogar resuena con risas infantiles y la promesa de un mañana mejor.

Nos sentamos en el área común en lo que tardan en preparar una habitación para Raquel y la muchacha expresa su agradecimiento en cada palabra que me dedica.

—Es mi trabajo —le contesto sonriendo—. Pero me alegra que estés mejor. Los niños estarán bien aquí.

Se le ilumina la mirada al mirarlo correr y reír juntos.

—Parece que les gusta —dice—. Es como un regalo.

—Aquí harán todo lo posible por haceros sentir bien y ayudaros. No te sientas sola en esto —le digo.

Raquel asiente con la cabeza.

—Es difícil para mí pedir ayuda, pero no me ha quedado otra opción. ¿Cómo puedo devolverte esto?

Sonrío.

—No tienes que hacerlo. Es mi trabajo y creo en la solidaridad entre mujeres. Si en algún momento necesitas hablar o tienes alguna pregunta, no dudes en buscarme.

Raquel sonrío, y sé que lo hace con sinceridad.

—Gracias de nuevo.

Tras darle un apretón cariñoso en el hombro me despido de ella y de los dos pequeños.

La jornada que comenzó entre informes y papeleo, culmina con el eco de risas y la certeza de que mi trabajo va más allá de los expedientes.

Y lo tomo como un recordatorio de que, incluso en medio del caos, cada pequeño acto de solidaridad construye puentes hacia un futuro más brillante.

5

El ambiente navideño que ya se respira en la ciudad me acompaña en mi regreso a casa después del trabajo.

Esta noche he invitado a mis amigas a cenar a mi casa, un apartamento muy pequeño situado en el barrio de Lavapiés.

Me apetece pasar un rato agradable con ellas, no obstante, el misterio de qué haré finalmente con el novio falso que me he inventado sigue flotando a mi alrededor y necesito encontrar una solución lo antes posible.

Cuando se hace la hora pertinente de que mis amigas toquen el timbre, la estancia ya se ha impregnado de un aroma embriagador a pasta al pesto.

Un dato sobre mí que todavía no te he dicho es que la cocina es mi pequeña huida de la realidad.

Además, me gusta mucho hacer de anfitriona para que mis invitados se sientan a gusto.

Las velitas de Zaha Home que he puesto sobre la mesa parpadean con complicidad cuando doy una última ojeada a mi alrededor.

—Perfecto —murmuro orgullosa.

Dos minutos más tarde mis amigas tocan a la puerta.

—Huele que alimenta —comenta Sofía—. ¿Qué has preparado?

Me da un beso en la mejilla y se quita el abrigo.

—Tengo un hambre que da calambre —suelta Clara, que va detrás de ella.

Observo que tiene roja la nariz, debe hacer bastante frío fuera.

—Venga, vamos a cenar. He preparado mi plato estrella: pasta al pesto.

Mis amigas sonrían y nos sentamos a la mesa.

Cubiertos en mano, comenzamos a comer y Clara no tarda en dar su veredicto a mi plato.

—Joder, tía —Clara saborea la pasta con dramatismo—, cada bocado es como un beso de un italiano.

—¿A cuántos italianos has besado tú? —pregunta Sofía con una carcajada.

—A ninguno —contesta Clara poniendo morritos—, pero imagino que debe ser así.

—Estás fatal —comento yo.

—Bueno, al turrón, nunca mejor dicho. ¿Cómo va esa búsqueda? —dice Clara.

Hago una mueca y suspiro.

—Mal, joder. Mal. Voy a hacer el mayor ridículo con mi familia estas navidades.

—¿Qué dices? No, aún estamos a tiempo —me anima mi amiga.

—O estamos a tiempo de que tengas una conversación seria con tu familia y pongas los límites necesarios de una vez —sugiere Sofía.

Clara y yo la miramos como si acabara de confesar que se ha cargado a un tío después de una sesión de sadomaso.

—No, sabes que no contemplo esa opción —le digo muy seria.

—Y tirar de tus rollos nocturnos tampoco —comenta Clara.

Sofía suspira.

—Pues nada, poned anuncios —dice Sofía.

Clara se queda pensativa durante unos segundos.

—¿Qué tramas? —le pregunto.

—Suéltalo, sé que estás pensando.

—¡Ya lo tengo! —exclama Clara entonces.

—¿Qué?

—Tinder.

—¿Tinder? —preguntamos Sofía y yo al unísono.

—Eso he dicho.

Niego con la cabeza repetidas veces.

—No, no, no. Voy a hacer el ridículo —digo angustiada.

—¡Que sí!

—¿Ves cómo me das la razón?

—¡Que no!

—¿En qué quedamos? Deja de beber —comenta Sofía con el ceño fruncido mientras aleja de Clara su copa de vino blanco—, desvarías.

Clara sonríe, parece muy segura de sí misma.

—Escuchad, vamos a crear un anuncio tan irresistible que hasta Cupido se sentirá tentado a responder. Pero cuidado, sin revelar desde el principio que es una farsa. Quiero sorpresas.

—No, eso no. No me parece justo.

—Entonces, ¿qué? No quedan más opciones. Rubén, descartado. Rolletes, descartados.

—Todo descartado —afirmo, asintiendo con la cabeza.

Después lleno mi boca de pasta.

—Pon que ofreces recompensa —sugiere Sofía.

—¡No está buscando a un gato desaparecido! —exclama Clara.

—No es mala idea —admito, rumiando lo que acaba de decir Sofía.

—¿Estás segura? ¡Para eso contrata a un chico de compañía!

—¿Qué dices? Esto es distinto —le digo—. Solo tenemos que buscar las palabras adecuadas.

Mis amigas y yo nos miramos, pensando en qué podemos poner para que sea efectivo.

—Vale, lo hacemos después de cenar.

Sofía y yo asentimos ante las palabras de Clara y seguimos cenando mientras conversamos acerca de cómo nos ha ido el día en nuestros respectivos trabajos.

Cuando terminamos el postre que he preparado, un delicioso flan de huevo, nos sentamos en el sofá.

Con la decisión tomada y los teléfonos en mano, nos sumergimos en la tarea de redactar el anuncio perfecto.

Sé que esto es una locura, pero la vida está llena de todas ellas.

Y no tengo ni idea de cómo va a terminar, pero sí sé que necesito encontrar una solución inmediata.

Risas, sugerencias pícaras y un toque de ingenio se entrelazan mientras transformamos la búsqueda de un novio falso en una odisea digna de una comedia romántica navideña, justo en lo que se ha convertido mi vida en estos momentos.

La decisión está tomada: la aplicación de citas se convierte en nuestro campo de juego, y Madrid, con todas sus intrigas y suspiros, es testigo de esta búsqueda poco convencional.

La noche se desliza entre risas y complicidad en busca del compañero ideal para mi farsa navideña.

La calefacción hace su función, proporcionando una calidez reconfortante a la escena. El aire está cargado de expectación y del humo del cigarrillo que Clara se fuma mientras pensamos cómo vamos a proceder.

La emoción palpita en el ambiente.

—Venga, vamos a crear un buen perfil —dice Clara.

—Tú eres la que te vas a encargar, yo no tengo ni idea de esto —le digo.

—Encantadísima —dice Clara—. ¿Tienes alguna foto mona para poner de perfil?

Busco rápidamente en mi galería y deslizo el teléfono sobre la mesa baja que hay frente al sofá, revelando una foto que captura una de mis expresiones más auténticas.

—¿Qué opináis?

—Sales muy guapa —dice Sofía.

Clara la mira y dice:

—¡Perfecta! Ahora, la descripción.

Entre risas y chistes cómplices, creamos una descripción que equilibra el misterio y la diversión, por lo que el anuncio queda así:

Buscando el compañero de baile perfecto para una Navidad épica en un pueblo encantador. Debe tener un sentido del humor a prueba de bombas y la habilidad de pasar desapercibido ante mis padres. Bonus si puedes sobrevivir a la mirada de desaprobación de mi madre.

A continuación, emoticono de ojito guiñado y emoticono de arbolito de Navidad.

—Esto es la caña. Publicar. Ahora, a ver qué sucede.

Contengo el aliento.

Con un clic, el anuncio se desliza al universo digital de Tinder.

Y, no sé qué pasa, pero las notificaciones comienzan a aparecer como pequeños destellos de luz en la pantalla.

Sofía mira la pantalla, yo todavía no me atrevo.

—¡Aquí viene el primero! Se llama Álex.

Clara lee el perfil:

—Amante de la pizza y la música indie. No puedo resistir una buena película de Navidad. ¿Alguna vez has intentado hacer muñecos de nieve a medianoche? Podría ser divertido.

Mis amigas y yo nos miramos.

La sensación de anticipación fluye por mis venas mientras escucho. ¿Podría ser él quien me acompañara a Villa Nevadella?

—Bueno, parece que hemos encontrado a alguien con espíritu navideño —comenta Clara.

—Sí, el que a mí me falta.

—Eso es porque tienes mucha presión. ¡Haz *match*! Cuantos más candidatos, mejor.

Con un toque de mi dedo y muchos nervios en el estómago, hago *match* con Álex, inaugurando oficialmente mi búsqueda de novio falso.

Pero la pantalla se llena rápidamente con nuevas opciones, cada perfil más intrigante que el anterior.

—Mira este —dice Clara —, se llama Marcos. En su perfil pone: Experto en decoraciones navideñas y amante de las luces parpadeantes. Busco a alguien con quien compartir mi obsesión por los villancicos y las galletas de jengibre.

Sofía se ríe.

—Podríamos invitarlo a que decore tu casa, todavía no has puesto nada —dice observando a su alrededor.

Es cierto, aún no he puesto ningún adorno navideño.

No he tenido tiempo.

Bueno, tiempo sí he tenido, lo que me han faltado han sido las ganas.

—Bueno, pues a este, *match* también —comento.

Mis dedos danzan sobre la pantalla y la diversión comienza a apoderarse de mí.

Los *matches* se acumulan, cada uno prometiendo su propia dosis de humor y diversión.

La perspectiva de una Navidad peculiar en Villa Nevadella ya no me parece tan poco atractiva, y la siento más emocionante con cada deslizamiento de dedo y cada respuesta ingeniosa.

¿Quién iba a pensar que la búsqueda de un novio falso sería tan emocionante? Pero ¿cómo elegir entre tantos perfiles?

6

Me hago un café caliente nada más llegar al centro de servicios sociales. Tengo las manos congeladas y los dedos enrojecidos.

Una ola de frío está golpeando la ciudad y siento que todo calor es poco.

—Buenos días —me saluda Bea. Está sentada en la mesa redonda de la sala común, provista de una pequeña cocina con microondas y una cafetera de cápsulas.

—¿Ya estás aquí? —le pregunto frotándome las manos.

—Tengo mucho trabajo acumulado —me dice.

Sonrío.

—Una cosa detrás de otra —le digo.

—Supongo. Por cierto —llama mi atención mientras meto una cápsula de café con leche en la cafetera—, ha llamado Estefanía, ¿te acuerdas de ella?

La miro.

—Sí. La chica que tenía una bebé. Vino hace unos días a mi mesa, necesitaba ayuda para encontrar una buena escuela infantil subvencionada.

—Ajá, la misma.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunto.

El aroma del café llega hasta mi nariz y ya casi puedo saborearlo.

—Estaba preocupada. Le he dicho que podía venir a primera hora. ¿Tienes a alguien? —me pregunta Bea.

Niego con la cabeza y cojo un azucarillo. Ni siquiera me he quitado la chaqueta. Estoy helada.

—No, hasta las diez no recibo a nadie. Puedo atenderla.

—Perfecto.

Sonrío a Bea y me voy a mi mesa a preparar todo lo que me depara el día.

La rutina diaria comienza con la promesa de nuevas historias y desafíos por descubrir.

Y Estefanía, la joven madre soltera, no tarda en llegar.

Con su bebé en brazos, muestra una expresión de necesidad, buscando orientación y apoyo.

—Hola, Estefanía, buenos días. Mi compañera Bea me ha dicho que has llamado por teléfono —le digo invitándola con un gesto de mi mano a que se siente frente a mí, en la otra parte de mi escritorio, donde hay un par de sillas libres.

Ella asiente con timidez.

—Me ayudaste mucho a buscar la escuelita para mi hija. Y no sé a quién recurrir ahora, estoy enfrentando dificultades.

—Tranquila —le digo con empatía—, estás en un lugar seguro. Cuéntame, estoy aquí para ayudarte.

Estefanía comparte de nuevo su historia conmigo, marcada por la transición a la maternidad

y los desafíos cotidianos que enfrenta como madre soltera.

La falta de apoyo familiar y las preocupaciones económicas le han generado un ambiente de incertidumbre.

—Me han bajado el sueldo, pero debo dar gracias por no haber sido despedida. Están recortando personal. La cuota de alquiler es alta, la luz ha subido mucho y no tengo familia aquí y, además, mi bebé necesita medicinas que no puedo pagar. Algunas no las cubre la seguridad social.

—Entiendo —digo suspirando—. Déjame que busque tu informe, vamos a tratar de encontrar soluciones.

La conversación se adentra en los detalles de la vida de Estefanía, explorando las razones detrás de cada preocupación. La joven madre revela que su trabajo, aunque precario, es lo único que tiene para mantener a su hija, pero las exigencias financieras son abrumadoras.

—Cada mes —comenta con tristeza— más de la mitad de mi salario se va en el alquiler y en las facturas. Suerte que la niña come en la escuela infantil. He tratado de encontrar algo mejor, pero no es fácil.

Asiento con la cabeza.

—Lo cierto es que el precio de los alquileres es desorbitado —comento.

—No sé qué puedo hacer, pero así no puedo seguir. Necesito las medicinas, y no me llega el dinero —dice a punto de llorar.

—Veamos... Hay programas de asistencia y recursos comunitarios que podrían brindarte el apoyo necesario. Y respecto a las medicinas de la niña, buscaremos soluciones para garantizar su salud.

El tiempo avanza entre evaluaciones y la coordinación de recursos disponibles para la chica, quien participa activamente en la búsqueda junto a mí, revelando no solo sus preocupaciones, sino también su fuerte deseo de proporcionarle lo mejor a su pequeña.

—Quiero ser la mejor madre para ella —dice.

—Ya lo eres. Lo estás intentando, y con eso basta. ¿No crees? —le digo con dulzura—. Vamos a trabajar en esa dirección. Vamos a explorar recursos comunitarios, programas de apoyo y cualquier ayuda disponible para ti. Además, sería interesante contemplar la opción de un alquiler social.

—De acuerdo.

—De todas formas, ahora mismo lo más importante es conseguir esas medicinas.

—Eso es —contesta asintiendo con la cabeza repetidas veces.

—Suele haber programas gubernamentales, incluso farmacias con descuentos para situaciones como la tuya.

—No sabía que existieran esas opciones —reconoce la muchacha un poco avergonzada.

Sonrío.

—Pero para eso estoy yo —digo—. Además, hay organizaciones benéficas que brindan asistencia para situaciones médicas. No estás sola, no te preocupes.

—No sabía que había tantas herramientas disponibles. ¿Crees realmente que puedo conseguir las medicinas?

—Absolutamente. Además, vamos a explorar la posibilidad de reducir algunos costos y encontrar maneras de maximizar tu salario.

—Muchas gracias. Ahora debo marcharme, pero...

—Déjame ponerme a ello, te llamo en cuanto tenga algo para ti. ¿Vale?

—Vale —dice sonriendo.

Me despido de ella y le saco la lengua a la bebé, haciéndola sonreír.

Entre consulta y consulta, el día avanza entre llamadas, investigaciones en línea y la búsqueda de opciones que puedan aliviar la situación de Estefanía.

Consulto programas y organizaciones sin fines de lucro que ofrecen ayuda para el acceso a medicamentos.

Paro para comer un par de trozos de pizza que ha comprado Bea y lo que me queda de jornada la empleo en crear un plan personalizado para la muchacha.

Investigo programas de asistencia, redes de apoyo y oportunidades de capacitación que puedan contribuir a su bienestar y al de su hija.

No obstante, me centro sobre todo en contactar con alguna farmacia local que ofrezca descuentos para situaciones como la suya, asegurando que pueda comprar esas medicinas.

Le mando un mensaje con la dirección de la farmacia y me contesta dándome las gracias infinitas veces.

Sonrío.

Todavía no le digo que he hablado con varios programas de asistencia con la intención de obtener para ella una ayuda con la que pueda cubrir parte de la cuota del alquiler; no lo haré hasta que me den luz verde.

Antes de marcharme del trabajo, pues mi jornada ha terminado, le escribo: *La fuerza de una madre es admirable, Estefanía. Tu bebé tiene suerte de tenerte.*

Después cojo el abrigo y el bolso y salgo al exterior.

Si algo he aprendido en el tiempo que llevo trabajando como trabajadora social, es a dejar el trabajo en el trabajo.

Me espera una tarde interesante.

Anoche me quedé hasta tarde estudiando los perfiles con los que hice *match*, pero finalmente me decanté por los dos primeros: Álex y Marcos.

Y esta misma tarde tengo una cita con Álex.

¿Nerviosa? Para nada.

7

A tres días escasos de que comiencen mis horribles vacaciones navideñas, mi mente es un auténtico caos de desilusiones.

Las citas con Álex y Marcos fueron un completo espectáculo dantesco, por eso me abstengo de contarlas con detalles.

Irrelevantes.

Lo importante aquí es que no sé qué demonios hacer.

Rendirme, supongo.

Rendirme y quedar como una mentirosa a la que se le va la boca cuando no soporta la presión de su madre.

Al final Sofía va a tener razón, y lo mejor que puedo hacer es presentarme sola en Villa Nevadella y mostrarme tal cual soy, sin máscaras ni tonterías.

Si les gusta bien y si no pues también.

No obstante, sí dejaré por aquí la pincelada de que Álex se presentó con una hilarante colección de chistes que rivalizaban con el Club de la Comedia, pero a lo cutre, y que hicieron que casi me atragantara dos veces, y no porque me hiciera reír, sino porque ese ser era todo un despropósito.

Y Marcos fue un inesperado fanático de las marionetas, algo así como la versión moderna, masculina y distorsionada de Mari Carmen y sus muñecos. Dedicó más atención a su inanimado amigo de trapo que a mí o a lo que tuviera que proponerle.

¿En serio?

¿Es que no voy a poder encontrar a alguien normal en toda la ciudad?

A lo mejor la que debería mirarse la cabeza porque está un poco cucú, soy yo.

Que también es posible.

A estas alturas ya no descarto nada de nada.

Después de una jornada agotadora en el trabajo, decido hacer la llamada de rendición a Sofía y Clara.

Desisto con la absurda misión de encontrar un novio falso.

Me enfrentaré al inevitable ridículo y punto.

Más se perdió en la guerra.

La pantalla de mi teléfono se divide en tres y la cara de Sofía no tarda en aparecer.

—¿Qué pasa? ¿Alguna cita más que añadir al desastre? —pregunta con una sonrisa.

Hago una mueca porque no tiene ninguna gracia.

—Yo no me río, estoy desquiciada —comento.

—Bueno, al menos lo hemos intentado —dice Clara, después aprieta los labios.

—Gracias, Clara —arrugo la frente—, pero intentarlo no me ha ayudado en nada. Me rindo. No puedo encontrar a alguien decente, ya está. Ojalá fuera tan fácil como chasquear los dedos,

pero no es así. Estoy preparada para asumir el papel de solterona en la mesa de Navidad.

—Pues no me parece justo, la verdad —dice Sofía—. Chicas, os dejo, tengo que hacer la redacción de inglés y lo llevo fatal.

—¡Ahí va mi madre! ¡Yo también! —exclama Clara.

No, no hemos retrocedido en el tiempo y nos hemos convertido en estudiantes de la ESO.

No te asustes.

Lo que me faltaba.

Mi penitencia de granos y hormonas ya la superé.

Clara, como siempre, nos arrastró hace un mes para que nos apuntáramos con ella a una academia. No es que tengamos un bajo nivel de inglés ninguna de las tres, es que... bueno, ya vas conociendo a Clara, se apunta a un bombardeo y nos lleva como borreguitos.

—¿Qué redacción? Joder... llevo faltando toda la semana entre unas cosas y otras.

—Cierto —dice Sofía.

—Pues que sepas que Cash preguntó por ti, pero le dijimos que estabas muy liada en el trabajo.

Cash es el profesor y está muy bueno, por cierto.

Asiento con la cabeza.

La realidad es que he estado tan metida en mis cosas que he pasado por alto durante toda la semana que estoy apuntada a sus clases.

Qué poquito me ha importado lo cañón que está, la verdad.

—Pues pásate por la academia y das un poco la cara —propone Clara.

—Puede que tengas razón. Así me desapunto —digo.

—¿Por qué? —pregunta Sofía.

—¿Y por qué no? Yo no quiero ir a clases de inglés, Sofía. Es todo culpa de Clara.

Sofía se queda rumiando mis palabras unos instantes.

—Pues es cierto. Yo también me desapunto —dice, y observo cómo tira el papel donde tiene el título de la redacción por el aire.

—Ah, o sea que abandonáis el barco, ¿no? Pues qué bien, ten amigas para esto.

—¿Cuándo vas a empezar a hacer cosas sola? —le dice Sofía—. Si no te gusta pasar tiempo contigo misma es por algo...

—Ya está la psicóloga. Ale, os cuelgo. Escribe luego, Mía.

Clara cuelga la llamada y yo me despido de Sofía con un beso y un hasta luego.

Voy directa a la academia, necesito una distracción.

Sé que ya no hay clases a esas horas, pero también sé que el profesor se queda un ratito preparando temario y corrigiendo tareas.

No obstante, cuando llego, la escena no es la que me esperaba.

Yo había imaginado ver a Cash sentado tras su mesa, enredado en papeles, con sus gafitas de pasta de color negro que le dan un toque intelectual que desintegra ropa interior y con el aroma de su perfume flotando en el aire.

Lo sé, novelesco total, pero aunque no lo haya comentado porque tenía cosas más importantes que contarte, mi profesor de inglés es un quesito.

Sin embargo, tras tocar a la puerta y entrar dentro del aula, solo queda el aroma de su perfume de la imagen que te acabo de describir, porque Cash parece totalmente devastado, y mi corazón da un vuelco al verlo así.

—¿Cash? —digo en un susurro.

—Oh, Mía. *Hi...* ¿qué haces aquí? *Sorry, I...* —señala su alrededor, el cual observo que está un poco desordenado.

Como su cabello oscuro, el cual debe haber mesado demasiado. Parece nervioso.

—¿Qué ha pasado?

—Yo... —intenta hablar en español, pero todavía no lo controla demasiado, aunque se defiende bastante bien—. Despedida.

—¿Te han despedido? —pregunto haciendo un gesto con las manos.

Cash asiente.

—¿Por qué?

Suspira y me mira a los ojos. Sí que es guapo, sí...

—No me necesitan aquí —dice hastiado—. Mis métodos son... *too much* innovadoras.

—Innovadores —digo sonriendo.

—Eso —afirma él dejando ver un atisbo de sonrisa.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunto sentándome a su lado, dejando el bolso sobre una de las mesas.

Se mesa el pelo, llevando las manos hacia atrás de su cabeza.

—*I don't know* —dice encogiéndose de hombros.

Ya, no lo sabe.

Como para saberlo en un momento así.

Es en ese instante cuando parece que todos los planetas se alinean, Dios me toca con su dedo índice y se enciende una bombillita sobre mi cabeza en forma de idea.

Puede que me mande a la mierda, pero...

¿Y si esta es la oportunidad que he estado buscando?

—Oye —llamo su atención.

Cash me mira y me obligo a tragar saliva. Tiene unos ojos muy bonitos.

—Yo venía a disculparme por no venir a clase, estaba hasta arriba de trabajo y... bueno, otras cosas, pero creo que puedo proponerte algo.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Qué es?

—Podría resultar beneficioso para ambos.

—No entiendo.

—¿Estarías dispuesto a ser mi novio falso para Navidad? —le digo con el corazón desbocado.

—¿*What?*

—Es una historia un poco larga, ya te contaré. Pero... a ver, te acaban de despedir y yo necesito a alguien que me haga este favor. Así que... te puedo contratar. Tú mejoras tu español y yo mi inglés. Los dos salimos ganando.

Cash parece perplejo ante la propuesta, pero veo un destello de interés en sus ojos.

¿Podría ser que este último cartucho que me acabo de sacar de la manga se convierta en la solución que necesito?

Contengo la respiración, esperando su respuesta.

—¿Qué tengo que hacer? —dice entonces.

—Solo fingir que eres mi *boyfriend*.

—¿Y ya?

—Y venir al pueblo con mis padres en Navidad.

—¿Quieres que mienta?

—Sé que suena muy *crazy*... —intento hacerme la graciosa, pero acto seguido me siento ridícula.

Niego con la cabeza levemente y por un instante me temo lo peor.

—Eres mi alumna —dice.

—No, técnicamente ya no eres mi *teacher* —le digo poniendo morritos.

Eso le hace sonreír.

—Por favor, ayúdame. Y déjame ayudarte a mí a ti —le pido.

Se frota la barba oscura perfectamente arreglada, pensativo.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro. ¿Tienes mi telé...?

—Te tengo localizada, sí. En el archivo de alumnos —dice para mi sorpresa, mirándome a los ojos.

—De acuerdo, pues espero tu respuesta.

Cash asiente.

—Anímate, ¿vale? Eres un buen profesor, pronto tendrás otro trabajo, estoy segura —le digo.

Cash sonríe.

—Lo sé, pero estas cosas siempre afectan —dice tocándose el pecho.

—Tranquilo, todo estará bien —le digo, tratando al mismo tiempo de convencerme a mí misma también.

—*Thank you*, Mía —me dice en un susurro.

Niego con la cabeza, sonriendo.

Después me marcho y me doy cuenta de que mi corazón va a mil por hora.

¿He hecho lo que creo que he hecho?

8

Cuando llego a casa me da la locura y saco del altillo todos los adornos de Navidad.

Necesito distraerme con lo que sea.

Estoy tan nerviosa por la respuesta de Cash que ni siquiera me apetece llamar a mis amigas para contarles el giro que acaba de dar mi vida al hacerle la propuesta al profesor.

Reúno las cajas donde está todo guardado a mis pies y comienzo a sacar guirnaldas y demás enseres navideños.

Mi madre los renueva cada año para decorar la casita del pueblo, y a mí me da los del anterior para que haga lo mismo.

Pienso con amargura que siempre me quedo con las sobras, pero no tengo nada mejor que hacer para despejarme después de llevar semanas en medio del bullicio navideño, las luces brillantes y los villancicos que resuenan en cada rincón de la ciudad.

El árbol de Navidad, un gigante verde que se erige en la esquina de mi pequeño salón, se convierte en el epicentro de mi misión: el escenario perfecto para proyectar de forma telepática que Cash acepte la absurda propuesta de ser mi novio falso.

A ver si le llegan mis vibraciones o algo.

Yo qué sé.

Ya me aferro a lo que sea.

¿No dicen que en Navidad ocurren milagros?

Pues que el Universo me haga ese favor.

Amén.

Jesús.

Gracias.

Las cajas llenas de adornos y luces centellean con la promesa de una Navidad mágica, y yo, armada de entusiasmo y una pizca de esperanza, me sumerjo en la tarea de crear en mi casa un ambiente acogedor y festivo a pesar de que partiré hacia Villa Nevadella sola o acompañada dentro de tres días.

Cada bola de colores, cada guirnalda destellante, es elegida con precisión para evocar la calidez de la festividad.

Ojalá este espíritu navideño de pacotilla que tengo llegue hasta Cash.

El belén ocupa su lugar de honor en una de las repisas, sus diminutas figuras contando la historia antigua de la Navidad.

Con cuidado, coloco cada pastor, cada rey mago y, por supuesto, el adorable niño Jesús en el pesebre que, de alguna manera, parece adquirir un significado más profundo este año, como si estuviera tejiendo un cuento de esperanza y renovación.

Aunque, también te digo, qué valor nacer en un pesebre.

Con el frío, con las moscas...

Y esos reyes que seguían la estrella del cielo... No te digo yo que no hubieran tomado alguna cosita para hacer de su guía la gigante luz y pensar que les llevaría hasta el salvador del mundo.

Qué lástima.

Criaturita.

Las luces del árbol parpadean en complicidad, y mientras ajusto la última bola, no puedo evitar pensar el propósito real detrás de esta empresa decorativa.

Cash. Cash. Cash.

Es mi última oportunidad.

Mi pequeño apartamento se convierte en un santuario de Navidad, un escenario donde cada detalle, cada adorno, cuenta la historia de todo lo que está por venir.

Tanto para bien como para mal.

Mientras ajusto la estrella en la cima del árbol, una sonrisa traviesa se dibuja en mi rostro, pensando en la magia que estos simples actos podrían desencadenar.

Recojo las cajas vacías, las vuelvo a subir al altillo y, tras darme una ducha que logra a duras penas destensar mis músculos, me hago un sándwich de pavo y queso con zumo para cenar.

Mientras doy bocado tras bocado, no puedo evitar dejar de sentirme inferior, y tampoco de implorar para que todo me salga bien.

De algún modo, y sé que puede parecerle absurdo, he vivido bajo la sombra de mi hermana.

Y ya no sé de quién es la culpa, si de mis padres por hacerme sentir así o mía por dejar que lo hagan.

Mi hermana Olivia, la viva imagen de la perfección, destacaba incluso en las pequeñas cosas.

Mientras yo luchaba por atarme los cordones de los patines, ella ya se deslizaba grácilmente por el hielo, provocando aplausos de todo el mundo.

Poco duré apuntada en patinaje.

En cada reunión familiar, sus logros resonaban como una sinfonía de éxitos inigualables, y yo intentaba encontrar mi lugar en un escenario donde parecía no haber espacio para la imperfección.

Y la Navidad, ese tiempo de alegría y unión, también se convertía en un campo de batalla sutil. Los regalos que recibía eran siempre comparados con los de Olivia, como si el valor de un presente determinara mi valía personal.

Ese “mira el regalo de Olivia” de mi madre, resonaba como un eco doloroso en mis oídos, creando una brecha invisible que ninguna cantidad de papel de regalo colorido podía ocultar.

Así que, con las vacaciones a la vuelta de la esquina, la idea de enfrentarme a mi familia sin un compañero navideño en caso de que Cash no acepte mi propuesta, me parece más aterradora que nunca, y me sumerjo todavía más hondo en este mar de pensamientos turbulentos.

La imagen de mi familia se proyecta en mi cabeza de forma repetitiva, especialmente la figura imponente de mi madre.

Siempre tan tradicional, tan obsesiva con la perfección.

La presión para cumplir con sus expectativas ha sido una constante en mi vida. Y ahora, con la promesa falsa de acudir al pueblo con mi perfecto novio, siento el peso más que nunca.

Si Cash no acepta, me veo enfrentándome a sus comparaciones y sus hirientes comentarios, y solo esa idea hace que mi estómago dé vueltas.

Pero ¿y si Cash acepta? ¿Qué implicaciones tendrá esta farsa en mi vida?

La idea de que mi familia me descubra me atormenta, pero también sé que esta podría ser mi única oportunidad de liberarme de las ataduras de sus exigencias.

Me asaltan dudas y temores, pero también siento una extraña excitación ante la posibilidad de desafiar las normas impuestas y crear mi propio camino.

¿Será Cash el cómplice perfecto para esta locura, o simplemente una paleta de colores en el lienzo de mis complicadas relaciones familiares?

Es en este instante en el que recibo un mensaje en mi teléfono móvil de un número que no tengo agendado.

Lo cojo con manos temblorosas y leo lo que pone:

*Acepto.
Pero necesito saber más.
Do you agree?*

El corazón me da un vuelco y doy un respingo sobre mí misma.

¡Cash ha aceptado!

Ay.

Ay, Dios.

Que si estoy de acuerdo, dice.

¡Claro que estoy de acuerdo!

¡A sus pies, mi fiel caballero!

El próximo paso en este juego de apariencias decidirá no solo el curso de mis navidades, sino quizá el rumbo de mi vida.

Lo sé.

Lo siento aquí, dentro del corazoncito.

9

Anoche, tras leer el mensaje de Cash, decidí escribir a mis amigas. Merecen saber con todo lujo de detalles el último giro que ha dado mi vida, así que nos vemos para desayunar antes de entrar a trabajar.

Lo sé, las clases de yoga se han ido a pique hoy, ya lo siento, pero tengo muchas cosas que hacer y no puedo parar a practicar la posición de la diosa apretando el ano.

La cafetería en la que quedamos para vernos tiene la calefacción a todo trapo y lo agradezco mucho. Está haciendo mucho frío en Madrid estos días y me siento como un pajarillo.

Clara y Sofía no tardan en reunirse conmigo y el aroma del café recién hecho que nos envuelve crea un ambiente cómplice.

Mi sonrisa se desliza ante la expectación que destilan los ojos de mis amigas.

—No he dormido, ¿sabes? —dice Clara con la boca torcida en una mueca.

Sonrío.

—Exageras.

—No, no exagera, mírale la cara. Parece un mapache con esas ojeras. Y yo, porque tomo mis flores de Bach, que si no... —dice Sofía.

—Y porque sabes técnicas para dejar la mente en blanco, eres psicóloga. Psicóloga y bruja, porque puedes controlar tus pensamientos. Yo los míos no —explica Clara—, y esta mujer me ha tenido jugando al quién es quién toda la noche a ver si era capaz de saber la identidad de su novio falso, porque no se le ocurrió nada mejor que escribir que ya lo tenía y nada más. Así, sin anestesia, sin un detallito ni nada. Eso no se hace, Mía, no se hace y lo sabes.

—Pero si no hablaste conmigo, ¿cómo pudiste jugar al quién es quién? —le digo muerta de risa.

Lo cierto es que estoy muy contenta y no puedo negar que disfruto con esta situación, viendo cómo mis amigas se devanan los sesos intentando averiguar quién ha sido la persona que ha aceptado mi propuesta.

—¡Pues en mi cabeza, chica! —se exaspera Clara, alzando un poco la voz.

No puedo evitarlo y se me escapa una carcajada.

Clara coge la cucharilla del café y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿A que te pincho? —dice.

—¿Con la cuchara? —pregunto, divertida.

—¿Puedes decirnos ya la información? —suplica con un mohín.

—Venga, Mía, ya está. ¿No ves que estamos sufriendo? —añade Sofía.

Ruedo los ojos hacia arriba y suspiro.

—Es que os juro que la tensión es insoportable. ¿Es alguien que conocemos? ¿Uno de los chicos de Tinder? —pregunta Clara.

Mis labios se curvan en una sonrisa pícaro mientras disfruto del suspense.

—Vale, ya voy. Bueno, pues el afortunado que se hará pasar por mi novio esta Navidad es... ¡Cash!

Las dos parpadean varias veces, como si no pudieran creer lo que acaban de escuchar.

Pero no dicen nada, no reaccionan.

Ya está, les está dando algo.

Pero ¿por qué no hablan?

No se mueven, ¿respiran acaso?

—Pero decid algo, no sé —digo. Después pongo morritos.

Es Sofía quien, con incredulidad, dice:

—¿Cash? ¿El profesor de la academia? ¿Por qué?

Vale, menos mal, no se ha quedado catatónica.

No obstante, es Clara la que me preocupa, porque no ha abierto la boca todavía.

Asiento con la cabeza, respondiendo a la pregunta de Sofía.

—Clara —llamo la atención de mi amiga—. ¿Estás bien?

Entonces asiente con la cabeza.

—No sé cómo lo has conseguido, pero estoy flipando —dice.

—¿Por qué?

—¿No te das cuenta? —dice, y la verdad es que no la entiendo.

—¿De qué? —Arqueo las cejas.

—Las bragas cristianas de tu madre van a arder cuando lo lleves al pueblo —dice. Después da un sorbito a su café y lo levanta en alto como si fuera una copa de champagne caro con la que brindar.

Sofía y yo nos reímos, porque lo cierto es que Clara está como un cencerro.

—Fui a la academia, tal y como os dije. Mi pensamiento era disculparme con él por no asistir a las clases y desapuntarme. Pero cuando llegué lo vi destrozado.

—¿Destrozado? —pregunta Sofía frunciendo el ceño.

—Está despedido —informo.

—¿Han despedido a Cash? ¿Por qué? —pregunta Clara—. Pero si es lo mejor de esa academia.

—Me dijo que sus métodos no estaban gustando —explico, aunque tampoco sé mucho más—. Le propuse mi plan, me dijo que lo pensaría y anoche me envió un mensaje aceptando la propuesta y pidiéndome más detalles.

Sofía se ríe de nuevo.

—De todas las vueltas inesperadas que podía dar tu vida, esta se lleva el premio. ¿Cómo planeas que funcione? —dice.

—Tengo tres días para conocer a Cash todo lo que pueda, explicarle cómo son mis padres y... no sé, imagino que tendremos que inventar nuestra historia de amor para que el plan no tenga ningún fleco del que mi madre pueda tirar.

Sofía meneas la cabeza de un lado a otro, parece convencida. Eso significa que mis palabras no son del todo incoherentes.

—Me gusta —dice entonces.

—Yo estoy pensando... —dice entonces Clara, quien tiene la vista fija en algo que no sé qué es. Pero su mirada denota concentración.

—¿Qué?

—Como Cash tengo un *nugget* entre las piernas, va a ser decepcionante... —dice.

—Pero ¿qué dices? —le digo poniéndome roja al instante, no sé ni siquiera la razón.

—Eso Mía no puede saberlo —dice Sofía y asiento, dándole la razón—. Todavía.

Entonces la miro con los ojos muy abiertos.

—Eso tienes que averiguarlo como sea, amiga —me pide Clara.

—Bueno, bueno, de momento tengo que crear un plan con él para que seamos la pareja perfecta ante los ojos de mis padres.

—Es verdad. Lo demás vendrá solo —dice Clara.

—¿Qué demás? —pregunto. Y no sé por qué mi corazón late rápido.

—Nada, nada —dice.

Intento quitarme la tontería de la cabeza tras esta conversación, porque tengo mucho que hacer durante estos tres días y solo puedo pensar en que todo debe salir bien.

Que Cash haya aceptado ya me hace sentirme tranquila.

Al menos no iré sola al pueblo y, no es por nada, pero Cash comparado con Albertito, mi cuñado el médico, sale ganando por goleada.

Ahí queda eso.

10

El tiempo se desliza rápidamente entre mis dedos, como si las manecillas del reloj estuvieran conspirando para que estas últimas jornadas previas a la Navidad sean un torbellino de acontecimientos.

Entre la vorágine del trabajo, los preparativos navideños y el complicado arte de conocer a Cash en tan solo tres días, tiempo que me queda hasta que empiezan mis vacaciones, siento que puedo volverme loca de un momento a otro.

En el bullicio del trabajo, resuelvo casos con la misma dedicación con la que decoré mi hogar. El caso de Estefanía y su bebé avanza positivamente y gracias a la colaboración de una ONG local, se garantizarán las medicinas para su bebé sin que ni siquiera tenga que utilizar el descuento de aquella farmacia que le facilité.

Otros casos, como el de Yakooub, un niño proveniente de una familia musulmana, encuentran soluciones a medida que me sumerjo en la complejidad de las vidas que atraviesan mi escritorio.

Con cada día que pasa, la complicidad con Cash crece como una trama entrelazada que ha unido nuestras vidas de manera inesperada.

Tenía que darle los detalles de mi propuesta y, además, era necesario pasar tiempo juntos para poder representar el papel de nuestras vidas en Villa Nevadella, pero a medida que nos preparamos para el gran acto que nos espera en la casa de mis padres, siento una mezcla de nerviosismo y anticipación.

La Navidad se acerca, y con ella la incertidumbre de lo que el destino nos tiene reservado.

Durante estos tres días antes de marcharme, descubro que Cash no solamente es un profesor de inglés, sino también un apasionado de la literatura.

Sus ojos brillan al hablar de clásicos y autores contemporáneos.

Bajo su aparente calma, esconde una chispa traviesa que se enciende con sorprendente facilidad.

Como mi chirla, que admito que también suele encenderse un poquito cuando estoy delante de él.

Me recuerda a los niños cuando descubren un secreto, y su risa contagiosa me demuestra que detrás de la seriedad que escondía cuando nos daba clase en la academia a mis amigas y a mí, se esconde un espíritu juguetón.

También descubro que el café es su néctar de la vida cuando compartimos estos ratos juntos, y que su amor por enseñar va más allá de impartir conocimientos.

Comparte conmigo anécdotas sobre sus alumnos, y la paciencia y el cariño que profesa por su trabajo me revelan a un educador apasionado.

Estudió la carrera de Magisterio en Liverpool, pero su alma viajera le ha traído hasta aquí.

Con cada historia compartida y cada secreto desvelado, me doy cuenta de que este juego de

farsa navideña ha destapado mucho más que la fachada de un novio falso.

Detrás de todo lo que queremos aparentar y que recordamos con frecuencia, se oculta la recién descubierta conexión de dos almas curiosas, cada uno explorando los misterios del otro.

La tensión flota en el aire cuando nos sentamos a negociar los términos de nuestro papel como pareja frente a mis padres, como también la cantidad económica que le abonaré, además de costear su billete de avión.

Acuerdos tácitos emergen, y Cash demuestra una habilidad innata para deslizarse en este juego absurdo.

Así, gracias al *Manual de los Novios Falsos* que hemos inventado con urgencia, acordamos gestos sutiles de cariño, como roces de manos y sonrisas cómplices para hacer creíble nuestra relación ante los ojos inquisitivos de mis padres.

Por supuesto, la trama que tejemos incluye anécdotas de nuestro supuesto romance. Desde cómo nos conocimos hasta nuestros momentos más memorables, creamos recuerdos ficticios que esperamos den sustento a nuestra farsa. Me sorprende cómo los detalles inventados pueden adquirir vida propia.

Aunque no quería contemplarlo en un primer momento, Cash me convence para que evitemos el tópico de la pareja perfecta, justo lo que yo quería demostrar delante de mis padres.

Pero él, con una sonrisa que hace que me quede embobada, me explica que nuestra relación ficticia debe tener un toque de realidad, con sus altibajos y momentos de imperfección para ser creíble. Después de todo, la autenticidad puede ser la clave para engañar a los más perspicaces.

Y mi madre puede llegar a ser muy retorcida y dudar de que yo sea capaz de tener una relación amorosa tan perfecta.

También, anticipándonos a las preguntas incómodas, diseñamos una táctica de desviación y aprendemos a cambiar de tema con gracia y naturalidad, convirtiendo cualquier interrogante indiscreto en una charla ligera sobre anécdotas del trabajo o curiosidades sobre nuestros pasatiempos.

Por último, para mantener la intriga y evitar caer en la monotonía, acordamos añadir un toque de misterio a nuestra relación falsa. Pequeñas sorpresas y gestos inesperados que mantendrán a mi familia intrigada y, quizás, nos permitan disfrutar de todo lo que estamos creando.

Realmente pienso que puede salir muy bien, espero no equivocarme.

Pero, por otro lado, si me equivoco y esto se acaba convirtiendo en un error, al menos me llevo los momentos tan divertidos y sorprendentes que estoy pasando con Cash estos tres días, y los que pasaremos juntos en Villa Nevadella, compartiendo este secreto del que nadie más será testigo.

Así, mientras los adornos de Navidad nos observan en cada rincón y los acuerdos se entrelazan casi por sí solos, me encuentro agradecida por cada instante que estoy junto a Cash, un hombre cuyos secretos y sensibilidad se han convertido en los tesoros de esta inusual travesía.

Y no, no lo pienses.

No me estoy pillando de Cash.

Ni siquiera te atrevas a pensarlo.

Eso no puede suceder.

Solo me parece inteligente.

Y guapo.

Y sensible.

Y con una mente brillante.

Y divertido.

Y me hace reír.

Y me está ayudando.

Sácate los pájaros de la cabeza.

Cash es mi novio de mentira.

Simplemente eso.

11

El último día de trabajo se desvanece en una neblina de informes y despedidas. Cierro la puerta de mi despacho con un suspiro, dejando atrás los casos y preocupaciones que durante estos días no podré seguir de cerca.

Siempre he pensado que consigo dejar el trabajo en el trabajo, pero lo cierto es que cada vez que he cogido vacaciones me cuesta desconectar de él.

Me implico mucho en cada caso, en cada historia, y siento que me voy a perder muchas cosas por no estar en esa mesa de escritorio desde la que ayudo a los demás.

Incluso le he dicho a Bea que me llame si algún caso se complica, pero ella me ha dicho que estoy loca y que no piensa hacerlo.

La incertidumbre se mezcla con la emoción mientras empaco mis cosas.

Lo cierto es que voy un poco contrarreloj, mi vuelo sale en apenas unas horas.

Cuando llego a casa, lo primero que hago es dirigirme a mi habitación.

He dejado esta mañana la maleta abierta sobre la cama, como un lienzo en blanco esperando ser llenado de nuevas experiencias.

Doblo meticulosamente mi ropa, consciente de que cada prenda elegida llevará consigo una historia en potencia.

¿Qué colores elegir para la nieve y las luces parpadeantes de Villa Nevadella?

Busco prendas que griten “Feliz Navidad” sin parecer un anuncio de tienda departamental. Un vestido rojo, suéteres cómodos pero elegantes, pantalones vaqueros y de chándal, sudaderas y un abrigo que me mantenga cálida mientras caminamos por las calles nevadas de Villa Nevadella.

Bragas, muchas bragas. Mi amiga Clara siempre dice que hay que tener un cajón entero de bragas.

Un par de pijamas polares.

Y los accesorios no pueden faltar: bufandas suaves, guantes a juego, un par de botas resistentes y un gorro.

Cosas de aseo, cascotes inalámbricos, un par de libros para los ratos libres, productos de higiene femenina, condones...

¿Condomes?

No sé por qué pienso en ellos, están ahí abandonados en el primer cajón de mi mesita de noche desde hace unos meses.

Y no sé la razón, pero los meto también dentro de la maleta, la cual se llena con el cuidado de quien prepara un escenario. ¿Qué impresión quiero causar cuando abra esa maleta frente a Cash?

La respuesta, aún incierta, se enreda en mis pensamientos.

Mi mente divaga, y por un momento me veo a mí misma como una actriz que se prepara para el papel de su vida.

Cierro la maleta con un suspiro. Check verde en mi lista de tareas.

De pronto soy consciente de que este viaje no es solo sobre las apariencias, sino sobre descubrir quién soy cuando las capas de expectativas y comparaciones se desvanecen, porque lo cierto es que nunca me he parado a pensarlo.

Siempre he tratado de actuar en medio de lo que esperan de mí y lo que deseo yo.

Un limbo enfermizo que, la verdad, solo me ha hecho daño.

Pero nunca me he preguntado quién querría ser si no necesitase hacerme notar ante mi familia o ser digna de su aprobación por encima de todo.

Cómo me gustaría que fuera mi vida.

Pero de verdad, no solo parcialmente.

No obstante, la fotografía de mi familia en la mesita de noche de mi habitación me recuerda el propósito de este viaje: la necesidad de que mis padres vean en mí algo más que la sombra de mi hermana, y lo cierto es que en el fondo me da pena, me entristece y me hace sentirme todavía más pequeñita.

Pero, de algún modo, esta vez quiero ser la protagonista de mi propia historia.

El teléfono vibra, interrumpiendo mi ensimismamiento. Es un mensaje de Cash.

¿Preparándote para la gran christmas adventure?, me pregunta.

Sonrío sin poderlo evitar. Aventura navideña, dice.

Estoy haciendo mi maleta. ¿Estás preparado tú para conocer a mi familia?, le respondo.

Espero mientras observo cómo el estado del chat me indica que está escribiendo su respuesta.

No me da miedo en absoluto. Y tú... Don't worry.

Canto en mi cabeza ese “be happy” de la canción de Bob Marley.

Sonrío cuando me mande un enlace a Youtube de esa canción precisamente.

Noto una conexión innegable.

Cash me da una calma que jamás esperé que podría proporcionarme.

Y mi corazón da un vuelco inesperado al darme cuenta de lo comprometido que está para ayudarme.

Bueno, para ayudarme y porque voy a pagarle, eso también.

La conversación me recuerda que antes de coger mi avión debo comprar el billete del suyo, por lo que eso se convierte en mi siguiente tarea.

Tecleo en el buscador de mi móvil y navego por las opciones de vuelo, elijo el asiento y, al confirmar la compra, una sensación de nerviosismo mezclada con anticipación se apodera de mí.

Cash estará en Villa Nevadella antes de que la magia del día de Nochebuena envuelva el lugar.

Es que me da algo, te lo digo en serio.

¿Qué estoy haciendo?

¿Tú me lo puedes decir?

¿Es normal?

No, creo que definitivamente la que no es normal soy yo.

A lo mejor tengo una tara, un chip, algo... en el cerebro que me hace tomar este tipo de decisiones absurdas.

Por Dios bendito.

Acto seguido le mando el billete a Cash por la app de mensajería instantánea, él llegará el mismo día de Nochebuena, yo tengo que preparar antes el terreno.

Me da las gracias, y tras despedirnos por un rato, me hace prometer que le avisaré cuando

haya llegado al pueblo.

No puedo evitar sonreír ante ese comentario, pues es uno de esos que no llevan implícitas las palabras “me importas”, pero demuestran lo mismo.

¿Le importo a Cash? ¿Cuánto? ¿De qué manera?

Arreglo la casa rumiando en mi cabeza esas tres preguntas, y cuando llega la hora pertinente, mi maleta está lista y cerrada y mi casa se queda en silencio cuando salgo de ella y echo la llave.

Cojo un taxi hasta el aeropuerto y un rato antes de que pueda acceder a las puertas de embarque, mi teléfono suena de nuevo.

Es Olivia y suspiro antes de cogerlo. No hemos vuelto a hablar desde que me envió ese email con mi billete, al que, por cierto, no contesté.

¿Que si me siento culpable? Yo qué sé.

—Hola, hermanita. ¿Qué tal? ¿Ya tienes todo preparado? —me dice cuando descuelgo la llamada.

—Hola, Olivia. Estoy esperando a que me dejen acceder a las puertas de embarque. ¿Qué tal tú? —pregunto paseando mientras observo las baldosas del suelo del aeropuerto.

—Pues Alberto, los niños y yo hemos llegado esta mañana. Y nada, hemos estado poniéndonos al día aquí —me explica Olivia.

—Ah, muy bien.

—¿Te pasa algo? No contestaste mi correo y mamá me contó que tuvo una conversación contigo algo... acalorada.

—¿A mí? —pregunto como si fuera la persona más ofendida del mundo—. Solo me molestó un poco que compraras mi billete sin consultarme, eso es todo.

Claro, eso no es todo, pero queda entre tú y yo, porque paso de explicarle en este momento de dónde vienen todas mis heriditas internas.

—Oh, Mía, yo lo hice con...

—Con la mejor intención, lo sé. Pero quizá tenía otros planes, o...

—¿O?

—O no me apetecía ir, Olivia.

Mi hermana guarda silencio al otro lado de la línea durante unos instantes.

—¿Cómo no va a apetecerte venir con nosotros, Mía? Somos tu familia.

Me muerdo el labio, la verdad es que no quiero hablar de este tema con ella, y menos por teléfono.

—Bueno, Olivia, déjalo. Lo importante es que estoy esperando al avión y esta misma noche estaré allí.

Olivia suspira.

—Eres una gruñona, con lo emocionados que están mamá y papá de que vengas. Y qué calladito te tenías lo de tu novio. ¿Cómo se llama?

—Cash —digo. Y lo hago con la boquita pequeña porque todavía no me acostumbro a esta farsa.

—¿Cash? ¿No es español? —pregunta mi hermana.

—No, es de Liverpool.

—Oh.

—¿Qué?

—Nada, nada —dice rápidamente ella—. Estamos deseando conocerlo, por supuesto.

—Me alegro. ¿Me recogen papá y mamá?

—Sí. Estarán ahí a la hora en la que se supone que aterrizará tu avión si no hay ningún problema —me explica mi hermana.

—Muy bien. Nos vemos esta noche, Oli.

—De acuerdo, Mía. Muchos besitos. Estoy deseando darte un abrazo.

Cuelgo la llamada de inmediato. Tengo el corazón encogido, pero al mismo tiempo me late tan fuerte que siento que no cabe en el hueco que hay entre las costillas y el esternón.

Me acongoja sobremanera esto.

Sentir a mi hermana tan cerca, pero tan lejos a la vez.

Y hasta me siento mal, porque veo cómo ella lo intenta, pero yo no puedo acercarme, sino todo lo contrario.

Mi amiga Sofía ha intentado hablar conmigo de este tema muchas veces, pero siempre me niego en rotundo, porque sé que me rompería por dentro si mete su dedito de psicóloga en mi llaga.

Intento quitarme esto de la cabeza mirando hacia el exterior para hacer tiempo, y me esfuerzo en pensar en cómo estará decorado el pueblo y cómo será el reencuentro con mis padres.

Rato después subo al avión y el vehículo se pone en marcha.

El vuelo transcurre entre nubes y pensamientos. Me pregunto cómo será esta Navidad, si lograré cambiar la percepción que tiene mi familia de mí.

La incertidumbre persiste, pero también la esperanza.

El avión aterriza en el aeropuerto de la Seu d'Urgell cuando mi viaje finaliza, y mi corazón comienza a latir con fuerza.

Cuando salgo del aeropuerto, busco el coche de mis padres, que debe estar aparcado cerca de la puerta principal.

El frío es potente y me cobijo entre el cuello del abrigo.

—¡Mía! ¡Mía! ¡Aquí, cariño! —me grita mi madre agitando el brazo como si no hubiera un mañana.

Arrastrando mi maleta y escuchando el estridente sonido que hacen las ruedecillas en el asfalto, me acerco hasta el coche.

—Hola, hija. Qué alegría verte —dice mi padre cuando estoy junto a ellos.

Lo observo y dibujo una sonrisa en mis labios.

Se llama Carlos, tiene sesenta años, igual que mi madre y siempre ha mostrado el aspecto de un señor distinguido.

Cabello canoso, gafas progresivas.

Viste con elegancia y refleja la imagen del éxito.

Me da un abrazo y un beso y yo se lo devuelvo.

—Hola, papá. Qué caliente tienes la cara con el frío que hace aquí —comento.

—Abrígate, abrígate, hija —dice entonces mi madre, colocando mi abrigo con sus manos como solía hacer cuando era pequeña.

El aroma a azahar llega a mis fosas nasales de forma inevitable.

—¿No me das un beso? —pregunto.

Carmen, mi madre, con su cabello cuidadosamente peinado, como siempre, me acoge entre sus brazos y da un beso en mi mejilla.

—Claro que sí, hija. Si estábamos deseando verte. Creía que estabas enfadada por la última conversación que tuvimos.

Niego con la cabeza.

—No estoy enfadada, mamá.

—Bueno, ¿y tu novio? —dice entonces mi padre.

—Oh —digo yo—, pues...

—Te lo dije, Carlos. Era mentira. La niña dijo eso para desafiarme. La conoceré yo... para eso la he parido —suelta entonces mi madre, convirtiéndose esta pullita en la primera de muchas que tendré que aguantar durante mi estancia.

La miro con condescendencia.

—Mamá, iba a decir que Cash no llegará hasta el día de Nochebuena —digo intentando mantener la calma.

—¿Quién?

—Cash, mi novio.

—Pero, ¿qué nombre es ese?

—Mamá, es que él nació en Liverpool.

—¿No es español? —pregunta mi padre.

Suspiro, sintiendo cómo los nervios se me crispan debajo de la piel, y eso que acabo de llegar.

¿Por qué todo el mundo pregunta eso? ¿Qué más da?

—¿Podemos ir a casa? Tengo frío.

—Claro, claro, hija —dice entonces mi madre.

Mi padre guarda mi maleta en el maletero del coche y ambos se sientan en sus respectivos asientos.

Yo me coloco detrás y apoyo la frente la ventana.

Ya sabes, el típico momento videoclip que todas vivimos cuando vamos en un vehículo y no conducimos nosotras.

Solo me falta la música.

Pero lo cierto es que el frescor del cristal de la ventanilla me está sirviendo para no cometer la locura de bajarme del coche y coger el primer avión de vuelta a Madrid.

—Así que de Liverpool... —comenta mi padre poniendo el intermitente e incorporándose a la carretera para salir del aeropuerto.

Lo ignoro y rezo para que no me hagan más preguntas, al menos de momento.

El trayecto hasta Villa Nevadella es silencioso.

La nieve cae suavemente por el camino, creando un paisaje de cuento de hadas que contrasta con la tensión en el interior del coche, donde ninguno de los tres ha vuelto a abrir la boca.

¿Cómo reaccionarán mis padres si descubren que mi “novio” es más un acto desesperado que una realidad?

Intento tranquilizarme pensando que eso puede que nunca suceda, pero mi estado nervioso se empeña en engañar a mi cabeza para hacerme pensar en las peores situaciones que se pueden dar en el pueblo este año por Navidad.

El paisaje nevado se extiende ante nosotros mientras nos adentramos en las sinuosas carreteras de Andorra, donde se ubica Villa Nevadella.

Observo las vistas desde el coche, preguntándome si esta farsa navideña será la chispa que encienda una nueva relación con mis padres o si solo empeorará las cosas.

Un rato después, Villa Nevadella aparece ante nosotros como un refugio nevado.

Las luces parpadeantes y las calles adornadas crean un escenario mágico, pero siento que la tensión no se desvanece conforme nos acercamos a la casa familiar.

Ahí está, ese hogar del que quise escapar en cuanto tuve oportunidad.

12

La noche ya ha caído cuando llegamos a Villa Nevadella. Las calles adoquinadas y cubiertas de nieve resplandecen bajo la luz de antiguas farolas.

La casa familiar, con su fachada de piedra y tejado de pizarra, se yergue como testigo silente de memorias pasadas.

Mi padre ha sacado mi maleta del coche y se ha ofrecido a llevarla él, por lo que es mi madre quien gira la llave en la cerradura de la puerta y la abre para entrar en el interior.

Una vez dentro, el calor de la chimenea y el aroma familiar de la leña encienden una llama de nostalgia en mi pecho, como cada año cuando vuelvo por Navidad.

No obstante, la bienvenida no se limita a las paredes, sino que se expande por el salón decorado con guirnaldas centelleantes y un árbol de Navidad que destila un aire acogedor.

Incluso hay pequeños angelitos colgando de las cortinas y manualidades navideñas de mis sobrinos repartidas aquí y allá.

Lo cierto es que la casa está muy bonita decorada de esta forma.

Me llega un ligero aroma a comida desde la cocina, y entiendo que todavía no han cenado y que me estaban esperando.

Me quito el abrigo, el gorro y los guantes y los dejo en el perchero.

—¡Hola! ¡Ya estoy aquí! —exclamo. Y admito que ha sido algo que no he podido controlar, las palabras se han escapado solas de mis labios.

Olivia sale de la cocina portando una copa de vino blanco en una de sus manos.

En la otra, su alianza de boda.

—Mía, al fin has llegado —me dice con una sonrisa acercándose a mí—. ¡Qué guapa estás!

Ella sí que está guapa. Su cabello cae en cascada sobre su espalda y su radiante sonrisa parece de una portada de revista.

Me abraza y ese olor a crema hidratante que tanto la caracteriza me invade.

Le devuelvo el abrazo, sintiéndome en casa por apenas unos escasos segundos. Un abrazo breve, pero cargado de simbolismo que nos conecta durante ese instante.

—¿Te apetece beber algo? —me pregunta entonces—. Todavía no hemos cenado, te estábamos esperando.

Sonrío levemente.

—Bueno, no hacía falta —digo sin acritud.

—¿Cómo que no? Por supuesto que hacía falta. Vamos a la cocina, los niños están allí, ya no sé cómo entretenerlos —dice mi hermana.

Mis sentimientos son como un torbellino mientras observo el salón.

Los detalles cuidadosamente dispuestos, el repicar de las risas infantiles de mis sobrinos que provienen de la cocina y la calidez de la casa contrastan con el peso de las expectativas familiares.

Entramos en la cocina y encuentro a mi cuñado Alberto cuidando de los niños, quienes tienen las manos llenas de pintura y están haciendo estampaciones con esponjas en forma de adornos de Navidad sobre folios blancos.

Claro, mi hermana también es perfecta en su maternidad, que no se me olvide.

—Hola, Mía, ¿qué tal? —Alberto se acerca y me da dos besos.

No me parece que esté como siempre, pero es algo a lo que no le doy importancia.

—Bien. Mucho trabajo y esas cosas —contesto sin mucho entusiasmo.

Mis respuestas son automáticas, sopesando cada palabra para no revelar la complejidad que late en mi interior.

En la superficie, el reencuentro puede parecer un cuadro perfecto, pero las sombras de las comparaciones y las presiones acechan y sé que no van a tardar en llegar.

—¡Tía! ¡Hola, tía! ¡Mira! —Daniel se acerca con las manos manchadas en alto para saludarme.

—¡Tía Mía, tía Mía! —Marta quiere llegar primero.

Ambos corren hacia mí y las manitas sucias de pintura de Marta se estampan en mi jersey cuando tropieza con sus propios pies.

Ambos niños se asustan al ver lo que ha hecho la pequeña y se alejan.

—Tía...

—¿Qué os he dicho de correr con las manos llenas de pintura? —pregunta entonces Alberto.

—No pasa nada —digo yo, riéndome, porque es lo mejor que me puede pasar allí dentro—. No te preocupes, Alberto, todo está bien.

Aquello lo digo de corazón, lo juro.

—¿Te ríes? —pregunta Marta sin entender demasiado.

Ambos tienen cinco años, son mellizos.

—Claro que me río —digo yo—, mira qué fashion es mi jersey blanco ahora, con tu mano azul estampada en todo el medio.

—Madre de Dios... id a lavaros las manos, vamos a cenar —ordena Olivia entonces.

Los pequeños salen corriendo de la cocina, directos al cuarto de aseo.

Alberto recoge la mesa de la cocina, llena de pinturas y esponjas y Olivia comienza a moverse con gracia en la cocina, pareciendo una anfitriona impecable.

—¿Qué les pasa a esos niños? —pregunta mi padre cuando entra en la cocina.

—Que están muy nerviosos, eso es todo —responde Olivia sin apartar la vista de los alimentos que hay sobre la encimera de la cocina.

—Cielo, te he dejado la maleta en la habitación —dice mi padre.

—¿Y ese jersey? —pregunta mi madre mirándome con los ojos desorbitados.

—Oh, no es nada. Ha sido Marta, sin querer.

—Madre mía, quítatelo, te lo lavaré en seguida, como se seque la pintura estamos perdidas. Niego con la cabeza levemente, sonriendo.

—Mamá, no pasa nada, en serio.

—Quítatelo, Mía, que te lo lavo ya.

—Haz caso a mamá. Ven, tengo algo para ti —dice entonces Olivia.

Suspiro, me resigno y la sigo hacia su habitación.

Durante el trayecto me tomo un momento para absorber el ambiente.

El hogar que una vez conocí ahora parece un escenario con capas de luz y sombras.

Mi habitación, adornada con recuerdos y cambios sutiles, me espera al final del pasillo.

—Voy a mi habitación, Olivia —informo a mi hermana.

—Perfecto, ahora voy.

Entro y observo esas cuatro paredes.

La cama, ahora de matrimonio, se presenta como esa declaración silenciosa sobre la necesidad en mi vida según mi madre de ese hombre ideal.

Automáticamente pienso en Cash y me recuerdo a mí misma que debo avisarle de que ya estoy en Villa Nevadella.

No puedo evitar fijarme en el edredón que hay sobre la cama.

Lo siento, pero es lo más horroroso que he visto en mi vida.

—¡Mamá! —la llamo desde mi cuarto.

No tardo en escuchar sus rápidos pasos al llegar.

—Dime, nenita —dice cuando está a mi lado.

—¿Qué es esto? —le digo señalando la cama.

—Pues hemos cambiado la cama, para que sea más grande, aunque no sé yo si tú deberías dormir con los nenes y Cash aquí —dice llevándose el dedo índice a la barbilla, pensativa.

Parpadeo varias veces.

—¿Cómo? Mamá, me... me refiero al edredón. Es...

—¡Precioso! ¿A que sí? Yo lo elegí —dice súper orgullosa.

—¿Y no podía elegirlo yo? —pregunto.

—¿Y qué tiene de malo?

—Es mi habitación, ¿puedo elegir yo las cosas?

—Pero si ya no vives aquí.

Suspiro.

—Y eso que has dicho de dormir separados... —intento decirle.

—Ay, cariño, es que no lo conocemos.

—Mamá, tengo treinta años. ¿Qué es esto? ¿Un convento?

—Bueno, bueno, a ver qué dice tu padre.

—Me da igual lo que diga. Madre mía, estoy flipando...

—¡Ay, hija! Eres la libertina de la familia. Madrid te ha hecho mucho daño.

La miro durante unos instantes sin decir nada.

—¿Qué dices, mamá?

—¡Carmen! ¡Esto ya está! —escucho a mi padre desde la cocina.

—Voy a apartar, tu padre es inútil para ello. La cena está lista. Venga.

Dicho esto se va y yo me quedo ahí plantada, preguntándome si esta es mi casa o una cueva de la época de las cavernas.

Miro de nuevo el edredón y el estallido de colores que lo estampan desafía lo ridículo.

Entonces viene Olivia a mi habitación y observo el jersey rosa palo que lleva en las manos. Lo reconozco en seguida. Es un jersey que se compró hace años, de marca cara y reconocida y le ha salido buenísimo. Siempre me encantó porque es mullido y muy cómodo.

—Toma —dice tendiéndomelo.

—¿Para mí? —pregunto sorprendida.

—Sí. Alberto me regaló uno nuevo hace poco y, bueno, sé lo mucho que te gusta. Lo he cuidado bien y es de muy buena calidad. Póntelo y quítate el tuyo, que está manchado.

Aunque agradezco el gesto, la superioridad que parece desprender no se me escapa.

Le doy las gracias y ella sale de mi habitación para que pueda cambiarme con calma.

Los minutos avanzan y los empleamos en cenar, lo cierto es que todos estamos hambrientos.

Cuando terminamos, me disculpo y me marcho a mi habitación, han sido demasiadas emociones y necesito estar sola aunque sea un rato antes de dormir.

Mi madre se queda con mi jersey manchado, deshago mi maleta y me coloco el pijama tras darme una ducha caliente.

Me desmaquillo y me pongo la crema facial de noche tras lavarme los dientes.

Después me meto en la cama.

Es entonces cuando cojo mi teléfono móvil y compruebo que tengo varios mensajes.

Algunos de mis amigas, preocupadas por saber si he llegado ya y si ha sucedido el primer encontronazo.

Y los restantes de Cash, quien me pregunta varias veces si está todo bien y si estoy en Villa Nevadella. Está preocupado.

Relajo a mis amigas con algunas líneas y después me meto en la conversación de Cash, quien está en línea.

Y hablamos. Hablamos. Hablamos.

Hablamos tanto y de tantas cosas...

Y mi corazón se pone tonto con cada palabra.

Pero me niego a reconocer esa tontería o la actitud pizpireta que me sale sola desde que le hice la propuesta.

Y me sigue contando cosas.

Y me sigo riendo con sus ocurrencias.

Y me recomienda canciones en inglés y yo le recomiendo a él canciones en español.

Y el frío que hace fuera se mezcla con el calorcito que me hace sentir aunque esté lejos de mí.

La Navidad, supongo, que todo lo puede.

Me pregunto si podrá ayudarme, aunque sea un poquito, a sentir que estoy reconciliada con mi familia.

13

Como me quedo dormida, no me doy cuenta a qué hora exacta la tranquilidad se impone en la casa tras todas las emociones del día.

Pero sí me despierto en la madrugada tras escuchar unos extraños sonidos que retumban por el pasillo.

Me incorporo en la cama, mirando hacia la puerta de mi habitación, que está abierta, y de pronto vuelvo a sentirme como esa niña de seis años que fui, que se incorporaba de la misma manera en su cama cada vez que había tenido una pesadilla o escuchaba crujir los muebles.

Es entonces cuando la veo cruzar el pasillo.

—¿Olivia? —pregunto. —¡Olivia! —susurro intentando que me oiga, pero ella no parece hacerlo y sigue andando como si fuera un espectro.

Intrigada, me aventuro a salir de la cama y, como una sombra en la penumbra, me deslizo por el pasillo siguiendo a mi hermana.

—¿Dónde va esta? —digo muerta de frío. Tengo los pezones para rayar diamantes, he olvidado mi bata en Madrid.

Ella acciona un interruptor y una débil luz titila en la esquina, proyectando sombras danzarinas que solo aumentan mi curiosidad.

Es entonces cuando doblo la esquina y me encuentro con una escena que desafía la lógica.

Me coloco una mano sobre la boca, intentando ahogar una carcajada.

Mi hermana Olivia, en un estado de sonambulismo avanzado, se balancea frente a la despensa con movimientos torpes pero gestos decididos, danzando en una coreografía extraña.

—¿Olivia? —me acerco a ella, mirándola con diversión.

—*La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar. Porque no tiene, porque le falta, la fabada de mamá...*

La respuesta que obtengo por su parte en forma de canción me parece maravillosa, más que nada, porque me está divirtiendo y eso hace que suelte toda la tensión contenida desde que he llegado.

Mi hermana, en su éxtasis sonámbulo, ha encontrado el santuario de la despensa y procede a abrir la puerta con la determinación de un explorador en busca de tesoros.

—Vaya, vaya —digo siguiéndole el rollo—, ¿qué encontrarás en el misterioso reino de los snacks nocturnos?

Sé perfectamente cómo tengo que actuar porque no es la primera vez que veo a Olivia en este estado.

De pequeña solía levantarse muchísimo, sobre todo si había tenido un día atareado estudiando algún examen o se había peleado con alguna vecina o compañera de clase.

Ella me mira, pero sé que no me ve.

Y me siento como hace años, una niña que compartía diversiones con su hermana. Una niña

que comenzó a disociar, que se despersonalizó para crear otro “yo” que cuidara a mi yo real. Un “yo” que no sintiera nada, que no se diera cuenta de las comparaciones, que no advirtiera los favoritismos.

—*La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar. Porque no tiene, porque le falta, la fabada de mamá...* —repite.

Con un gesto ceremonial, Olivia extrae una lata de judías de ese armario como si fuera el cáliz de un antiguo ritual.

La observo, atónita.

—¿Te lo vas a comer? —le pregunto.

—Ahora no.

—Ah, mejor. Eso da unos pedos...

—Para Alberto —dice.

—¿Las judías?

Niega con la cabeza.

—Los pedos.

Suelto una carcajada y me obligo a hacerlo bajito, no quiero que mis padres se despierten, y mucho menos los niños.

Olivia no dice ni una palabra más y la observo. Está guapa hasta sonámbula, yo no quiero imaginar el aspecto que tengo con el moñete de yorkshire que me hice anoche en el flequillo cuando me puse la crema de la cara.

Cierra la puerta de la despensa y sostiene la lata de judías en la mano con una seriedad que solo puede provenir de los reinos oníricos.

Decido acompañarla a su habitación, guiándola con suavidad para no perturbar su sueño.

Alberto está roncando como un jabalí cuando llegamos.

Le quito la lata de la mano a mi hermana y le digo:

—Y en el capítulo de hoy hemos aprendido a no subestimar nunca el poder de un sonámbulo en busca de refrigerios.

Aparto el edredón de su lado de la cama y la ayudo a acostarse.

—Ale, buenas noches.

Olivia, tan obediente como manejable, me mira por última vez y cierra los ojos.

De vuelta a mi cuarto, entre risas, me acomodo de nuevo en la cama.

La primera noche en Villa Nevadella ha demostrado ser más divertida de lo que imaginaba, no obstante, me pregunto qué estará poniendo nerviosa a Olivia para que vuelva a sufrir sonambulismo.

14

El pequeño pueblo de Villa Nevadella se despliega como un cuento de hadas invernal enclavado en las montañas.

Sus calles adoquinadas, flanqueadas por casas de madera con tejados a dos aguas, cobran vida con la magia de la Navidad.

Me levanto y miro el exterior.

Está amaneciendo y el paisaje es un completo espectáculo.

He extrañado mi cama.

No es que este lugar me parezca ajeno o desconocido, es simplemente que ya no vivo aquí y he hecho de mi apartamento en Lavapiés mi hogar.

Sin pensarlo demasiado, me lavo la cara y los dientes y me coloco un vaquero, un jersey gordito y las botas.

Gorro, bufanda, guantes y, sorprendentemente, muchas ganas de empezar el día.

Escribo un mensaje a Cash dándole los buenos días y le mando una foto de los restos de amanecer que quedan en el cielo junto a una canción de Taylor Swift.

Con cuidado, cojo la copia de mis llaves que descansa en el portallaves de la entrada y salgo al exterior.

El frío de la primera hora de la mañana es potente, pero me aferro a la sensación que se me queda en el cuerpo al respirar el aire puro de la montaña.

Anoche no pude contemplar la belleza de Villa Nevadella, por lo que me entretengo bastante en mi paseo, mirando aquí y allá.

Las fachadas de las casas están adornadas con luces titilantes que destilan un brillo acogedor.

Los faroles antiguos a lo largo de las callejuelas crean una atmósfera mágica.

Los tejados y las ramas de los árboles desnudos están cubiertos de nieve fresca, transformando el lugar en un lienzo blanco.

Con cada paso que doy dejo huellas en el suelo y sonrío, me divierte.

Miro a ambos lados y observo las pequeñas tiendas y boutiques que todavía están cerradas, pero que en breve exhibirán sus escaparates festivos.

Aún así, ya se pueden apreciar en el ambiente aromas tentadores como el del pan recién horneado y la canela y el chocolate caliente de las dos cafeterías que hay aquí y que acaban de abrir para los más madrugadores.

Llego hasta la plaza, donde los puestos del Mercadillo Navideño que ponen cada año para la festividad están dormidos todavía. Los artesanos locales exhiben sus creaciones y la venta de dulces, decoraciones artesanales y regalos únicos añaden un toque especial a la temporada.

Lo cierto es que estoy deseando venir más tarde, cuando el pueblo comience a cobrar vida, pues en estos momentos sigue dormido.

La comunidad siempre ha sido cálida y acogedora. Todo el mundo se conoce y se saluda con

familiaridad, como también comparten historias en la panadería, la tienda de antigüedades o la plaza.

De algún modo siento que parte de mi corazón siempre pertenecerá a este lugar.

Es realmente mágico, sobre todo en Navidad.

Rodeado por montañas, mi pueblecito ofrece vistas que quitan el aliento, y los pinos cubiertos de nieve aportan un toque de frescura, creando el contraste perfecto.

Saco mi teléfono móvil de uno de los bolsillos del abrigo y me hago un selfie con la Iglesia de fondo.

Me muero de ganas de enseñarte todo esto, escribo a Cash en un mensaje cuando le mando la foto.

Y no miento.

Le echo de menos.

Quiero que pasen las horas y volver a verle.

Es tan...

No sé.

No puedo explicártelo, pero nunca una aventura como esta revolucionó tanto mi interior.

15

Mis pasos resuenan en las empedradas calles de Villa Nevadella mientras vuelvo a casa.

El sol ya comienza a calentar tímidamente cada esquina.

La brisa fría acaricia mi rostro, llevando consigo el aroma a leña quemada.

Cuando llego a casa, la fragancia de café recién hecho se cuela por un pequeño resquicio de la puerta de la cocina.

Mi padre siempre ha sido el primero en despertarse, y al prejubilarse, esa costumbre ha permanecido intacta, por lo que cuando entro a la cocina, lo encuentro inmerso en la lectura del periódico local del pueblo, sus labios susurrando las noticias mientras sus ojos se mueven rápidamente por cada párrafo.

Lo observo.

Carlos Martínez, con su fuerte ética de trabajo y enfoque en el éxito profesional. Algo reservado y tradicional en sus creencias, siempre esperando a que yo siga un camino convencional en la vida.

Ups, qué deshonra debo ser.

Mi estómago ruge y mi padre levanta la vista de su lectura.

Sonrío, azorada, alejando esos pensamientos de mi cabeza.

—Buenos días —digo con media sonrisa.

—¿Esa ha sido tu tripa? —pregunta risueño.

Asiento, mordiéndome el labio.

—Santo Dios, Mía, come algo. ¿Has salido?

—Ajá. No podía dormir y he salido al amanecer a dar un paseo—le explico mientras me siento en una de las sillas que hay en la cocina, frente a él.

—¿Y eso?

Me encojo de hombros, aunque sé la respuesta: extraño mi casa y mi cama.

—¿Te pongo un café?

—De acuerdo. —Sonrío.

Es entonces cuando el bullicio repentino de risas infantiles se filtra desde las escaleras.

Marta y Daniel parecen buscar algo por toda la casa con desesperación.

—¡¿Quieres hacer el favor de controlar a tus hijos?! —oigo que le dice Alberto a mi hermana.

Alzo una ceja ante esas palabras. ¿Sus hijos?

—Te podría decir lo mismo a ti. Están nerviosos, entiéndelo. Además, son niños. Deja que corran.

—¿Qué pasa ahí arriba? —le pregunto a mi padre, desconcertada, pero él se limita a sonreír mientras niega con la cabeza y me sirve una taza de café.

—Nada. Que son niños, como dice tu hermana. Este yerno mío tiene muy poca paciencia.

Marta aparece en la cocina y le grita a su hermano:

—¡Aquí está!

Me señala con el dedo y sonrío entusiasmada. Cuando Daniel aparece a su lado, la imita. Los ojos de ambos brillan con alegría.

—Ey, buenos días. ¿Qué ocurre? —les pregunto cuando se acercan a mí y me abrazan.

—¡No te encontrábamos! —exclama Daniel con preocupación.

—Pero si estaba aquí abajo —le digo.

—Pero hemos ido a tu habitación y tu cama estaba vacía —dice Marta haciendo un puchero—. Pensábamos que te habías marchado.

Niego con la cabeza.

—De eso nada, ¿no me ves? Solo he ido a dar un paseo por el pueblo.

—Es que queríamos saber si vas a venir al musical. Quedan... —Daniel mira su reloj de pulsera, el cual adorna una de sus muñecas, aunque no sé a ciencia cierta si realmente sabe las horas— no sé, poco tiempo.

—¿Un musical? —pregunto con curiosidad.

—El de todos los años, hija —comenta mi padre y yo asiento, sonriendo.

“Estrella de Navidad” es un encantador musical infantil que ha conquistado corazones en Villa Nevadella durante años.

La iglesia, engalanada con luces centelleantes y decoraciones festivas, se transforma en un escenario mágico donde los pequeños talentos del pueblo brillan con luz propia.

La historia, tejida con hilos de fantasía y sueños, gira en torno a una estrella mágica que concede deseos en la víspera de Navidad.

Los niños del pueblo, ataviados con adorables trajes navideños, dan vida a personajes entrañables que buscan la “Estrella de Navidad” para hacer realidad sus sueños más anhelados.

Cada año, el musical combina canciones pegajosas, coreografías llenas de energía y un toque de magia navideña.

La comunidad se involucra con entusiasmo, contribuyendo al ambiente festivo que permea la iglesia.

El “Estrella de Navidad” se ha convertido en una tradición querida, uniendo a generaciones en torno a la celebración de la Navidad y la ilusión de los más pequeños.

En años anteriores, mis sobrinos no participaron porque eran más pequeños, pero este año estarán arriba del escenario.

—Daniel es actor del musical y yo también soy *actora* —me dice Marta.

Me río ante su comentario.

—Actriz, cariño. Se dice actriz.

—¿Vas a venir o no? —me pregunta impacientemente mi sobrina.

—Claro, me hace ilusión ver lo bien que lo vais a hacer.

Sus ojitos se iluminan de emoción tras decir eso.

—¡Sí, sí, sí! —responden a coro, ansiosos por la mágica experiencia que les espera.

Lo cierto es que ni siquiera me acordaba del musical ni sabía que mis sobrinos participaban, pero el día promete melodías festivas y momentos entrañables en Villa Nevadella, por lo que me obligo en cierto modo a estar del mejor humor posible.

Con esta perspectiva, la alegría llena la casa, anticipando la vibrante energía que solo la Navidad puede traer.

Ayudo a Olivia a preparar a los niños y los cuatro ponemos rumbo a una de las cafeterías

cercanas para coger fuerzas antes del evento.

Mi padre y Alberto salen juntos a comprar los alimentos para la cena de mañana, Nochebuena, y mi madre se queda horneando dulces solidarios para un evento que hay esta tarde y del cual tengo que obtener más información porque la recaudación de fondos es en beneficio de una causa social y me interesa.

Después de un reconfortante desayuno provisto de chocolate caliente y churros, emprendemos el camino hacia la Iglesia.

Habrà un ensayo previo, y después comenzará el tan ansiado evento para mis sobrinos.

El edificio antiguo, iluminado por la luz suave del día, adquiere un encanto especial durante la temporada navideña.

Al entrar, me sumerjo en una atmósfera mágica. Las luces tenues se reflejan en las coloridas vidrieras, y el cálido olor a velas se mezcla con la expectación.

Los bancos de madera crujen ligeramente bajo el peso de las personas que, como público, van llenando el espacio.

Nos quitamos los abrigos y hacemos lo mismo con los niños, quienes se marchan para realizar el ensayo antes de salir al escenario.

—¿Has dormido bien? —me pregunta mi hermana.

—Bueno, un poco a saltos, la verdad —respondo.

Me abstengo de preguntarle qué tal ha dormido ella, sé perfectamente que no se acuerda de que se levantó sonámbula. Los sonámbulos no recuerdan las cosas que hacen por la noche.

Todavía no sé si fue puntual o por algo que la esté preocupando, así que prefiero esperar antes de decirle nada.

—¿Dónde estabas esta mañana? —me pregunta.

—Salí a dar un paseo, lo cierto es que me desperté muy temprano y... Olivia, ¿ese es...?

Abro bien los ojos, porque la verdad es que no me apetece en absoluto ver ni tener que saludar a quien estoy observando a lo lejos.

—Efectivamente.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto con el corazón latiendo a toda prisa en el pecho.

—Pues... —Mi hermana no sabe qué decirme, por lo que parece.

Es entonces cuando me refugio bajo mi abrigo, el de mi hermana y los de mis sobrinos.

—Mía, ¿qué haces? —me pregunta mi hermana, seguramente, muerta de vergüenza.

—Que viene.

—¿Cómo?

—¡Que viene! —grito toda atacada. Porque sí, Rubén, mi ex, viene hacia aquí y rezo porque no me haya visto meterme aquí dentro, cobijada por los abrigos.

Soy una ridícula, no sé ni lo que estoy haciendo.

—Dile que no estoy —le digo a Olivia.

—Mía, ¿has tomado algún tipo de cosa en el desayuno?

—Olivia, por nuestra madre, dile que no estoy.

—Vale, pero... ¡Rubén! ¿Qué tal? —la oigo saludarlo.

Dios mío, dios mío, dios mío.

Tengo la cabeza de la tortuga asomando.

Vamos, que me estoy haciendo caca de los nervios.

Pero ¿qué nervios? ¿Por qué estoy nerviosa? Si solo es mi ex.

A quien he llamado borracha más veces de las que me gustaría.

Patética.

—Hola, Olivia. ¿Dónde está Mía? —pregunta él.

Me muerdo el labio y cierro los ojos con fuerza.

Mi tripa se revuelve.

Me cago.

Eso ha sido el chocolate, estoy segura.

—¿Mía? ¿Mía? ¿Qué Mía? —pregunta mi hermana nerviosa.

—La tuya —dice Rubén.

—¿La Mía...? ¡Ah! Mi hermana, mi hermana, sí. Eh... no, pues... aquí no está, ¿eh?

No sé la cara que pone Rubén tras esa respuesta, pero sí percibo que tarda algunos segundos en responder.

—Ah, me había parecido verla. No sé, me lo habré... imaginado —dice dubitativo.

—Puede ser, sí.

—¿No ha venido este año por Navidad? —insiste.

—Sí, sí, claro que ha venido —responde mi hermana, y con todas mis ganas aprieto la puntera de su zapato para aplastar los deditos de sus pies. —Quiero decir... —rectifica—, que...

Es entonces cuando las notas musicales llenan el espacio, creando una armonía celestial que envuelve a la audiencia.

—Bueno, esto empieza. He venido a traer un encargo de pastelitos para después. Un placer, Olivia. Dale un beso a tu hermana de mi parte —dice Rubén.

Después se marcha.

Olivia se asegura de que ya no hay peligro antes de avisarme para que vuelva a comportarme como una persona normal y salga de debajo de los abrigos.

—¿Estás tonta? ¡Me has hecho daño! —me riñe.

—Era necesario, ya lo siento.

—¿Qué más te da que te vea?

—Yo qué sé.

—Está superado, Cash llega mañana por la mañana. Es absurdo lo que has hecho —me dice. Lo pienso.

¿Está superado? Claro, claro que lo está.

Creo.

Pienso en Cash.

Pues sí.

Ha sido absurdo, pero también ha sido una reacción incontrolable.

Los niños del coro, ataviados con trajes festivos, comienzan a cantar mientras la escenografía se alza como un lienzo navideño.

El musical ha comenzado y la congregación de personas que estamos allí se sume en un silencio expectante.

Ya ha comenzado la celebración navideña en Villa Nevadella.

16

Después de disfrutar del emocionante espectáculo musical, volvemos a casa para comer y relajarnos un rato.

El tentador aroma de la comida casera ha inundado la cocina cuando llegamos, y los platos se extienden sobre la mesa, creando una escena hogareña.

—¡Nenes! —exclama mi madre—. ¡Oh, mis angelitos! ¿Cómo ha ido la actuación?

—¡Muy bien, abuela! ¡Nos han aplaudido mucho! —dice Marta.

—Qué bien, cariño. Venga a lavarte las manos, que la comida ya casi está. Carlos, guarda ya lo de la cena de mañana, haz el favor. Virgen de Atocha, toda la mañana que lleva para comprar las cosas y para guardarlo.

Observo toda la comida que hay sobre una parte de la encimera: un jugoso pavo que será el protagonista de la cena, verduras frescas como zanahorias, brócoli, coliflor y guisantes para acompañar, manzanas y uvas para preparar una ensalada fresca, almendras, nueces, quesos variados, una pata de jamón y marisco.

El pan lo compraremos mañana, para que la hogaza esté recién horneada.

Ayudo a mi padre a guardar todo y después nos sentamos todos a la mesa, listos para comer.

Olivia comparte anécdotas de la mañana que ha pasado junto a mí y los niños y yo observo a mi familia.

De pronto, no puedo evitar sentirme agradecida.

A pesar de las tensiones y todo lo que hay bajo las capas de mi piel, también hay algo especial en reunirse en torno a la mesa durante la Navidad, una conexión que trasciende las diferencias.

Después de comer, mi madre sigue horneando dulcecitos para la actividad de esta tarde.

Por lo que me cuenta, se llevará a cabo en el centro comunitario, aunque es la pastelería del pueblo la que lo ha organizado.

En lugar de ser un concurso, invita a los vecinos a donar dulces caseros que se venden para recaudar fondos para una organización benéfica local que ayuda a las familias necesitadas, y esos dulces los prepararán todos juntos, compartiendo ese momento tan especial.

Lo cierto es que me interesa mucho, porque me hace conectarme de nuevo con mi trabajo.

Decido descansar un rato hasta que llegue la hora pertinente de acudir al centro comunitario.

Mando un par de mensajes a mis amigas para contarles mi vergonzante actuación delante de Rubén, y después llamo a Cash por teléfono.

—Hola, *my darling* —dice Cash cuando descuelga mi llamada.

Que me llame así hace que mi estómago dé un pellizquito.

—*Hello*, ¿cómo estás? —le pregunto sonriendo.

—¿Sinceramente? Aburrido sin poder dar clase —me confiesa.

—Entiendo. Yo admito que echo de menos tus clases —le digo. Después me muerdo el

carrillo por dentro, porque en realidad a quien echo de menos es a él.

Un poquito.

Solo un poquito.

—*Really?*

Me río.

—No, bueno, realmente extraño pasar tiempo contigo. Los últimos días hemos compartido muchas horas del día juntos.

—*Of course. I miss you too* —dice, y su voz suena casi como un ronroneo.

Que me diga que él también me echa de menos se siente como una potente lucecita de calor en el centro del pecho.

Y no sé por qué.

—¿Tienes preparada la maleta? —le pregunto para cambiar de tema.

—Sí.

—Mañana por la mañana iré a recogerte —le digo, sintiendo cómo los nervios me invaden un poco por la anticipación.

—Quiero estar allí ya. La *puebla* parece preciosa.

Me río.

—Es muy bonito, sí.

—¿Otra vez lo he dicho mal?

—Sí, pero no pasa nada.

—Qué *terrible*.

Niego con la cabeza, sonriendo.

Qué *adorable*, pienso.

—¿Hablamos luego? —le pregunto—. Voy a descansar, en un rato hay otra actividad navideña y vamos a ir todos.

—*Okay, perfect*. Disfruta.

—Un besito —le digo con voz dulce.

—*By, my darling*.

La actividad solidaria se lleva a cabo en el centro comunitario, donde los vecinos de Villa Nevadella se unen para hornear y decorar dulces navideños. La sala se llena de risas y competencias para crear las decoraciones más hermosas.

Mi madre, con su delantal de cocina y una sonrisa radiante, lidera el grupo con entusiasmo. Es conocida por su habilidad culinaria y la comunidad se une para apoyar la causa solidaria. Aunque yo no consigo dejar de ver en ella, a pesar de sus cosas buenas, que también las tiene como todo el mundo, lo meticulosa y crítica que es. Es dominante, controladora y una *sincerica* en toda regla.

Pero es mi madre y, obviamente, la quiero, así que me sumerjo en la tarea junto a ella, compartiendo risas y anécdotas con los vecinos mientras adornan galletas y preparan pequeños paquetes de dulces para distribuir entre las personas mayores del pueblo.

La camaradería y el espíritu navideño crean un ambiente acogedor, tejiendo lazos aún más fuertes entre los habitantes de Villa Nevadella.

El sol comienza a descender en el horizonte, tiñendo el cielo con tonos cálidos, mientras participamos activamente en las festividades navideñas.

La sala resplandece con luces parpadeantes y mesas repletas de golosinas. Gente de todas las edades trabaja unida y comprendo que esa es la magia de los pequeños pueblecitos como Villa Nevadella. Las risas y las charlas festivas llenan el aire y la calidez de la comunidad me abruma, algo que siempre he echado de menos en mi vida en la ciudad.

Sí, lo reconozco.

Y también reconozco que esa cercanía entre los vecinos y las familias, siempre te hace sentir más humano.

En las grandes ciudades todo eso se pierde.

Me uno al equipo que prepara galletas y pasteles. La gente comparte secretos familiares y anécdotas mientras formamos una línea de producción improvisada.

Es entonces cuando, de pronto y sin esperarlo, me encuentro cara a cara con Rubén, mi exnovio.

No, no, no, pienso.

Nuestras pupilas colapsan y un escalofrío recorre mi espalda. Pero antes de que pueda esquivar la mirada y hacer como si nada, otra vez, Rubén se acerca con una sonrisa nerviosa.

—Hola, Mía —dice con un atisbo de timidez.

—Hola —contesto yo sin saber dónde meterme ni la razón por la que me siento así.

¿Soy idiota?

Sí, debo serlo.

—Esta mañana... —comienza a decir.

Arrugo un poquito el ceño, dándole pie a que continúe hablando, aunque solo espero que no

diga que me ha visto esconderme porque entonces sí cogeré un avión y me iré, pero de la tierra por la vergüenza.

—¿Sí?

—¿Has estado en la Iglesia? —pregunta.

—¿Yo? —Me llevo una mano al pecho falsamente—. Qué va, qué va.

—Ah, pues...

—¿Por?

—Vi a tu hermana y me pareció que... —parece dudar de sus propias palabras— no importa.

¿Te unes a mí en la línea de producción?

Asiento con la cabeza como un autómatas.

—Claro, ¿por qué no?

¿Y por qué sí? ¿Se puede saber qué haces?, me grita mi subconsciente, pero no le hago caso, más que nada porque me he dejado llevar por ese envoltorio que tiene mi exnovio, y que me volvió loca desde que lo conocí.

Ya sabes.

Cuerpito de gym, tatuajes, aspecto desenfadado...

Y tenía buen sexo con él.

¿Responsabilidad afectiva? Cero unidades.

¿Empatía? Cero unidades.

Pero oye, trabajamos juntos en la línea de producción de dulcecitos y Rubén me cuenta cómo ha sido su vida después de que nuestra relación llegara a su fin.

Si es que detrás de una cagada, siempre va la siguiente. ¿No sabes tú eso?

Admite sus errores y me dice que atravesó una mala racha que lo llevó a salir mucho de fiesta.

¿Más?, pienso, porque ese fue uno de los motivos por los que corté con él, entre otras cosas, más que nada porque es de esas personas que no saben salir y no saben beber.

Y que todo ello derivó en su despido laboral, razón por la que volvió al pueblo y comenzó a trabajar en la pastelería.

¿Ves? A los hechos me remito.

Pues estupendo.

—Ah, pues muy bien —contesto cuando termina de hablar.

Él sonríe.

—Esta actividad ha sido idea mía —dice entonces.

—¿En serio? —pregunto sorprendida, porque no lo esperaba y porque me llama la atención.

—Quería devolver a la comunidad el apoyo que me brindó cuando llegué aquí de nuevo.

Hay algo en la sinceridad de Rubén que hace que me replantee los prejuicios sobre él tras nuestra ruptura, y entre risas y glaseado derramado, empiezo a comprender que, a veces, la vida lleva a las personas por caminos que nunca imaginarían.

Al final de la tarde, con cajas llenas de postrecitos y nuestros corazones endulzados, miro el centro comunitario iluminado por las luces festivas. La magia de Villa Nevadella me envuelve, haciéndome sentir parte de algo más grande, lleno de amor y redención.

—¿Vas a ver el espectáculo de luces? —me pregunta entonces Rubén.

—Pues... —dudo, porque ni siquiera he cogido un panfleto con la información de las actividades navideñas del pueblo para estar al tanto.

Menudo desastre soy.

—Podríamos cenar, ponernos al día y ver las luces —me dice Rubén, y sus palabras hacen que mi corazón se salte un latido.

—Yo...

—Venga, mujer. Como amigos. Yo invito —insiste.

—Bueno, de acuerdo —acabo aceptando.

Y lo hago sin saber que quizá sea un error garrafal.

18

La noche se desenvuelve en un ambiente acogedor y nostálgico, mientras Rubén y yo decidimos cenar en el rincón más emblemático de Villa Nevadella. Elegimos la antigua posada, cuyas paredes de piedra guardan secretos de incontables celebraciones navideñas. La atmósfera cálida y las luces tenues contribuyen a crear una sensación de intemporalidad.

Sentados en un rincón discreto, compartimos un festín de platos tradicionales que evocan sabores familiares y recuerdos entrañables.

Al principio he maldecido la hora en la que le he dicho que sí, pero para mi sorpresa, la velada transcurre entre risas, miradas cómplices y la delicada sinfonía de charlas animadas a nuestro alrededor.

Después de la cena, decidimos explorar la plaza central, ahora transformada en un espectáculo de luces vibrantes. Adornos destellantes decoran cada rincón, creando una paleta de colores que danzan al ritmo de la música navideña que resuena en el aire. La plaza se convierte en un escenario mágico, donde las risas de los niños se mezclan con las notas festivas.

—¿Recuerdas cuando solíamos venir aquí con los amigos? —me pregunta Rubén, señalando una esquina en la que nos reuníamos con la pandilla.

Rubén se ha criado en el pueblo, como yo, pero lamentablemente todos los chicos y chicas de mi generación echamos a volar fuera de él para estudiar, trabajar y prosperar sin quedarnos anclados en sus suelos de piedra.

—Sí, parece que fue ayer —respondo con una sonrisa nostálgica.

La noche se convierte en un caleidoscopio de colores. El aire frío de la montaña se mezcla con las risas y el murmullo de la gente. En un instante, me veo transportada a aquellos tiempos en los que la vida era más sencilla y los problemas más lejanos.

Un rincón de la plaza se ilumina de manera especial, anunciando el comienzo del espectáculo de luces sincronizadas con la música. Los destellos y parpadeos crean una coreografía luminosa que cautiva a los espectadores, sumergiéndonos en un encantamiento visual. La música envolvente resuena en la plaza, y los presentes se sumergen en la magia efímera de la temporada.

Bajo este despliegue de luz y sonido, Rubén y yo compartimos momentos que parecen suspendidos en el tiempo. El reencuentro cobra una dimensión única, impregnada de la magia de la Navidad y la resonancia de antiguas conexiones. Aunque el pasado se disuelva en las luces destellantes, las sombras de lo que fuimos se deslizan en nuestras conversaciones y gestos, creando una amalgama de emociones difíciles de descifrar.

Y siento que debo echar el freno, pero la nostalgia parece ser más fuerte.

—¿Cómo has estado todos estos meses? —pregunta Rubén, rompiendo momentáneamente la ligereza del momento.

El espectáculo de luces ha terminado y me está acompañando a casa.

—Bueno, ya sabes que estoy casada con mi trabajo, eso siempre ayuda. ¿Y tú, además de ese

giro del despido?

Rubén sonríe, aunque parece una sonrisa amarga.

—A veces siento que soy un desastre —confiesa.

Sonríó y lo miro con ternura, porque lo entiendo perfectamente.

—No, seguro que no.

—Si no lo fuera no me hubieras dejado, Mía —dice, dejándome de piedra.

Llegamos a mi puerta y la atmósfera cambia sutilmente. Un silencio tenso se cierne entre nosotros.

—Bueno, yo te llamé demasiadas veces borracha —le digo, porque no quiero que se sienta mal.

Si le dejé fue porque... bueno, no sé, las relaciones se rompen.

No me gustaba su forma de actuar en la vida, su despreocupación por todo...

No obstante, ahora lo tengo delante y no sabría describir lo que siento.

Solo soy capaz de preguntarme a mí misma cuándo narices voy a dejar de cometer errores y hacer las cosas bien.

Rubén suelta una leve carcajada ante mi comentario, y es entonces cuando rompe la distancia con un gesto inesperado.

—Pues que sepas que yo me hice el duro, pero te echaba mucho de menos —dice, acercándose lentamente.

La proximidad de su rostro aviva recuerdos que yacían en un rincón olvidado de mi mente y un beso sella la velada, suscitando un torbellino de emociones.

¿Dónde vas, Macareno?, pienso apartándome bruscamente de él.

Tengo el corazón completamente desbocado y estoy asustada.

Sí.

La palabra es asustada.

Por lo que ha pasado, por lo que estoy experimentando en el centro de mi pecho y en el centro de mi chirla, por qué no decirlo, y también por lo que puede llegar a pasar.

—¿Qué pasa?

—Mañana estaré en el aeropuerto —menciono, intentando desviar la atención de la atmósfera intensa que nos rodea.

—¿Te vas? —pregunta Rubén.

Niego con la cabeza.

—He de recoger a mi novio, viene a pasar las Navidades conmigo y con mi familia.

El rostro de Rubén se queda estático durante unos instantes.

Ale, otro al que dejo catatónico.

Después ladea el cuello, nervioso, y sonríe de esa forma socarrona que utiliza como método de defensa.

—¿Y me lo dices ahora? —pregunta.

¿Está enfadado?

—Pues cuando ha surgido, yo qué sé.

—Estás fatal, tía.

—Rubén.

—Fatal —repite.

Después se da la vuelta y comienza a andar en dirección contraria.

—Joder... —maldigo.

El silencio se prolonga mientras contemplo la figura de Rubén alejándose. La dualidad de mis sentimientos se apodera de mí, y entro en casa con la mente hecha un torbellino. El encuentro con mi pasado ha despertado algo que, hasta ahora, permanecía oculto en los recovecos de mi corazón.

El sonido de una película infantil penetra en mis oídos cuando llego al salón.

Daniel, Marta y mi hermana están dormidos en el sofá y en la televisión se reproduce la película Disney de *La Bella y la Bestia*.

Sonrío y los observo con ternura.

Ojalá pudiera cambiar de algún modo la relación con mi hermana.

Es...

Dios, tener un hermano es tener un tesoro para toda la vida.

Y la quiero, por supuesto que la quiero.

Con ella he experimentado esas primeras veces para todo, hecho travesuras, guardado secretos...

Un hermano es el primer amigo que tenemos.

Y uno de los de verdad, no de esos que con el tiempo se alejan y la relación se desvanece.

Pero de algún modo la siento como una rival, una enemiga a la que tengo que vencer siendo mejor, teniendo más...

No lo sé, sé que es absurdo, pero así es como me siento.

Quizá no puedas entenderme.

Pienso que sería buena idea despertarlos para que se vayan a la cama, donde estarían más calientes y más cómodos, pero luego creo que es mejor dejar a mi hermana dormir un poco, ya que no debe hacerlo mucho con dos mellizos de cinco años a los que por la noche les puede pasar cualquier cosa, desde tener sed a tener fiebre o terrores nocturnos.

No veo a Albertito levantándose, la verdad.

Me quito el abrigo y dejo el bolso sobre la mesita baja del salón y, justo cuando me dispongo a coger a Marta en brazos, la canción *Qué festín* de la Bella y la Bestia comienza.

A mi hermana le encantaba cuando la veíamos de pequeña.

Entonces se levanta y doy un respingo sobre mí misma.

Pienso que se ha despertado, aunque no he hecho ruido apenas, pero descarto la idea cuando se pone a bailar al ritmo de la canción.

*Unos cantan y otros tocan el violín.
Con todos a brindar y empiece a disfrutar del gran festín.
¡Qué festín, qué festín!*

Ha cogido la bandeja de polvorones de almendra que hay en la mesa, y por cada vez que se repite la palabra festín, ha tirado uno por el aire.

—Pues a la mierda los polvorones —susurro.

Espero a ver lo que hace en todo momento, no quiero que se haga daño o haga cualquier tontería, pero cuando la canción termina, vuelve a acostarse en el sofá como si no hubiera pasado nada.

Increíble.

Mejor que el espectáculo de luces de la plaza y todo.

A propósito de todo lo que ha acontecido con Rubén, lo cierto es que tengo mucho en lo que

pensar, aunque es más sencillo de lo que parece.

Rubén es pasado.

Y el pasado está pisado.

¿No?

Mañana voy a recoger a Cash al aeropuerto.

Fin del asunto.

No hay beso.

No existe.

Lo que no se nombra, nunca pasó.

Mañana es Nochebuena y todo tiene que ser absolutamente perfecto.

Dios, ya hablo como mi madre.

19

El sol aún no asoma cuando abro los ojos. La ansiedad ya se ha instalado en mi cuerpo, dando vueltas en mi estómago como si estuviera preparando una tormenta.

Miro el teléfono móvil y encuentro un mensaje de Cash.

Lo cierto es que ayer ya no volví a hablar más con él, entre la actividad solidaria de dulces y más tarde la cena con Rubén...

Dios.

Cierro los ojos con fuerza cuando recuerdo lo que sucedió.

Abro en el teléfono la aplicación de mensajería instantánea y pregunto a mis amigas cómo de grave es que Rubén me haya besado.

Luego me tranquilizo pensando que entre Cash y yo no hay nada, que estoy soltera y que no pasa absolutamente nada.

Entonces, ¿por qué siento que le debo lealtad?

Si todo es falso, si esta mentira la he creado yo para otros fines.

¿Por qué siento que le estoy fallando de algún modo?

¿Y por qué noto en el centro de mi pecho una bola que no me deja respirar cuando pienso qué sentiría yo si él se besase con otra chica?

Algo está mal.

Algo está muy mal dentro de mí porque debo estar volviéndome loca de la cabeza.

Y ya está.

Llamo a Cash todavía dentro de la cama.

—¿Mía?

—Cash, acabo de leer tu mensaje —le digo.

—*Good morning* —me dice al otro lado de la línea, y casi puedo sentir la dulzura de su sonrisa en la distancia.

¿Lo ves?

Como un cencerro.

—¿Estás ya en el aeropuerto? —pregunto.

—Sí. Ya no recordaba lo que era viajar, lo echaba de menos. *It's amazing!*

Me río y siento cosquillitas en el estómago.

—En un rato estoy allí.

—Tengo ganas de verte —me dice.

—¿Sí? —pregunto como si fuera una niña pequeña.

—*Of course*. Aquí estoy muy aburrido y contigo me lo paso bien.

Me muerdo el labio.

—Yo también quiero verte —admito.

—Nos vemos más tarde. Voy a entrar, dejo el móvil. *By*, Mía.

—By —me despido y cuelgo la llamada.

Me levanto con cuidado, intentando no despertar a nadie, y me enfundo en la ropa que dejé lista la noche anterior.

Me peino, me lavo los dientes y me aplico un poquito de maquillaje en la cara. Tengo ojeras y no me apetece volver a recordar el motivo por el que no he dormido demasiado.

En el salón, encuentro a mi padre inmerso en su periódico matutino, una taza de café humeante a su lado.

—Buenos días, papá —digo.

—Buenos días, Mía. Madrugas demasiado, ¿duermes bien? —responde sin despegar los ojos del diario.

—Es que me gusta aprovechar el día —miento.

Aprovecho para darle un rápido beso en la mejilla antes de dirigirme a la zona de batalla, también conocida como la cocina, donde mamá ya está desplegando sus habilidades culinarias.

—Buenos días, mamá.

—Hola, cariñete.

—¿Qué haces?

—¡Mira! —exclama enseñándome exactamente la cloaca del pavo, la cual está relleno con... ¿qué es, exactamente? Ni idea.

—¿La cena de esta noche? ¿Ya?

—Todo tiene que estar perfecto. ¡Ay, nena, que viene tu novio!

Sonrío.

—Sí, de hecho iba a pedir el coche para ir a buscarlo al aeropuerto.

—Claro que sí, cielito, claro que sí. Entonces, ¿vais a dormir juntos? —pregunta mi madre.

Arrugo el ceño.

—Olivia y Alberto duermen juntos —digo yo.

—Están casados.

—¿Y?

—Vosotros no —argumenta mi madre.

—¿Y? —repito, comenzando a desesperarme.

—Pues...

—Mamá, los tiempos cambian. No importa que no haya un papel firmado entre nosotros, ¿sabes? Y voy a dormir con él porque es mi pareja y porque... pues porque quiero, hombre —digo en forma de retahíla.

Y porque le quieres ver el nugget, dice el idiota de mi subconsciente.

Pues puede que también sea por eso.

Después asiento con la cabeza, aprobando mi propia actitud.

Eso es, muy bien, me digo a mí misma.

Si a esto se refiere mi amiga Sofía con poner límites, pues qué quieres que te diga, lo haré más a menudo, porque siento muy bien.

—Bueno, bueno, hija, haz lo que quieras.

—Pues eso —digo más tranquila—, que me llevo el coche.

—Pero desayuna algo.

—Ya me tomo un café allí.

—Ay, hija, qué rebelde eres. ¿Y tu hermana? ¿Dónde está?

—Durmiendo, supongo —contesto con desdén.

Salgo de la cocina y le pido las llaves del coche a mi padre, que las saca del bolsillo de su pantalón de pana sin apenas despegar la vista del periódico.

No profundizamos en detalles y lo agradezco, mi necesidad de llegar al aeropuerto eclipsa cualquier conversación matutina.

Una vez dentro del coche, el viaje se convierte en un torbellino de pensamientos y nervios mientras avanzo hacia un encuentro que podría cambiar el rumbo de esta Navidad.

Tras un rato de carretera, llego al aeropuerto de la Seu d'Urgell, aparco, me pido un café en vaso de cartón de una cafetería que está en el interior del lugar y trato de tranquilizarme y repetirme a mí misma que todo va a salir bien.

El avión en el que va Cash parece que va a aterrizar a la hora acordada, por lo que no falta mucho para que me reencuentre con él.

Cuando llega el momento, lo busco entre la gente y pronto encuentro su sonrisa, esa que parece fundirse con el alrededor.

Espero a que llegue hasta mí y me da un abrazo cuando por fin lo tengo delante.

Qué bien huele.

—Hola, Mía —su acento británico es música para mis oídos.

—Hola, Cash. ¡Por fin! —mi bienvenida es más que palabras; es un eco de las emociones que albergo.

Durante el trayecto de vuelta, nuestra conversación se desliza suavemente entre risas y confidencias. Recordamos el acuerdo que tejimos días atrás, cómo establecimos límites y roles para no levantar sospechas en la familia y de alguna manera no puedo evitar sentirme más segura ahora que él está a mi lado.

—Mis padres son personas encantadoras, en realidad. Pero mi madre es una *sincericida* a la que le va a dar completamente igual decirte delante de quien sea que tienes un moco colgando.

—¿Tengo un moco colgando? —pregunta preocupado, alzando la barbilla hacia arriba para enseñarme sus orificios nasales.

No puedo evitar reírme.

—¡No! Era solo un ejemplo.

—Ah, *okay*.

—Y mi padre... bueno, mi padre tratará de analizarte y seguramente te pregunte qué intenciones tienes conmigo.

—¿*Intenciones*?

—Sí, la razón por la que estás conmigo.

—Oh, eso es muy fácil.

—¿Sí?

—*Of course*. Eres guapa, inteligente, divertida... Muy trabajadora, eso me parece importante porque eres independiente.

—Eso lo has practicado.

—¡No!

Me río, aunque por dentro mi corazón está saltando.

—Que sí.

—No. Para mí eres mucho más que la chica que necesita un *fake boyfriend* para Navidad.

—Oh, Cash...

—*Don't worry*. Todo está bien.

A medida que nos adentramos en el camino que lleva al pueblo, una sensación de calma se mezcla con la emoción. ¿Podría esta Navidad transformarse en algo más que un simple encuentro festivo?

¿De verdad Cash me ve tal como me ha dicho?

¿Qué estoy sintiendo aquí dentro que calienta todo mi cuerpo?

20

Aparco el coche y observo la casa, mi hogar temporal para estas festividades. Estoy nerviosa, pero también emocionada.

Entramos dentro y observo que no hay nadie en el recibidor, he abierto con las llaves en vez de llamar al timbre.

Después de colgar el abrigo de Cash, le indico que me siga al interior.

El recibidor destila un encanto navideño con guirnaldas y luces parpadeantes. Me detengo un momento para admirar la decoración antes de abrir la puerta de la sala de estar. La atmósfera acogedora y festiva me recibe con el resplandor del árbol de Navidad y el crepitar suave de la chimenea.

Abrimos la puerta y entramos en la sala de estar, donde la mezcla de decoraciones tradicionales y modernas crea un ambiente encantador. El aroma de canela y pino impregna el aire.

Es entonces cuando me llevo un susto de muerte.

—¡Sorpresa! —exclama toda mi familia.

No me lo esperaba, ni tampoco Cash.

Damos un respingo sobre nosotros mismos y miramos a todos lados, flipando.

¿Tienen fiebre? ¿Qué se supone que están haciendo?

—¡Oh! —exclama Cash, sonriente—. *For me?*

Marta y Daniel levantan un cartel en el que pone “Bienvenido a casa por Navidad”.

—Parece que sí —le contesto.

Lo cierto es que estoy muy sorprendida. Y también emocionada, ambas cosas a partes iguales.

Esto parece un anuncio de turrón, pienso.

—¿Qué significa esto? —pregunto con una sonrisa. Jamás me hubiera imaginado que mi familia daría una bienvenida así a mi pareja.

Aunque sea de mentira.

Cash me coge de la mano y el roce de su piel no pasa desapercibido para mi sistema, que se activa de inmediato.

—¡Ha sido idea de tu hermana! Queríamos darle la bienvenida a Hans como Dios manda —dice mi madre—. ¿No es genial?

Reprimo una carcajada.

—Mamá, su nombre es...

—*Excuse me, my name is Cash* —dice él tendiéndole la mano a mi madre.

—¡Dos besos, joven! ¡A las mujeres dos besos! —exclama ella.

Suelta mi mano para saludar a mi madre de forma educada.

Es entonces cuando mi madre comienza a tocarle los brazos.

—¿Esto es de verdad? ¿Vas al gimnasio? ¿Tú *chim*? —le pregunta fingiendo que hace pesas para hacer entender a Cash lo que quiere decir—. Oy, oy, oy. Esto está duro.

Olivia, la cabeza pensante de todo esto, se suma al recibimiento.

Pero Alberto tan solo hace una mueca con la boca, le da la mano y se marcha.

En este momento pienso que no sé qué ha podido ver mi hermana en él. Debe tener una anaconda entre las piernas o algo así, porque jamás me ha parecido tan antipático y borde como estos días.

Cash, con su encanto característico, estrecha manos y recibe abrazos con elegancia británica. Daniel y Marta, los pequeños de la casa, lo miran con ojos brillantes de curiosidad.

Mi padre también le estrecha la mano con firmeza y comenta:

—Espero que disfrutes de nuestra Navidad. ¡Cenaremos pavo! ¡Como en tu país! —exclama.

—¡Oh! *Okay, thank you, I love it.*

—¿Qué dice? —me pregunta mi padre.

—Que muchas gracias, que le encanta.

—¿El qué?

—La cena —digo yo.

—Para cenar, la pava es buenísima —dice Cash, y admito que a mí se me cae la baba.

Carraspeo.

—El pavo, cariño. Se dice pavo —le digo dulcemente.

—Es que si hablara en español... —gruñe mi padre.

—¡Papá! —exclamamos Olivia y yo al mismo tiempo.

—*Hello, my name is Daniel* —dice mi bonito sobrino acercándose a Cash.

—Bendito colegio bilingüe —susurra Olivia a mi lado.

Niego con la cabeza.

—Benditas futuras generaciones, que hacen el esfuerzo por ser todo lo tolerantes que pueden —digo yo—. Vigila, voy a dejar sus cosas en mi habitación. Y gracias por la bienvenida.

—Descuida —dice Olivia sonriendo.

Dejo a Cash hablando con mis sobrinos y me voy a mi habitación para dejar su maleta.

Aprovecho este momento para hacer una rápida videollamada a tres con mis amigas, que me han fundido el móvil a mensajes desde que les pregunté cómo de grave era que Rubén me hubiera besado.

Me muerdo una uña mientras espero a que descuelguen la llamada.

—¡Aleluya! No tengo mucho tiempo, Cash está abajo.

—Ay, ay, ay —dice Clara llevándose una mano a la cara, la veo en su parte de pantalla fraccionada—. Dime que las bragas cristianas de tu madre se han carbonizado cuando ha visto a Cash.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Yo qué sé! Solo le ha tocado los músculos.

—¡Lo sabía! —exclama Clara, después coloca la punta de lengua entre los dientes, como si estuviera concentrada—. La maruja de tu madre aún tiene leña en la chimenea.

—Clara, por favor.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Sofía.

—Bien, creo. Bueno, mi madre le ha llamado Hans y mi padre ha dicho que es mejor hablar en español.

—Microracismo, dí que sí —comenta Clara haciendo una mueca.

Bufo.

—Lo sé, mi padre es un poco así.

—Bueno, lo importante es que todo está saliendo bien.

—No lo dejes solo mucho rato —me advierte Clara.

—No, no.

—¿Y qué pasa con Rubén?

Les cuento rápidamente todo lo relacionado con él, desde que me oculté bajo los abrigos para que no me viera, hasta el beso que me dio en el portal de mi casa.

—¿Qué pensáis? —pregunto nerviosa e incómoda.

—No estás con nadie, Mía. No le debes a nadie fidelidad, salvo a ti misma. ¿Tú sigues queriendo a Rubén?

—No... —titubeo.

—¿Seguro?

—Tiene cara de ameba, de verdad que no sé qué estás haciendo, Mía. Pasa la maldita página, céntrate en Cash, que mira lo que está haciendo por ti.

—Perdona, guapita, pero si está aquí es porque le voy a pagar.

—Ya, pero sabes perfectamente que la relación que estáis teniendo no es normal.

Recuerdo entonces las palabras que me ha dicho en el coche, viniendo de camino hacia aquí: *Para mí eres mucho más que la chica que necesita un fake boyfriend para Navidad.*

Trago saliva.

—¿Y bien? —pregunta Clara.

—Cash, Cash, Cash —repito en bucle.

—Eso es —dice Sofía.

—Ahí estás. Cash y su *nugget*.

—¡No tiene un *nugget*! —suelto en un gritito.

—Ah, ¿no? —se escandaliza Clara poniendo cara de salida. ¿Sabes quién es Antonio Recio, de la serie *La que se avecina*? Bien, en ese aspecto Clara es la versión femenina de ese personaje —. ¿Cómo tiene el...?

—¡Adiós, chicas!

Cuelgo rápidamente y bajo de nuevo junto a Cash, a quien encuentro jugando con mis sobrinos.

Alberto no está, mis padres se han marchado a la cocina y Olivia está apoyada en la mesa grande del comedor, mirando su teléfono móvil. Parece que está chateando con alguien.

—Ya estoy aquí —digo cuando llego junto a mi hermana.

—Ahí lo tienes, todo un as para los niños. Partidazo, hermanita.

Sonrío ante sus palabras.

—Es maestro —le explico.

—Oh, mejor aún, sabe lo que hace.

—¿Qué les ha parecido a mamá y papá?

Olivia hace una mueca y se aparta un mechón de cabello de su frente.

Me doy cuenta entonces de que no lleva su alianza de boda.

—La verdad, no lo sé —me confiesa.

—¿No han dicho nada? —pregunto extrañada.

Olivia niega con la cabeza.

—¿Y tu anillo? —Miro su mano y ella hace lo mismo.

—Me lo dejé en el baño —dice rápidamente—. Le enseñarás el pueblo, ¿no? Me llevo a los niños para que podáis ir tranquilamente.

Me deja un poco mosca su respuesta, pero asiento y me acerco a Cash con una sonrisa.

—¿Entretenido? —pregunto.

—Mucho.

—Ven, quiero enseñarte todo esto —le digo.

Él asiente con la cabeza y salimos de casa.

21

La nieve cruje bajo nuestros pies mientras caminamos por las estrechas calles adoquinadas del pueblo.

Le señalo la iglesia centenaria con su campanario nevado y los techos de las casas con adornos navideños.

—Esto es el corazón de Villa Nevadella —le explico señalando la plaza central decorada con luces parpadeantes y un enorme árbol de Navidad—. Es el lugar donde se llevan a cabo muchas de nuestras celebraciones.

Cash asiente, admirando la atmósfera festiva.

—Parece un *fairy tale* —dice Cash mirando a su alrededor.

Arrugo un poco el ceño, porque no entiendo lo que me ha dicho.

—¿Qué significa? —pregunto.

—Em... *fairy* —hace el movimiento de volar con las manos—, magia. ¿Cuento de *hados*? —pregunta inseguro.

—¡Ah! ¿Un cuento de hadas?

—Yes!

Nos reímos juntos.

A medida que caminamos, siento una sensación cálida en mi pecho. Mostrarle a Cash mi hogar, mi refugio invernal, me llena de una extraña alegría. Cada paso que damos juntos parece fortalecer la conexión que estamos construyendo.

Caminamos hasta la plaza del mercado, donde algunos lugareños venden productos artesanales en el mercadillo navideño y aprovechamos para comprar algunos regalos.

Los puestos exhiben una variedad de artesanías, desde decoraciones hechas a mano hasta bufandas y guantes tejidos con esmero. Cash y yo nos detenemos en varios puestos, admirando la habilidad y la creatividad de los artesanos locales.

La risa y el bullicio del mercadillo crean un telón de fondo festivo mientras exploramos juntos.

En un rincón del mercadillo, nos encontramos con una artesana que realiza figuras de cerámica. Cash muestra interés en su trabajo y ella nos explica el proceso detrás de cada pieza.

—Esas figuritas son tradicionales de nuestra región —le digo mientras observamos las coloridas creaciones—. La gente las coloca en sus casas como símbolo de buena suerte para el próximo año.

—¿Tú tienes? —pregunta Cash.

Sonríó, recordando las figuras que solía colocar en mi habitación cuando era niña y asiento con la cabeza.

El mercadillo nos regala momentos especiales y recuerdos que atesoro.

Mientras paseamos, los vecinos nos saludan con sonrisas cálidas. Les presento a Cash, y

pronto estamos inmersos en animadas conversaciones.

Después pasamos junto al río que atraviesa el pueblo y llegamos a un pequeño puente desde donde se ven las montañas cubiertas de nieve a lo lejos.

—Aquí es donde venimos a patinar en invierno —le digo señalando el río congelado.

Continuamos nuestra exploración, deteniéndonos en la panadería local, donde el delicioso aroma a pan recién horneado nos envuelve. Le pido a Cash que pruebe las especialidades locales, y mientras saboreamos las delicias, intercambiamos anécdotas sobre nuestras vidas.

Después comemos en la taberna y le animo a probar los platos típicos de Villa Nevadella, como lo es el pollo asado en el gran horno del lugar junto a unas buenas patatas de guarnición.

Compartimos también algunas tapas junto a un par de refrescos y cuando el sol comienza a ponerse, pintando el cielo de tonos cálidos y dorados, nos dirigimos de vuelta a casa, disfrutando del silencio mágico que envuelve el pueblo.

—*Thank you*, Mía —dice Cash cuando estamos a punto de llegar a casa.

—¿Por qué? —No entiendo a qué se refiere.

Sonrío, aunque una parte de mí se pregunta si él se da cuenta de cuánto significan estos momentos para mí.

—Por enseñarme tu mundo —me dice.

Fuera nieva, ya lo sabes, pero bragas derretidas en tres, dos, uno...

La sensación de complicidad y conexión crece con cada paso que damos juntos y es en este momento, mientras la magia de la Navidad se cierne sobre nosotros, cuando me doy cuenta de que estoy disfrutando cada instante a su lado. Y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de lo que el futuro pueda deparar.

22

Mis padres están ocupados en la cocina, finalizando los detalles para la cena de Nochebuena. El aroma del pavo llega a todos los rincones de la casa y abre el apetito.

Mientras tanto, Cash y yo nos arreglamos en mi habitación, inmersos en un ambiente de festividad.

Mi vestido rojo resalta, y él luce elegante con su camisa y pantalón chino.

Está guapísimo.

Para comérselo, como un quesito.

Cielo Santo, qué bombón.

—Estás... —dice Cash cuando se da la vuelta y me contempla con el vestido puesto— *beautiful*.

—¿En serio? —le pregunto sintiendo cómo las mejillas se me ponen rojas.

Cash silva de cachondeo, y me coge la mano para que dé una vuelta sobre mí misma.

—Oh, tienes la... —señala mi espalda. Una espalda que queda desnuda porque el vestido es... ay, no sabría decirte todo lo bonito que es.

Una princesa.

Así es como me siento en este momento.

Y Cash es mi príncipe, y juntos vamos a reinar en Villa Nevadella.

No, no he tomado drogas, es que estoy encantada de que esté aquí.

—Es verdad, ¿puedes abrochar la cremallera? —le pido dándole la espalda después de acercarme a él.

—*Of course* —me dice.

Es entonces cuando comienzo a sentir la piel de las temblorosas yemas de sus dedos sobre mi espalda.

Están calientes y rozan mi columna intentando subir la cremallera.

Cierro los ojos y trago saliva.

Tengo calor, mucho calor, cuando me pregunto cómo se estará sintiendo él en este momento.

Si está nervioso, pues el temblor de sus manos no se desvanece.

Si su corazón va tan rápido como el mío.

Si está excitado... y cuán abultados deben estar sus calzoncillos ahora mismo de ser así.

El calor me recorre por dentro y hace que mi sangre bombee con fuerza.

Siento un latigazo de placer entre mis piernas y no sé qué pedir al Universo, si el cese de esas caricias involuntarias o que se vuelva loco y termine poseyéndome contra la pared tras decirle: *tómame, soy tuya*.

La cremallera termina subiendo y el contacto se desvanece.

Me giro lentamente y le miro a los ojos.

Maldito, qué guapo es, pero es de esos chicos que no lo saben.

—Gracias —susurro sin dejar de mirarle.

Hidrata sus labios con su propia lengua y no puedo evitar que mi pupila viaje hasta ese gesto.
¿Cómo besaré? ¿Será apasionado?

Me muerdo el labio sin querer y su mirada baja hasta mi boca.

—*You are...*—comienza a decir al tiempo que pasa su dedo pulgar sobre mis labios.

Oh, Dios mío, estoy flotando.

—¿Sí?

—*Very...sexy...*

Me acerco un poco más, solo un poquito.

Él hace lo mismo, salvando la distancia.

Entonces mi madre aparece en mi habitación, haciendo que nos separemos el uno del otro de manera brusca.

—*Güi güi a merry Christmas, güi güi a merry Christmas* —mi madre intenta canturrear la versión inglesa de la canción navideña, pero lo cierto es que debería dedicarse a otra cosa, porque esto se le da fatal—. ¡Hans, qué guapo estás! ¿Bajáis ya a cenar?

Gracias, mamá, por decirme guapa a mí también. Es un placer siempre coincidir contigo, pienso con desdén.

—Enseguida —digo simplemente, ignorando que todavía no se ha molestado en aprenderse su nombre de la forma correcta.

—Mía —llama mi atención mi madre.

—¿Sí? —pregunto con la esperanza de que alabe mi aspecto, porque lo cierto es que me he esmerado a conciencia.

—Si ves lo guapa que está Olivia, te caes para atrás.

Dicho esto se marcha y cierra la puerta.

Me entran ganas de llorar, lo admito, pero no lo hago.

—Mía... —intenta decirme Cash.

Le hago un gesto con la mano para que no diga nada, ya que está al tanto de todo lo que ha pasado en mi familia y de por qué he tenido que recurrir a él para intentar que me dejen un poco tranquila.

—Todo está bien —miento—. Recuerda, intenta durante la cena no entrar al trapo en ciertos temas. No te expongas demasiado.

—Lo sé. Ni religión ni política ni fútbol.

—Eso es.

—De acuerdo.

Repasamos lo que vamos a hacer durante la cena y después estamos listos para bajar.

—Ve tú primero —me pide.

—¿Por qué?

—*I need* ir al Wc antes.

—Vale, te espero abajo.

No obstante, Cash me miente, pero lo descubro minutos más tarde, cuando ya estamos cenando, porque en ese momento no tengo ni idea de lo que nos puede deparar la mágica Nochebuena en Villa Nevadella.

23

Entro en el comedor y me quedo maravillada. La mesa está decorada con esmero, un mantel blanco y rojo resalta la vajilla y los cubiertos relucen.

En el centro, un precioso arreglo floral da un toque festivo al ambiente.

La luz tenue de las velas añade calidez y destellos dorados.

Mis padres han preparado una cena espectacular. En cada plato, hay exquisiteces navideñas, desde entrantes hasta el postre. El aroma a especias y sabores familiares me transporta a mi infancia, cuando estas celebraciones eran pura magia a pesar de que mi persona siempre quedara en segundo plano.

Cuando Cash baja las escaleras, nos sentamos juntos, intercambiando miradas cómplices. La combinación de su presencia y el entorno festivo crea una atmósfera especial.

Todos estamos muy elegantes, pero lo cierto es que no puedo quitarle los ojos de encima a mi novio falso.

Tal y como había dicho mi madre, Olivia está preciosa, así que le dedico una sonrisa de admiración sincera cuando se sienta frente a mí.

Mis padres sirven los platos con alegría, y comenzamos a disfrutar de la cena. Las risas y las conversaciones animadas llenan la habitación. Mientras degustamos los manjares navideños, la felicidad se refleja en los rostros de todos.

Entre bocado y bocado, mi familia aprovecha para conocer más sobre Cash. Mis padres le hacen preguntas amigables, y él responde con encanto, cautivando a todos con su simpatía, relatando que ha vivido en diferentes partes del mundo, pero lleva un tiempo establecido en Madrid dando clases en una academia de inglés, lugar donde decimos que nos conocimos.

Omite el despido, por supuesto, porque quedaría muy mal decirles a mis padres que el único empleo que tiene ahora mismo es el de hacer el papel de su vida a mi lado.

Cada bocado es una explosión de sabores que despiertan recuerdos de infancia. Mientras disfruto de la exquisita cena, mi mirada se cruza con la de Cash en varias ocasiones, creando una conexión silenciosa pero intensa. La luz de las velas baila en sus ojos, y siento una corriente eléctrica de emoción.

No sé qué me está pasando, quizá sea el vino, pero cada vez tengo más ganas de descubrir a qué huele su piel.

—Mía, estás comiendo demasiado. Ojo, que ese vestido no te vendrá como sigas así — comenta mi madre cuando me pongo más pavo en el plato.

La miro un instante a los ojos, pero no digo nada.

Si hablo, puede que reviente, y no, no lo voy a permitir.

Es mi noche, aunque nadie se haya dado cuenta, pero para mí, que mi madre no me haya sentado entre mis sobrinos porque estoy soltera, es mucho.

Es un paso agigantado.

Cash, siempre atento, apoya su mano en mi muslo de manera sutil pero reconfortante. Intenta relajarme tras las palabras de mi madre.

Sus dedos trazan círculos suaves, como una caricia invisible que me provoca un estremecimiento agradable. Es como si su toque secretamente hablara un lenguaje solo nuestro, añadiendo una dimensión especial a la velada.

—¿Qué habéis hecho durante todo el día? —pregunta entonces mi padre para cambiar de tema, cosa que agradezco.

—Le he enseñado el pueblo a Cash. Hemos paseado por el mercadillo navideño y todo eso.

—Anda. ¿Y te ha gustado, chico? —le pregunta mi padre.

—*Oh, yes!* Me he comido una polla asada exquisita en *taberno. Delicius!*

Marta y Daniel ahogan una exclamación, yo me atraganto con el vino y la cara de mi madre se torna blanca en segundos.

Mi padre parpadea un par de veces y Alberto ni se inmuta.

—Mamá, ¿qué es una polla? —pregunta Marta.

—Es la mujer del pollo, tonta —dice Daniel.

Olivia suelta una carcajada estridente, se ha pasado con el vino.

—¡Hija, por Dios! —la reprende mi padre.

—Se ha equivocado, cariño —le dice Olivia a Marta tras serenarse—. Quería decir...

—Pollo —salto yo entonces—. Pollo asado. Hemos ido a la taberna. Es que no conjuga bien...

—Necesito una *academio* —dice Cash un poco avergonzado.

Le miro y le acaricio la cara con dulzura.

Mis padres asienten con la cabeza, pero no dicen nada más.

Se han traumatizado, lo sé.

Madre mía.

Suerte que a medida que avanzamos en la cena, las risas fluyen fácilmente. Los comentarios ingeniosos de Cash se mezclan con la charla animada de mis padres, creando una armonía que llena la sala. Cada momento es un regalo, y el corazón me late con gratitud por tener a Cash a mi lado en esta celebración tan especial.

El momento culminante llega con el postre, donde mis padres sirven un delicioso tronco navideño y otros dulces típicos. La magia de la noche se intensifica, y todos compartimos historias y recuerdos entrañables.

Pero es en el momento de los brindis cuando me llevo la sorpresa de mi vida.

—Me gustaría... *chin chin* —dice Cash levantándose con su copa en la mano.

Me mira y sonrío.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Hija, deja al gringo que coja costumbres españolas —dice mi padre.

—En todas partes del mundo se brinda, papá —le recuerda Olivia.

Alberto no ha dicho ni una palabra en toda la cena.

No sé qué le pasa pero está como el tocino rancio.

—Mía —dice cogiendo mi mano—, *stand up*.

Me levanto y me pongo en pie junto a él.

No sé qué está pasando pero noto el corazón desbocado.

—Antes de que me pregunte la razón por la que estoy con Mía... quiero decir aquí, delante de toda su *familio* —dice Cash esforzándose por decirlo todo en un perfecto castellano,

dirigiéndose a mi padre en particular—, que Mía es la mujer más maravillosa y *especial* que he conocido nunca. Un poco peligrosa para *falling in love, but...*

—¿Para qué? —le pregunta mi madre a mi hermana dándole un codazo.

—Para enamorarse —contesta Olivia.

Entonces, Cash acerca su mano hasta el bolsillo de su pantalón y saca una cajita.

Yo me llevo las manos al pecho, después a la boca y más tarde no sé qué hacer con ellas.

Bueno, una cosa sí hago, y es dejar que la mano de Cash agarre la mía de forma suave mientras se arrodilla.

—Mía, *will you marry me?*

Siento que se me corta la respiración.

Cash acaba de coronarse, porque esto no estaba en nuestro plan.

Estoy a punto de desmayarme.

Literal.

Y no me hace falta fingir.

—¿Le ha pedido lo que creo que le ha pedido? —dice mi madre con la boca abierta.

—¿Es que no ves el anillo? —le espeta de malas formas Olivia a mi madre. Después se marcha del salón.

—¡Un marido por Navidad! —exclama Marta—. Seguro que la tía lo ha escrito en su carta a Papá Noel.

—Prometido, se llama prometido, porque aún no se han casado —le explica Daniel.

—¡Hija, contesta! —me apremia mi padre.

—¡Sí, claro que sí! —exclamo.

Y Cash me rodea la cintura con sus manos tras ponerme el anillo y guardarse la cajita.

Su contacto me hace estremecer, pero cuando sus labios entran en contacto con los míos, todas las mariposas de mi estómago aletean con fiereza.

La cercanía física agrega una capa más a la conexión que estamos construyendo, y la promesa de lo que podría ser tiñe la velada con un matiz especial.

La noche avanza, pero el tiempo parece detenerse en esta burbuja de felicidad compartida. Cuando nos levantamos de la mesa al finalizar la velada, la sensación de plenitud perdura. La magia de la Navidad, tejida con momentos delicados y gestos afectuosos, deja una huella imborrable en mi corazón.

Ni siquiera me da por pensar que todo es mentira, que es un papel. Cash tampoco

Y ese es otro error que cometemos ambos.

24

Mientras caminamos bajo el cielo estrellado, noto cómo la nieve crujiente bajo mis pies crea una banda sonora mágica que anima nuestro recorrido. Ya hemos terminado de cenar y estamos de camino a la Iglesia del pueblo para acudir a la misa del gallo.

No es que sea santo de mi devoción, pero mis padres han insistido y estoy tan feliz en este momento que me da todo igual.

Las luces parpadeantes de las casas y los árboles añaden un toque de encanto a la noche. Miro a Cash a mi lado, su aliento visible en el aire frío, y me doy cuenta de que, de alguna manera, todo parece más especial con él aquí.

La familia camina delante de nosotros, charlando y riendo. Mis padres intercambian miradas cómplices, y Olivia y Alberto, aunque no se dirigen la palabra, sostienen las manitas de Daniel y Marta, que están fascinados por la nevada nocturna. La iglesia, con su silueta iluminada, se acerca a medida que avanzamos.

Cash se inclina y susurra en mi oído:

—¿En qué consiste exactamente la *chicken* misa?

Mi risa se mezcla con el sonido de nuestros pasos y el crujir de la nieve. Mientras avanzamos hacia la iglesia, siento una sensación cálida en el pecho, como si este momento fuera un regalo especial de la Navidad y le explico a Cash cómo es nuestra tradición de la misa del gallo en Villa Nevadella.

Al entrar en la iglesia, la atmósfera tranquila y llena de velas crea un contraste con el bullicio de la cena.

La misa del gallo envuelve la iglesia en una atmósfera solemne y festiva al mismo tiempo. La melodía de los villancicos llena el espacio sagrado mientras los fieles entonan las conocidas canciones navideñas. El coro, acompañado de instrumentos musicales, eleva la celebración a nuevas alturas.

Las luces tenues y las velas parpadeantes crean un ambiente íntimo y acogedor. La historia del nacimiento de Jesús se narra con una solemnidad que inspira reflexión y gratitud. A medida que las palabras de Fermín, el cura, llenan la iglesia, puedo sentir la conexión compartida de la comunidad, todos unidos para celebrar la llegada de la Navidad.

Se comparten lecturas que resaltan la importancia del amor, la esperanza y la paz. La comunión refuerza el sentido de unidad, y las voces de la congregación se elevan en oración y agradecimiento. Cada gesto y palabra parece impregnado de significado, recordándonos el verdadero espíritu de la Navidad.

Al finalizar la misa, nos despedimos con deseos de paz y alegría. La salida de la iglesia se llena de murmullos alegres y felicitaciones. La nieve que cae fuera parece ser una bendición adicional, añadiendo un toque mágico a la noche ya especial.

Mi madre se encarga de saludar a todas las vecinas y vecinos a las puertas de la Iglesia, y me

arrastra de la mano para que puedan ver el anillo que Cash acaba de regalarme.

—Mira, Trini, casé a la mayor y ahora caso a la pequeña —dice toda orgullosa, como si Olivia y yo fuésemos una moneda de cambio, tal y como sucedía con las mujeres siglos atrás.

La verdad es que el anillo es una preciosidad. Oro blanco con una pequeña piedrecita en el centro.

Sencillo, pero muy elegante.

Cash tiene buen gusto, y nadie lo puede negar.

—Y este es Hans, Trini, ¡mira qué brazos! —sigue diciendo mi madre.

—Cash, mamá —le recuerdo sonriendo de forma nerviosa.

Me siento observada por todo el mundo, porque en Villa Nevadella nos conocemos todos y mi madre no habla bajito precisamente.

Sé que Rubén está por ahí cerca, aunque ahora mismo no lo tengo dentro de mi campo de visión.

Mejor.

Aunque no tardará en enterarse de la noticia.

Dios, ¿qué estoy haciendo?

Trini solo asiente y sonrío. Sonrío y asiente.

En bucle.

Todo el rato.

—Es de Liverpool —comenta mi padre—, pero bueno.

Se encoge de hombros y yo intento cerrar los ojos y tranquilizarme.

Ese comentario sobra, desde luego, pero no quiero emborronar con un enfrentamiento la noche tan bonita que he vivido.

Entonces nos despedimos y volvemos a casa, y Cash agarra mi mano en un gesto involuntario.

Yo aprieto la suya por inercia, pareciendo que mis dedos han estado encajados entre los suyos durante mucho tiempo.

—Siento lo de mi madre —digo haciendo una mueca.

Cash niega con la cabeza.

—*Don't worry.*

—Ya has visto que solo le importa aparentar y ser el centro de atención en todo —digo con resquemor.

—Pues esta noche ha sido gracias a ti —me dice sonriendo.

—Me has sorprendido mucho —comento entonces.

Me mira y sonrío otra vez.

—Esa era la intención.

—¿Lo tenías planeado? ¿Por qué no me dijiste nada? —le pregunto sorprendida.

Cash asiente con la cabeza.

—*¡Surprise!* Si te lo digo, no tiene gracia —dice.

—Eso es verdad —comento.

—Sabía que funcionaría —dice.

—¿Funcionar? —pregunto sin entender.

—Con tus padres.

—Ah, sí, sí, desde luego. ¿Cuánto te ha costado el anillo? Lo añadiré en tu sueldo.

Entonces para de caminar y me mira de forma seria.

—No —niega con la cabeza.

—¿Cómo que no? —pregunto.

—Ha sido mi idea, Mía, no tienes que pagar nada.

—Pero...

—Yo quería regalártelo, te lo mereces.

—Yo...

—Sí —susurra acariciando con las yemas de sus dedos una de mis mejillas.

—¡Vamos! ¡Hace frío! —nos grita mi madre.

Maldigo mentalmente a mi progenitora, porque en los dos acercamientos reales que he tenido con Cash, su estridente voz ha estado por el medio.

Entramos en casa y subimos directamente a mi habitación alegando que nos apetece un poco de intimidad y queremos descansar.

Y que sepas, que a mi madre no le perrea el ojo ni nada parecido cuando menciono la palabra “intimidad” y subo a mi habitación.

Porque ya hay anillo.

Ya hay promesa, prometido y de todo.

Menos mal que no sabe que todo es más falso que una moneda de cinco euros.

25

El frío nos ha calado un poco los huesos a pesar de que vamos abrigados.

Nos hemos despojado de las prendas calientes y ahora Cash está mirando tras la ventana de mi habitación.

—Es muy bonito, me encanta —dice refiriéndose al pueblo.

—Absolutamente. Villa Nevadella se convierte en un lugar único durante estas fechas — respondo, sintiendo el calor de la habitación contrastar con el frescor de mis manos, las cuales acaricio e intento calentar.

—¿Tienes frío? —pregunta él acercándose a mí.

—Un poco.

—*Your nose is red* —dice en un susurro divertido y me da un golpecito cariñoso en la nariz.

Pues claro que tengo roja la nariz, si fuera hace un frío que pela, pero claro, mis padres sin ir a la misa del gallo no son nadie.

Sonríó y un silencio cómodo se instala por un momento entre nosotros.

—Espero que la propuesta no haya sido demasiado... abrumadora —dice, mirándome con ternura.

Ha acogido mis manos entre las suyas y las frota con delicadeza para hacerme entrar en calor.

—No, en realidad, no. Ha sido una sorpresa, pero ya sabes que todo esto es un juego. Una farsa para salvar las apariencias en Navidad —comento, sonriendo con complicidad, aunque en mi interior mi corazón sigue bailando por esa pedida y ese beso que, perdóname, pero de fingido nada.

He notado su lengua explorar mi boca, sus labios buscar los míos y moverlos con fiereza y pasión contenida.

¿O me estoy volviendo loca?

Ojalá que no, porque lo cierto es que Cash... pues sí, quizá me guste un poquito.

Un poquitito de nada.

Por eso siento el deseo de contarle lo que pasó entre Rubén y yo, ese maldito beso en mi portal, pero no encuentro la forma ni tampoco el momento.

Cash asiente, pero sus ojos revelan algo más profundo.

—Mía, aunque esto sea un contrato, estoy disfrutando aquí contigo.

—No llevas aquí ni veinticuatro horas —susurro entre risas.

—Pero te echaba de menos.

Sus palabras me tocan, y siento que es el momento adecuado para abrirme un poco más.

—Yo también disfruto a tu lado, Cash.

Cash sonríe, una paleta de emociones baila en el aire y nos sumergimos en una conversación que va más allá de las apariencias.

Nos colocamos el pijama y nos metemos en la cama.

La luz suave de los adornos luminosos exteriores de Navidad proyecta sombras danzantes en la habitación, creando un escenario íntimo para nuestras confesiones.

Hablamos de nuestras vidas, de los sueños que guardamos bajo la superficie, permitiendo que la conexión entre nosotros se profundice con cada palabra compartida.

—Me da envidia que hayas viajado tanto —le digo entonces.

Parecemos dos abuelitos, ambos metidos en mi cama, con el edredón hasta las cejas, riendo y compartiendo sueños.

Tiempo después comprenderé que a esto también se le llama intimidad.

La nevada parece haber detenido el tiempo, dándonos un espacio donde las verdades se revelan con naturalidad.

—¿Tú no lo has hecho? —pregunta y yo suspiro.

—Lo cierto es que no.

—*Why?* El momento es ahora.

—No lo sé, supongo que siempre he puesto por delante otras cosas. ¿Sabes lo que me gustaría mucho?

Cash niega con la cabeza.

—Hacer un voluntariado. Lejos, muy lejos. Seguir ayudando a niños y niñas.

Cash sonríe.

—Pues adelante.

—Mis padres...

—Tus padres deberán aceptar tus decisiones, porque eres adulta y tu vida es tuya —me dice.

Y siento que tiene toda la razón.

Entonces, ¿qué me impide hacer lo que yo quiera? ¿Vivir mi vida?

Claro que me ha gustado que mis padres se pongan contentos con toda esta farsa, pero sigo sintiendo que algo está fallando.

Aunque no sé lo que es.

No obstante, en esta casa hay más secretos de los que yo imagino, y pronto los voy a descubrir, aunque todavía no sea consciente de ello.

El reloj avanza, pero aquí, entre luces titilantes y confesiones sinceras, el tiempo parece suspenderse, permitiéndonos explorar el abrazo suave de esta conexión inesperada. La nevada ha dejado su huella en cada rincón de Villa Nevadella, y nosotros, en este instante, nos sumergimos en la calidez de lo imprevisto, dispuestos a descubrir qué sorpresas aún nos depara la Navidad.

Nos quedamos dormidos abrazados y con las manos entrelazadas, pero no es hasta un par de horas más tarde cuando nuestros cuerpos comienzan a hablar un lenguaje que solamente entiende nuestra piel.

Y no, Cash no tiene un *nugget* guardado en los calzoncillos, pues me despierto porque noto su erección en todo su esplendor rozar mi sexo cuando me abraza por detrás, en modo cucharita, mientras dormimos.

Siento cómo palpito ante su contacto y cómo el calor me abraza por dentro.

No puedo evitar gemir cuando noto la calidez de su mano bajo la tela de mi pijama.

—*Are you OK?* —me pregunta Cash en un susurro, pidiéndome permiso para seguir.

Así que él también está despierto.

—Sí... —respondo con la respiración agitada.

Las yemas de sus dedos danzan sobre mi abdomen, y pronto se cuelan entre mi pantalón de pijama, sortean la tela de mis braguitas y palpan lo mojada que estoy en estos momentos.

Introduce un dedo dentro de mí.

Después dos.

Los saca.

Los mete.

Los saca.

Los mete.

Yo cierro los ojos y me dejo hacer porque no sabía cuánto necesitaba estas sensaciones hasta que las estoy experimentando.

Sigo notando su sexo apretar contra el mío, pero la tela de su pijama hace de barrera.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunto cuando me giro hacia él y quedamos cara a cara.

Busco sus labios.

—No lo sé, pero no quiero parar. Llevo muchos días pensando en...

—Shhh —Pongo mis dedos sobre su boca y él da un besito pequeño en mis yemas.

Entonces encuentro sus labios y los atrapo entre los míos.

Qué bien besa.

Y qué bien sabe.

Nos deshacemos de los pijamas y pronto está apoyado sobre mí, mis piernas abiertas.

Noto su dureza envuelta en el látex del preservativo que se acaba de poner en mi hendidura, pero todavía no está en mi interior.

Me amasa los pechos de manera dulce.

Los besa, los lame y luego vuelve a besar mi boca.

Es realmente mágico, pero al mismo tiempo nunca he estado tan excitada como en este momento.

Gime sobre mi boca cuando se mueve para rozarse junto a mí.

Es entonces cuando se introduce en mi interior de una sola estocada y comienza a moverse a un ritmo perfecto.

Entra.

Sale.

Gruñe y me coge suavemente de mi cabello oscuro, que está desparramado por la almohada.

Está duro, es grande y lo hace de maravilla.

Sube una de mis piernas sobre su hombro y lo siento más dentro.

Más duro.

Me toco mientras él me penetra.

—Eres tan bonita... —susurra sobre mi piel desnuda.

Subo yo misma la otra pierna y me dejo hacer con total despreocupación.

Sigo frotando mi clítoris mientras él arremete con un juego perfecto de su cadera.

Me muerdo la otra mano para no gritar.

Cierro los ojos.

Escucho sus gemidos ahogados por la cercanía de mi cuerpo y esto todavía me excita más.

Me corro.

Se corre.

Lo hacemos juntos.

Increíble.

Todavía no soy consciente del monstruo que hemos creado juntos.

Uno que se llama amor y que acabamos de sellar en Villa Nevadella.

26

Me deslizo suavemente fuera de la cama, dejando a Cash dormir profundamente en la calidez de las sábanas tras quitarse el preservativo y tirarlo a la papelera de mi habitación.

La luz de la luna se filtra a través de las cortinas, iluminando el camino hasta el baño. Mientras me aseo, el silencio de la casa solo es interrumpido por el crepitar de la leña en la chimenea que proviene del piso de abajo.

No te asustes, apenas debe quedar un pequeño trocito de tocón y las brasas.

Me aseo y pienso en lo que acaba de suceder.

No me lo creo.

O sea, no asimilo.

¿Es real este hombre?

¿Es real?

Sí, sí que es real, porque todavía tengo el aroma de sus besos impregnado en mi piel.

Y los pezones de punta entre el frío y la excitación que acaba de sufrir mi cuerpo.

Dios.

Estoy temblando, y es solo de recordar cómo es sentir a Cash dentro.

No tengo ni idea de lo que está pasando en mi vida, pero...

Escucho un suave murmullo proveniente del pasillo y mis pensamientos cesan.

Abro la puerta del baño y descubro a Olivia, que está de pie junto a la escalera.

Salgo del baño, apago la luz y la miro.

Vale, está completamente ida.

Trago saliva y pienso que tantas noches seguidas levantada y sonámbula no me parecen normales.

Algo ocurre.

Olivia baja las escaleras como si fuera un fantasma y flotara en el aire y yo la sigo.

Me abrazo a mí misma, todavía no hemos llegado al calorcito de la chimenea que caldea todo el salón y tengo frío.

—¿Olivia? —la llamo cuando ambas estamos abajo.

Las luces del árbol me guían para poder observar lo que hace.

Alguien se ha encargado de colocar los regalos, pues esta noche es cuando Papá Noel pasa por cada casa para dejar los presentes.

O eso te hacen creer cuando eres niño.

Olivia se para frente a la puerta principal y su mano, guiada por un impulso invisible, se posa en el pomo.

El juego de llaves cuelga de la cerradura, pues mi padre siempre lo deja puesto tras cerrar.

Olivia intenta abrir, pero no puede, porque la llave está echada.

—No, Oli —le digo acercándome a ella, pero parece no escucharme.

Forcejea, no obstante no cae en que debe girar la llave.

Suelta un gemido de frustración y se aleja de la puerta.

Es entonces cuando se acerca al montón de regalos que hay bajo el árbol y observo con horror cómo se baja los pantalones y la ropa interior y comienza a colocarse en cuclillas.

—No, no, no. Ven, ven, ven —me acerco a ella y la cojo del brazo—. Ahí no.

—Estoy en una jaula —dice entonces.

—¿En qué?

—Jaula —repite.

La guío al baño y la siento en el Wc.

Olivia orina delante de mí como cuando éramos niñas, pero todavía sigue dormida.

—El pipí en el váter —le digo, y ella asiente con la cabeza.

Entonces me coge del brazo y me dice:

—Estoy en una jaula.

Trago saliva.

No entiendo por qué me dice eso ni lo que me quiere transmitir, pero corre hacia la puerta y, rápida como el viento, gira el manojito de llaves para salir al exterior.

Corro y la sigo.

La madre que la parió.

Y aquí estamos las dos, en el porche de la casa.

Ella mirando cómo cae la nieve, yo queriendo llevarla dentro otra vez.

—Vamos a la cama, aquí hace frío.

—Estoy en una jaula.

—En una jaula, muy bien.

—En una jaula fría —dice.

La miro y entonces, aunque sus ojos no me ven, sé que están tristes.

Sé que esconden algo.

Sé, porque es mi hermana y la conozco, que la pena los tiene eclipsados.

Y eso me da miedo.

—Claro, Oli, porque aquí está nevando. Vamos dentro, está la chimenea.

Por suerte, me deja que la coja de la mano y la lleve dentro.

Respiro tranquila cuando vuelvo a cerrar la puerta, echo la llave y dejo el manojito sobre la repisa de ladrillos de la chimenea.

Llegamos hasta el sofá y se acuesta sobre él. Junta sus manos bajo su oreja derecha y se acurruca.

Sonrío con ternura y la tapo con una manta.

No me muevo de aquí, no quiero llevarla a su habitación porque parece muy cómoda echada en el sofá, así que me quedo con ella hasta que, a primera hora de la mañana, siento sus manos tirando de mí.

—¿Qué está pasando? —murmura, como si despertara de un sueño profundo, mirándome—. ¿Qué hacemos aquí?

Abro los ojitos un poco, las primeras luces del día están entrando por una rendija que la cortina del salón no ha tapado de la ventana.

—Anoche...

—Dime que no hice nada raro —dice preocupada.

Bostezo, estiro los brazos hacia arriba, suspiro y hago una mueca.

Entiendo que ya está al tanto de que se está levantando sonámbula.

—Más o menos —le digo.

—¿Cómo que más o menos?

—Querías mear en los regalos, básicamente —le digo mirándome las uñas.

—¿Qué?

—Pero te detuve a tiempo, no lo hiciste.

Olivia resopla.

—Y salir fuera. Y decías algo de... una jaula, no sé.

Olivia frunce el ceño, tratando de recordar.

Entonces me levanto y pongo un tocón nuevo en la chimenea.

—¿Dónde vas?

—¿Quieres un café? —le pregunto sin más.

Olivia asiente.

Preparo dos cafés de cápsula y ambas salimos a terminar de ver cómo amanece el día en Villa Nevadella desde el asiento balancín del porche de nuestra casa.

Nos envolvemos en una manta que compartimos y calentamos nuestras manos con las tazas de café.

—¿Qué pasa, Olivia? —pregunto, sentándome a su lado. Me sale vaho de la boca porque el frío del exterior muerde.

Mi hermana mira hacia un punto que no consigo ubicar para no mirarme a los ojos.

Su barbilla tiembla en un puchero que logra controlar.

Entonces responde:

—Alberto y yo nos estamos divorciando.

La noticia me golpea como un cubo de agua fría, y la atmósfera que prometía ser cálida y acogedora entre las dos a pesar del frío del exterior, se ve empañada por una realidad dolorosa.

Con una mezcla de sorpresa y tristeza, la escucho contar su historia, compartiendo la carga de una decisión difícil. A medida que hablamos, se arroja una sombra más intensa sobre nuestra conversación, recordándonos la fragilidad de las relaciones, pero sé que Olivia no termina de contarme toda la verdad.

Después de una charla que se torna más profunda, nos abrazamos en la penumbra de la habitación, reconociendo la complejidad de la vida. La nevada fuera, ahora un recordatorio de cambios inesperados, se convierte en testigo silencioso de nuestras emociones compartidas.

Mientras Olivia comparte la noticia de su divorcio, siento cómo mi cuerpo se enfría ligeramente, como si una brisa gélida se hubiera colado bajo mi piel.

La sorpresa se refleja en mi rostro, pero rápidamente se transforma en comprensión y empatía.

Sus palabras son como una grieta en la fachada de la vida idílica que siempre asocié con Olivia. Que siempre crearon mis padres sobre ella y su familia, como tejedores de una tela de araña.

Esa hermana perfecta, con su matrimonio sólido y una familia aparentemente feliz.

Me doy cuenta de lo superficial que puede ser el exterior, y la revelación me golpea de una manera que no esperaba.

Pero también siento dolor.

Me duele.

Me duele haberme alejado de ella por esa imagen que mis padres crearon de Olivia sin que

ninguna de las dos pudiéramos evitarlo o entenderlo.

Me duele porque de niñas éramos una.

Me duele porque la quería.

La quiero.

La quiero a morir.

Es mi hermana.

Mi primera amiga y confidente.

Esa compañera de juegos.

De aventuras.

De secretos.

Esa personita que ha vivido conmigo toda mi infancia y adolescencia.

Esa a quien yo admiraba tanto, tanto, tanto, que esa admiración se convirtió en casi odio por culpa de mis padres.

Por ponerla sobre mí, por encima, por hacer que me pisara sin que ella ni siquiera lo supiera.

Pero así me he sentido durante estos años.

Sin embargo, ahora...

Es extraño, no es que me alegre de ver esas imperfecciones en su vida, de que se rompa su burbuja, pero de algún modo siento que no soy un bicho raro, ni tampoco tan desastre.

Que hasta la persona más perfecta del mundo se puede equivocar y no cumplir con las expectativas impuestas por nuestros padres.

Me siento más cerca de Olivia que nunca, y mi corazón late con la comprensión de que, detrás de cada puerta cerrada, hay historias y luchas que desconocemos.

Hablo con ella, le expreso cómo me siento y cómo me he sentido durante todo este tiempo.

Ella lo sabe, me comprende, me apoya.

Y yo hago lo mismo con ella.

Mis manos buscan las suyas, ofreciendo el apoyo que no sabía que necesitaba dar. La reconciliación entre nosotras se convierte en un acto silencioso pero significativo. Comprendo que las comparaciones y las inseguridades que siempre sentí frente a Olivia eran, en parte, autoimpuestas.

—¿Crees que yo no he tenido presión? ¿Que yo quiero esta vida? —me dice entonces.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto sin comprender.

—Mía... —me dice en un susurro, creando una expectación que no esperaba.

—¿Qué pasa? —pregunto casi desquiciada.

—Que yo ya no estoy enamorada de Alberto, que...

—¿Qué?

—Que me he enamorado de otra persona —dice al fin.

—¿Otra persona? ¿Quién? ¿Lo conozco?

Olivia niega con la cabeza.

—No, no conoces a Sara.

Parpadeo varias veces.

—¿A...Sara? —pregunto.

—Mía, llevo toda mi adolescencia sintiéndome rara, diferente, dudando.

—¿Dudando?

Sé que parezco gilipollas, pero es que estoy alucinada.

—Sí. He hecho todo lo que debía hacer para ser la hija perfecta, tenía esa maldita presión

sobre mí. Estudié, triunfé laboralmente, me casé con Alberto y fui madre, además por doble.

—Sí, así es.

—Pero es que yo ya no estoy enamorada de Alberto. Creía que lo estaba, en su momento, pero no es verdad.

—¿Quién es Sara?

—Sara es... bueno, quien me ha ayudado a terminar de conocerme a mí misma, y a saber lo que quiero. Pero cuando papá y mamá se enteren... cuando todo esto explote...

Olivia se lleva las manos a la frente, agobiada.

—Tranquila.

—Mía, Sara es el amor de mi vida. Me gustan las mujeres. ¿Soy mala persona por eso?

—¿Qué? ¡Pues claro que no! ¿Cómo puedes pensar algo así?

—Yo qué sé. Alberto me llamó mala persona por traicionarlo.

—¿Lo sabe?

—Por supuesto. Te he dicho que nos estamos divorciando, yo le conté toda la verdad.

—Bien.

—¿Bien?

—No estás sola, Olivia. Estoy aquí para ti, siempre —digo con sinceridad, mirándola a los ojos y dejando que la complicada danza entre hermanas se transforme en un paso más ligero.

Los recuerdos llegan a mi cabeza.

Olivia y yo patinando.

Olivia y yo riendo.

Olivia poniéndome una tiritita en la rodilla cuando ella tenía seis años y yo cuatro y me había caído de la bici.

Olivia besando mi codo cuando me caí de la litera.

Yo intentando peinar a Olivia.

Olivia y yo corriendo por el parque.

Olivia ayudándome a esconder mi primer diente de leche caído debajo de la almohada...

—Olivia —le digo entonces.

—¿Qué?

—Que lo de Cash es una farsa.

La nevada, que antes me parecía un recordatorio de la pureza y la serenidad, ahora se convierte en un símbolo de la complejidad de nuestras vidas entrelazadas. Las diferencias y similitudes entre nosotras se vuelven menos importantes en comparación con la conexión genuina que compartimos en ese momento. La calidez regresa por la comprensión y el apoyo entre dos hermanas que han pasado por mucho juntas y están listas para enfrentar lo que venga.

No sabría decir cómo me siento exactamente. Me he sincerado con Olivia, al igual que ella lo ha hecho conmigo, y todavía tengo que decidir si eso me trae paz o no.

No obstante, sí me siento más unida a ella.

Y ahora entiendo muchas cosas.

Como su reacción cuando Cash me puso el anillo en el dedo anular de mi mano derecha.

Ella estaba rabiosa, de algún modo, porque por lo visto se me veía muy feliz junto a Cash desde fuera y ella, ahora lo sé, no puede ser feliz con la persona que ama.

Menuda movida.

También ahora me parece coherente la poca comunicación entre ella y Alberto y que se levante sonámbula por las noches debido al estrés del divorcio.

Me siento un poco idiota, la verdad, porque no se me ha ocurrido pensar ni por un solo momento que ninguna relación de pareja es perfecta y en todas se cuecen habas, básicamente porque eso de la perfección a los humanos nos queda muy lejos y muy grande.

He estado tan ciega...

Bueno, todos en esta casa estamos ciegos, también te digo.

Porque hay cosas que se ven a leguas y nadie de mi familia tiene el valor para comentarlas, como por ejemplo, los complejos que tiene mi madre con ella misma y con su vida y que proyecta en nosotras desde pequeñas.

Ya sabes, tanta perfección, tanto orden, tanto control...

Y no lo digo yo, lo dice mi amiga Sofía, que es psicóloga.

Cuando Olivia y yo terminamos el café, pasamos de nuevo al interior de la casa.

Nos topamos con papá, que ya está vestido, afeitado, perfumado y listo para comenzar el día.

—Buenos días —nos saluda.

—Buenos días, papá —dice Olivia.

—¿Estabais fuera con el frío que hace? —pregunta extrañado.

Normal, solo se nos ocurre a nosotras salir ahí fuera a terminar de ver el amanecer en pleno veinticinco de diciembre y en Villa Nevadella, donde hace un frío que pela.

—Estábamos desveladas —digo yo entonces.

Mi padre suelta una carcajada dulce, y toda esa armadura hecha de trabajo y ausencia se desvanece con el sonido.

—Me ha recordado a cuando erais pequeñas... siempre haciendo travesuras juntas —comenta.

Un pequeño nudo se posiciona en mi garganta cuando mis ojos se topan con los de Olivia, así que me obligo a salir de allí antes de que se haga más grande y me acabe estrangulando.

Subo a mi habitación y respiro hondo.

Cash sigue durmiendo, así que centro mi mirada en su cuerpo, arropadito hasta las cejas con

el horrible edredón que eligió mi madre para nosotros.

Y me apetece cobijarme en el suave hueco entre su hombro y su cuello.

Y olerlo.

Y quedarme ahí para siempre.

Al final va a ser verdad eso de que la Navidad es una época perfecta para el amor, porque cuando miro a Cash siento paz, calma y todas las cosas buenas que se pueden sentir por alguien.

Y no sé cómo me ha podido pasar esto, porque siento que ha sido de repente, sin preguntar, sin que yo pueda elegir sentir lo que siento.

Me gusta.

Me gusta mucho.

Y me gusta cada momento que he vivido a su lado mientras practicamos para cuando mis padres estuvieran delante.

Y las canciones que nos enviamos por mensaje.

Y las risas.

Y besarle... Y sentirle dentro...

Trago saliva, dejo de mirar a Cash y me acerco a la ventana.

Desde mi habitación se ve la nevada acera de enfrente de mi casa.

Una fina agua nieve cae en el exterior y me pregunto qué narices voy a hacer con mi vida, porque no lo sé.

Antes, solo el hecho de pensar en el pueblo, en mi casa, en mis padres... me hacía sentir que me habían puesto una camisa de fuerza y que me era imposible ejecutar cualquier tipo de movimiento.

Las miradas de mi madre, sus palabras y comentarios... se sentían así.

Ahora no es que mis padres hayan cambiado o que la camisa de fuerza haya desaparecido, pero he recuperado a Olivia y Cash me lo ha puesto muy fácil.

Pego la palma de una de mis manos al cristal de la ventana y dejo la huella.

Suspiro.

Por otra parte está Rubén, que no sé qué está haciendo con su vida y de algún modo pretendía arrastrarme a esa incertidumbre.

Mi estómago se aprieta en un espasmo, recordándome aquel beso en mi portal, un día antes de que Cash llegara a Villa Nevadella.

Cierro los ojos con fuerza, pensando que, aunque teníamos que fingir delante de mis padres, no había nada entre nosotros.

No como ahora, por lo menos.

¿O sí?

¿Tontear cuenta? ¿Sentir mariposillas en el estómago cuenta?

Zarandeo la cabeza para librarme de todos esos pensamientos; me agobian.

¿Puedo dejar de cometer errores y comenzar a hacer las cosas bien?

Cash se despereza y bosteza en voz alta.

Lo miro y observo cómo mueve esos labiecitos carnosos y apetecibles tras bostezar.

Abre los ojos y me busca con la mirada.

Me pilla abrazada a mí misma, junto a la ventana.

—*Good morning*. —Sonríe.

Adorable.

Completamente adorable.

Sonríó yo también y me acerco a él.

—Buenos días.

—¿Qué hora es? Ya estás despierta —me dice.

Entonces me acerca suavemente a él y me da un beso en los labios.

Sonríe otra vez.

—*Your mouth tastes like coffee* —me dice.

Me río.

Claro que mi boca sabe a café, el que me he tomado junto a Olivia.

—¿Te apetece uno? —le pregunto, todavía con las cosquillitas que han dejado sus labios sobre los míos.

—Me encantaría —me contesta.

—Bien —murmuro juntando mi nariz contra la suya.

Definitivamente me he vuelto una moñas de mucho cuidado.

—Iré a la ducha mientras tanto —me dice.

—Claro. —Sonríó.

Cash se levanta, hace la cama y mientras yo me pongo unos vaqueros y el jersey que me dio Olivia.

Me atuso el cabello y me lavo los dientes rápidamente.

Cuando bajo de nuevo al salón, veo que mi padre ha salido y que mi madre ya está lista para enfrentar la mañana.

—¿Y papá?

—Se ha ido a buscar unos dulces que nos faltaban para hoy.

—¿Abre la pastelería el día de Navidad?

—¡Hombre! Pero solo unas pocas horas, es un día para estar en familia.

Asiento con la cabeza.

—Ya estás levantada. ¿Y tu hermana?

—También. Voy a preparar el desayuno —le digo.

Mi madre sonríe, se coloca bien la bufanda y se marcha.

Es entonces cuando Olivia baja las escaleras ya vestida y me vuelvo a encontrar con ella.

—Iba a ir a buscarte. ¿Me ayudas a preparar el desayuno?

—Claro. —Asiente con la cabeza, servicial.

Entre las dos preparamos tostadas con mantequilla, mermelada y aceite, magdalenas, zumo de naranja y café para todos.

Incluso sacamos del frigo algo de embutido y queso y lo dejamos sobre la mesa de la cocina.

—Así que... todo una farsa —comenta Olivia—. ¿Por qué será que de algún modo no me lo termino de creer?

La miro con el ceño fruncido, no entiendo lo que me quiere decir.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—A que he visto cómo te mira. Y también cómo lo miras tú a él.

—¿Y bien? Lo dices como si hubieras descubierto América.

Olivia se ríe y niega con la cabeza.

—América, no, pero nunca te había visto mirar a ningún chico como lo miras a él.

Me encojo de hombros, aunque lo que realmente tengo encogido ahora mismo es el corazón por lo que me acaba de decir.

—Soy muy buena actriz —murmuro quitando la cafetera italiana del fuego. El café ya está.

—No, Mía — Olivia me coge suavemente del brazo. La miro a la cara, no sé qué piensa decirme—. Yo te conozco.

Suspiro.

—Anoche me acosté con él —confieso para después morderse el labio.

—¿Cómo? —Olivia abre los ojos tanto que parece un búho.

—¿Hace falta que te explique cómo se hace? ¡Tienes dos hijos!

Mi hermana niega con la cabeza.

—No, no, no —hace una ademán con las manos—. No quiero detalles, pero... ¿entonces?

No lo entiende.

Claro.

Yo tampoco.

—Y yo qué sé. Si es que no sé ni lo que estoy haciendo. Solo quería cerrarle la boca a mamá. Cuando me llamó por teléfono empezó con sus comentarios absurdos y... me salió solo. Me inventé que tenía un novio perfecto y maravilloso y...

—¿Esto es verdad?

—¡Que sí! No tengo motivos para mentirte. Incluso me abrí una cuenta en Tinder para buscar un novio falso.

—Madre mía, tú estás muy mal.

—Pues anda que tú...

Entonces ambas rompemos a reír.

—Entonces, ¿dónde lo encontraste?

—Sinceramente, cuando iba a resignarme y dejar que mamá me sentara entre tus dos hijos otra vez, fui a la academia de inglés para borrarle de las clases y vi a Cash destrozado porque le habían despedido, así que le propuse la idea y aceptó.

—¡Es un puto! —exclama Olivia tapándose la boca.

—Pero ¿qué dices? ¡Es profesor de inglés! ¡De Liverpool! —digo toda digna.

Olivia pone morritos.

—Y empezamos a hablar —digo sonriendo como una idiota— y a quedar para ensayar. Y me mandaba canciones en inglés para que aprenda...

No hace falta que diga que el tono de voz en el que estoy diciendo todo esto es el de una persona tonta y boba.

—Pues yo me creí lo del anillo, pero vamos... Qué preciosidad —dice sonriendo, mirando el infinito.

Sí, sí, mucha preciosidad, pero salió echando chispas de allí.

—Eso no formaba parte del plan, fue una improvisación suya. Además, tú saliste rabiosa del comedor.

—Pues le salió muy bien. Claro, porque, la verdad es que en ese momento me dio envidia tu vida.

—¿Qué? —pregunto asombrada, porque no me lo creo.

—Lo que oyes. Nada es perfecto, Mía. Y ya es hora de que dejes de compararte conmigo y con la gente y empieces a romantizar tu vida, porque en cierto modo, es bonito romantizar cada momento. Por eso tienes que creerme. ¡A Cash le gustas de verdad! Te mira con...

—¿Con qué? —pregunto.

—¡Pues con amor! —exclama ella en un susurro.

La miro, sonrío, me pongo roja.

Ya la hemos liado.

—Buenos días —saluda Alberto.

—¡Mamá, mamá, mamá! —gritan al unísono los mellizos.

Cash también aparece en la puerta de la cocina y el aroma de su perfume me llega como si fuera una brisa fresca.

Todos nos sentamos a la mesa para disfrutar del desayuno y doy gracias porque los niños tienen tema de conversación para rato.

—Tía Mía, queremos ir a la chocolatada y al concurso de muñecos de nieve —dice Daniel.

—¿Concurso de muñecos de nieve? —pregunto asombrada, porque la idea parece muy original. Villa Nevadella ha avanzado mucho en cuanto a actividades para los niños y niñas del pueblo.

No es que Olivia y yo jugásemos con dos piedras de pequeñas, ni mucho menos, pero no hacían estas cosas tan divertidas.

—Y la chocolatada —insiste Marta.

—¿Nos llevas? —me pide Daniel con un puchero fingido.

Miro a Cash.

—¿Te apetece que vayamos los cuatro? —le pregunto.

—¡Claro! —exclama sonriendo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Con el tío Cash! —exclama Marta.

Y no pasa desapercibida en mi interior esa última frase.

—¡Bien! —Daniel aplaude y casi derrama su vaso de leche.

Cash y yo nos reímos.

Olivia nos acompaña y comenta que ella se quedará en casa para ayudar a mamá con la comida y les pide a sus hijos que se porten bien.

Alberto no dice nada, sigue en el *mood* mueble del que parece que no va a salir en todas las navidades.

—Oye, Cash, lo que pasó anoche... —empiezo a decirle una vez estamos de nuevo en la habitación para coger nuestros abrigos.

Entonces él me mira y noto la intensidad que se esconde en sus pupilas.

—Lo repetiría una y mil veces —me dice.

Mi corazón se salta un latido.

Mi pensamiento vuelve a recordarme ese beso con Rubén en mi portal.

No obstante, mi cuerpo reacciona a la cercanía de Cash y responde cuando sus manos rodean mi cintura y sus labios atrapan los míos en un beso.

Cuando terminamos de desayunar, recogemos entre todos los platos y los alimentos que ya no vamos a utilizar y mis padres llegan a casa justo a tiempo para abrir los regalos, los cuales han estado esperando bajo el árbol.

Puede parecer increíble, pero mis sobrinos estaban tan emocionados con las actividades de Villa Nevadella, que por unos instantes habían olvidado que sus regalos estaban por abrir.

Y recalco eso de “por unos instantes”, porque en cuanto han terminado de desayunar han corrido como locos a coger cada caja envuelta en papel brillante de colores.

Todos abrimos nuestros regalos con alegría, pero no puedo evitar observar de reojo a mi hermana y a Alberto, quienes fingen y mienten como bellacos, incluso en los presentes que se entregan.

Para Cash, compré en el mercadillo antes de que llegara una bufanda y un gorrito tejidos a manos con sus iniciales y, además, contraté por Internet una caja de experiencias para disfrutar juntos como cenas en restaurantes cucos, escapadas de fin de semana y actividades al aire libre.

Lo que no me espero es su regalo, tan sencillo como especial para mí al mismo tiempo: es un manoseado ejemplar de *La sombra del viento* de Carlos Ruiz Zafón.

Fue uno de los primeros libros que Cash leyó en español cuando ya fue capaz de entenderlo a la perfección, y en los márgenes hay apuntadas traducciones y comentarios de su puño y letra.

Además, ha escrito una dedicatoria para mí en la primera página.

*Mi mejor regalo es poder vivir una Navidad tan especial como esta a tu lado.
I adore you.*

Me parece una auténtica pasada y muy íntimo regalar algo así.

—¿Te gusta? —me pregunta con una sonrisa.

—¡Me encanta! —exclamo abrazándolo—. Muchísimas gracias.

Entonces me da un tierno beso en los labios y me coge justamente de la mano en la que colocó aquel anillo la noche anterior.

Lo acaricia por encima y estas malditas mariposas que revolotean sin parar en mi estómago desde que emprendimos esta aventura juntos, se vuelven locas, provocándome un agradable cosquilleo.

No obstante, quienes más disfrutan son los niños.

Algunos obsequios navideños que reciben son un set de construcción, una chaqueta súper chula y gordita para el tiempo en Villa Nevadella, un coche teledirigido...

Daniel está completamente en su salsa.

Y Marta, quien también abre un coche teledirigido junto a un chándal de una marca conocida y un juego educativo e interactivo, está pletórica.

Después de discutir un poco con los mellizos acerca de llevar o no los coches al exterior, finalmente caen en la cuenta de que estorbarán cuando acudamos al concurso de muñecos de nieve.

Así que pasadas las once por pocos minutos, Cash y yo salimos de casa acompañados por Daniel y Marta, dispuestos a ponernos las botas en la chocolatada para poder dar el cien por cien en el concurso.

La plaza del pueblo se convierte en un escenario mágico, adornado con luces parpadeantes y decoraciones festivas. El aroma tentador del chocolate caliente y los churros flota en el aire fresco de la mañana. Me acerco al animado puesto de churros con Cash y mis sobrinos, impacientes por sumergirnos en la delicia que nos aguarda.

Las tazas humeantes de chocolate son entregadas con destreza, y el primer sorbo revela la mezcla perfecta de dulzura y calor. El sonido de risas y conversaciones llena la plaza mientras disfrutamos del cálido elixir que simboliza la unión y la dulzura de la temporada. Cash comparte una mirada cómplice conmigo, y siento una conexión especial en este ambiente festivo.

—Tía Mía, quiero un poco más —me pide Marta.

Nos hemos alejado bastante del puesto de churros y chocolate, pues hemos decidido pasear y disfrutar de la música festiva que están tocando con instrumentos en directo a las puertas del ayuntamiento.

—De acuerdo, iré a por más —le digo con cariño.

—Pero no tardes, tenemos que ir al concurso —me recuerda Daniel.

—Descuida —digo tocándole la cabeza, la cual tiene protegida por el gorrito de lana que lleva puesto.

De camino a buscar más chocolate para Marta, me topo con Rubén entre toda la gente que hay congregada.

Al instante me siento algo incómoda, pero no lo puedo evitar.

—Buenos días —me dice.

—Hola, he de pedir más chocolate para mi sobrina antes de que empiece el concurso —le digo para escabullirme y librarme de su presencia cuanto antes.

—Mía, yo...

—Tengo prisa, Rubén.

—Por favor, escúchame un segundo. Te vi anoche en la Iglesia.

Suspiro, poniendo los brazos en jarras mientras lo miro a los ojos.

—Solo será un minuto.

—Está bien.

—Vamos a la pastelería, podremos hablar tranquilamente.

Asiento con la cabeza y, tras mirar atrás un segundo y comprobar que Cash está charlando animadamente con los niños, sigo a Rubén hacia la pastelería, lugar donde trabaja.

—Tengo prisa —le recuerdo cuando entramos al obrador del local, porque la verdad es que quiero marcharme de allí.

—Solo quería pedirte disculpas por mi reacción del otro día.

—Vale, disculpado. ¿Algo más?

—¿Por qué estás así conmigo? Te he pedido perdón —me dice indignado.

Niego con la cabeza.

—Quiero pasar tu página, Rubén. Eso es todo.

Él traga saliva y su nuez le baila en la garganta.

—Ya me he enterado de que te vas a casar —me dice. Después hace una mueca.

—Bueno, estaba claro que mi madre lo pregonaría. Ya lo hizo anoche tras la misa del gallo. Rubén esboza una sonrisa triste.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? —pregunta entonces, rompiendo todos mis esquemas.

—Rubén, yo...

—Solo quiero que contestes a esa pregunta —me pide en un susurro.

Intento tragar saliva, coger aire, no sé... lo que sea con tal de ganar tiempo y buscar las palabras adecuadas.

No quiero hacerle daño.

Una cosa es no querer volver con él, y otra muy distinta desearle que lo pase mal o ser yo la causante de cualquier malestar que le aflija.

—¿Por qué él, Mía? —insiste.

Es entonces cuando cometo otro error.

Este bastante más mayor que el anterior, cuando tuve aquella “cita” con él.

Le confieso que Cash forma parte del teatro en el que he convertido mi vida estas Navidades, y Rubén reacciona de la manera que menos me esperaba.

—Entonces, todo es falso —dice como si estuviera formando un puzle incomprensible en su cabeza—. Podemos... podemos volver, darnos otra oportunidad y...

Asiento con la cabeza en un primer momento, pero después niego repetidas veces.

—Bueno, no todo. En un principio era una especie de teatro, pero ahora... No sé, Rubén, siento cosas fuertes cuando estoy con él. ¿Sabes?

Lo estoy observando, y me doy cuenta perfectamente de cómo cambia su mirada de un momento a otro.

—¿Más que conmigo? —me pregunta acercándose mucho a mí—. ¿Más que conmigo, Mía? ¿De verdad? No me lo creo.

Me agarra fuertemente de la cintura, con la intención de pegarme a su cuerpo, como si nuestra piel pudiera traspasar las prendas de ropa.

—Rubén, ¿qué haces?

—Necesito entender qué has visto en ese idiota —me dice.

No le reconozco en absoluto, y esta situación no me gusta para nada.

Me siento muy incómoda, asustada y fuera de lugar totalmente.

—Estás demasiado cerca, te pido por favor que te alejes y dejes de apretarme —le digo a riesgo de empezar a tartamudear.

—¡Es que no lo entiendo! —grita—. Yo te sigo queriendo, Mía...

—Lo siento mucho, yo...

—¿Cómo puedes decirme que sientes cosas con él cuando todo es un puto show? —me pregunta fuera de sí.

Me ha cogido fuertemente del brazo y parece estar perdiendo el norte.

—Suéltame o grito. Quiero salir de aquí —le digo todo lo firme que puedo.

Rubén me suelta con dejadez y corro hacia la salida.

Mi corazón late desbocado en mi interior y sentir las risas y los gritos de los vecinos de Villa Nevadella cuando salgo al exterior me ayudan a ubicarme y tranquilizarme.

No sé qué mierda le ha pasado a Rubén en la cabeza, pero no quiero estar cerca de él nunca más.

Camino hacia el punto donde he dejado a Cash con los niños, pero no los veo.

Ya ni siquiera recuerdo que debía llevarle a Marta más chocolate, pero la competición de muñecos de nieve ha comenzado y Marta y Daniel estaban dispuestos a ganar, por lo que me dirijo hacia el lugar en el que se lleva a cabo la actividad con un nudo en la garganta y la ferviente necesidad de cobijarme entre los brazos de Cash.

El concurso de muñecos de nieve tiene lugar en la plaza principal del pueblo, el corazón de Villa Nevadella. La plaza está decorada con luces centelleantes, guiraldas festivas y un árbol de Navidad majestuoso que se alza en el centro. La nevada de la víspera ha dejado un manto blanco en todos los rincones, creando un escenario encantador para la competición.

Un escenario improvisado ha sido montado en un extremo de la plaza, donde los participantes pueden exhibir sus creaciones. Los vecinos se congregan alrededor, portando tazas de chocolate caliente y animando a los concursantes con risas y aplausos. La música navideña flota en el aire, añadiendo un toque festivo al ambiente.

Cada equipo tiene su propia área designada para construir su muñeco de nieve. Se proporcionan zanahorias, ramitas, sombreros y otros accesorios para que los participantes den rienda suelta a su creatividad. El reglamento del concurso anima a la originalidad y la innovación, premiando no solo la calidad de la construcción sino también la creatividad en la decoración.

Veo a Cash, Daniel y Marta ya preparados para comenzar la competición.

Levanto la mano y los saludo desde mi posición.

Cuando Marta me ve, da un salto, grita y me señala con el dedo mientras avisa a Daniel y Cash de que he aparecido.

Cash me mira y forma un corazón con los dedos de sus manos.

Sonrío, me tapo la boca con mi mano enguantada y contengo las lágrimas.

Tengo una congoja que no me deja respirar, pero necesito disimular ahora más que nunca, pues estoy rodeada de vecinos.

La competición comienza. La competencia es amena y todos participan con entusiasmo, compartiendo el espíritu festivo y la camaradería característicos de Villa Nevadella.

Cuando finaliza el tiempo asignado, los participantes se reúnen en el escenario para exhibir sus obras maestras. El jurado, compuesto por miembros de la comunidad, evalúa cada muñeco de nieve y toma notas para seleccionar a los ganadores.

El momento culminante llega con la entrega de premios. Aunque todos los participantes son reconocidos, los primeros lugares se llevan la ovación más fuerte. El concurso no solo resalta la destreza técnica sino también la expresión artística, haciendo de esta actividad una celebración divertida y memorable para todos los habitantes del pueblo.

Y entonces...

¡El equipo de Cash, Daniel y Marta gana el primer premio!

Su muñeco de nieve no es un muñeco, sino una muñeca de lo más original que se llama Mía.

Grito, aplaudo y lloro de emoción al ver al chico que estoy empezando a querer un poquito, solo un poquitito de nada, cogiendo a mis dos sobrinos al mismo tiempo mientras gritan y ríen de felicidad.

Por un instante, me olvido de Rubén, de mis padres, de mi teatrillo navideño y de absolutamente todo.

Feliz Navidad, Mía, pienso agradecida a la vida por poder vivir este mágico instante.

29

Me siento nerviosa mientras entro en la casa, la cual ya está impregnada del delicioso aroma a guisos y especias que me recuerda a todas las Navidades de mi infancia.

Daniel y Marta parlotean sin cesar contando todos y cada uno de los detalles de la competición de muñecos de nieve y mi familia los escucha con atención y una sonrisa pintada en la boca.

—Uuuuh, nena, estás blanca como la pared —dice mi madre en cuanto me ve la cara.

Cash se gira para mirarme y yo fuerzo una sonrisa.

No puedo quitarme de la cabeza lo que ha ocurrido con Rubén y lo cierto es que me está perturbando de nuevo.

De nada me ha servido tener unos instantes de felicidad y quietud mientras contemplaba el concurso, pues de nuevo mi corazón pretende salir por mi garganta, reptando por las paredes de mi faringe y latiendo como un loco.

Se ha pasado.

Rubén se ha pasado tres pueblos y yo...

Soy la chica más inútil del mundo por no haber sabido reaccionar.

Intento tranquilizarme y pensar que he hecho lo que he podido en ese instante, y que al menos he reaccionado a imponer mi voluntad y salir pitando de allí.

No quiero imaginar qué habría sucedido de haberme quedado.

—Es que hace mucho frío fuera —digo, y es lo único que se me ocurre.

—Anda, sube a cambiarte —me manda mi madre con una sonrisa—. Los aperitivos nos están esperando.

—¿Dónde está Olivia? —pregunto.

—Arriba, arreglándose.

Como si estuviera rota, pienso, porque nunca he entendido el significado de esa frase tan absurda. La mesa está decorada con un mantel blanco y centros de mesa festivos, la cual observo de soslayo al subir las escaleras, y la chimenea crepitante calienta la estancia, creando un ambiente acogedor.

Subo las escaleras y busco a Olivia, a la que encuentro en la que era su antigua habitación.

Se atusa el cabello castaño, largo y en ondas y después coloca un pendiente en su oreja derecha.

—Oli...

—¿Mía? ¿Qué pasa?

Y entonces rompo a llorar como una niña. Y no puedo evitar sentirme como una muñeca destartalada.

Le cuento lo que ha ocurrido con Rubén y observo la rabia y la frustración en la mirada de mi hermana.

—Menudo gilipollas... Ese tío está malito de la cabeza, te lo digo en serio.

—Me he asustado tanto... No sé cómo he podido salir de allí —admito llevándome una mano al pecho.

Olivia me abraza y noto el rápido latir de su corazón cuando me apoyo sobre su pecho.

—Tranquila, ya está —me coge la cara entre sus manos y limpia con sus pulgares las lágrimas que nacen mis ojos—. Ahora, serénate, cámbiate de ropa y baja conmigo a comer. Como papá y mamá te vean con esta cara, preguntarán.

Trago saliva y asiento con la cabeza. El aroma a crema hidratante que desprende lo tengo adherido a las fosas nasales, y siento que me calma.

—Por favor, no digas nada —le suplico.

—¿Qué voy a decir yo? Jamás conté que fuiste tú quien rompió el jarrón chino de mamá —me dice. Después me guiña un ojo.

—Es que era horrible —digo sin poder evitar soltar una carcajada. Después pongo morritos.

—La verdad es que sí. Vamos —da una palmada en mi trasero—, cámbiate.

Mis padres y Cash están en la cocina, ultimando los detalles para la comida cuando bajo de nuevo al salón, ya cambiada de ropa. Mi madre, con su delantal lleno de harina, sonrío al verme y me da un abrazo cariñoso. La atmósfera está cargada de alegría y anticipación, pero yo siento en el centro de mi pecho que algo malo está por suceder.

En la mesa, encuentro una variedad de aperitivos exquisitos: gambas al ajillo, jamón ibérico, queso manchego y aceitunas. Todo es una explosión de sabores que hace que se me haga agua la boca. La bebida fluye, y el vino espumoso burbujea en las copas, elevando aún más el espíritu festivo.

El plato principal es un cocido, con garbanzos, carne, chorizo y verduras, cocido a fuego lento para darle ese sabor único que solo mi madre sabe lograr y que espera paciente sobre la encimera de la cocina a que terminemos los aperitivos. Los aromas se mezclan y llenan la sala, transportándome a mis raíces y a la calidez de la familia.

Comenzamos a dar cuenta de los aperitivos y poco siento la presión desalojarse de mi cuello y de mis hombros.

Debe ser cosa del vino, porque mi padre no para de rellenarme la copa.

—¿Estás bien? Te noto extraña —me dice Cash al oído.

Sé que debo decírselo, sé que debo contarle todo acerca de Rubén.

Pero ¿cuándo?

—Es que tengo que decirte algo —le comento en voz baja.

Cash frunce el ceño, sin entender.

—¿Ahora?

Niego levemente con la cabeza.

—Más tarde.

—Okay, pero ¿seguro que estás bien? ¿Conmigo?

Sonrío, sintiendo que con él al lado tengo una fortuna incalculable.

—Contigo todo es perfecto siempre —confieso.

Cash besa mi frente y el tiempo se para durante ese instante.

Sé que suena muy loco, pero es lo que siento.

Después, las manecillas del reloj pasan los minutos sin descanso y todo parece ir perfecto, aunque en mi interior no pare de librar guerras absurdas.

Pero entonces, unos estruendosos golpes en la puerta de la casa me hacen despertar y

comprender que la mala sensación que tenía minutos antes, se llama intuición.

—¿Esperamos a alguien? —pregunta mi padre.

Olivia y yo nos miramos, temiendo lo peor.

—No, que yo sepa —contesta mi madre.

Alberto se levanta para abrir la puerta y Rubén irrumpe en el salón como si fuera un elefante en una chatarrería.

Dios mío, no, pienso con terror.

Está borracho.

Completamente borracho.

—¿Rubén? —pregunto en voz alta de manera involuntaria.

—Rubén, hijo, ¿te encuentras bien? —Mi madre hace una mueca al mirarlo.

—¡La familia Martínez! —canturrea Rubén adentrándose en el comedor y levantando por los aires el cono de papel lleno de churros que lleva en una mano y el tarro de plástico con chocolate caliente que lleva en la otra.

Me levanto sin siquiera pensarlo.

—¿Quién es? —pregunta Cash.

Rubén suelta una carcajada.

—¿Quién soy? ¿Que quién soy yo? —dice con sorna—. ¿No lo sabes, grandullón?

—Rubén, por favor... —le suplico acercándome a él.

—Grandullón. —Cash repite la palabra lentamente, cosa que me desespera.

—Sería mejor preguntar quién eres tú, ¿no, Mía?

—Mía, por el amor de Dios, ¿qué significa esto? —pregunta mi padre, levantándose también.

—Yo...

—Cuéntaselo, Mía, cuéntaselo... —dice Rubén.

—Cállate —le pido.

Cash se levanta y se pone a mi lado.

—¿También es tu guardaespaldas? —pregunta Rubén soltando una carcajada.

—Rubén, es Navidad, márchate —le pido de forma seria, pero noto las piernas completamente hechas de gelatina.

—No sé quién eres, pero no eres bienvenido aquí —le dice entonces Cash, y yo cierro los ojos con fuerza, porque lo único que necesito en este momento es una pelea de gallos.

—¿Yo? Puede ser, pero tú tampoco serás bienvenido cuando —y entonces mira a mis padres —, toda la familia se entere de que eres un actor. Un farsante.

Cash entiende a la perfección las intenciones de Rubén y se encara a él.

—Cash, por favor, no —le pido cogiéndolo del brazo.

Rubén se ríe. Va como una cuba.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta mi padre a Rubén.

—Quiero decir que la relación de Mía y Cash es falsa, completamente falsa —dice Rubén.

El silencio cae sobre la mesa, y puedo sentir cómo todos los ojos se posan en mí. Mis mejillas arden, y mi corazón late con fuerza. ¿Cómo es posible que Rubén haya decidido revelar nuestro secreto precisamente en este momento tan especial?

¿Por qué me hace esto?

Cash me mira con una mezcla de sorpresa y miedo, y sé que no hay vuelta atrás. Mi familia espera una explicación, y yo estoy atrapada en este torbellino de emociones que Rubén ha desatado.

—¿Qué? —dice mi padre—. Mía, ¿qué está diciendo?

—Mamá, la abuela no se mueve —dice entonces Marta.

Mi madre, que tiene la vista clavada en mí como si fuera una estatua, en efecto, no mueve ni una sola pestaña.

No reacciona.

Ale, catatónica se me ha quedado.

La comida de Navidad que prometía ser perfecta se ve ahora marcada por la tensión y la incertidumbre. Y yo, de verdad, no sé dónde meterme.

—Rubén, márchate, ya has hecho suficiente —le pide mi hermana.

Rubén chasquea la lengua repetidas veces, moviendo el dedo índice de su mano derecha.

—No, no, no. Porque yo también me siento engañado, ¿sabéis? Porque Mía... ay, Mía, cariño... Mía tiene para todos, porque el otro día me besó sin contarme que estaba esperando a que su falso novio llegara a Villa Nevadella.

Se me abren las carnes, se me corta el cuerpo, el suelo se parte en dos bajo mis pies.

Noto que me baja la tensión y la boca se me seca de golpe.

—*What?* —Cash me mira muy serio.

—Cash, te lo puedo explicar. Yo... no... Esto...

—¿Y ahora qué le digo a las vecinas?! —Salta entonces mi madre de pronto.

Me molesta esa frialdad, me molesta que quiera aparentar por encima de todo y de todos.

Me molesta.

Me molesta.

Me molesta tanto que estoy a punto de explotar con tal de sacar la tensión que ahoga mis venas en este momento.

—¿Dónde te has metido esta mañana? —me pregunta Cash entonces.

—¿Cómo?

—Mientras los niños y yo estábamos en la competición.

—Yo... él...

—¿Te besaste con él? —me increpa de nuevo.

—Sí, pero...

—*Shit!* —grita entonces.

Rubén se ríe y Cash pierde los nervios.

—Ríete otra vez y te estampo las *churras* y el *chocolate in the face* —le dice acercándose a él con pasos firmes.

—¡Cash! Te lo puedo explicar. No estábamos juntos, no era real. Yo... ¡ni siquiera estabas aquí!

Pero Cash no me quiere escuchar, da vueltas nervioso como un león enjaulado por todo el salón.

Y me siento en el borde de un precipicio, donde atino a colocar una mano sobre mi pecho, notando cómo mi corazón late distinto.

Late por él, que está a punto de colapsar por mi mentira.

Rubén deja los churros y el chocolate sobre la mesa y se marcha por sí mismo.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunto en un susurro cuando pasa por mi lado para salir por la puerta.

—Porque no me prefieres a mí —me dice tan tranquilo.

Me quedo mirándolo con desprecio mientras, por fin, se marcha de mi casa.

—Mía, ¿qué significa esto? —pregunta mi padre, rompiendo este momento tan desagradable.

Miro en su dirección sin saber qué decirle, ni siquiera me he percatado de que Cash ha desaparecido escaleras arriba para recoger todas sus cosas.

—Muy sencillo, suegro —habla Alberto para sorpresa de todos—, la respuesta es que Mía ha jugado con dos hombres a la vez. Todas las mujeres son iguales.

—¿Perdona? —saltamos Olivia y yo al mismo tiempo.

—Alberto, hijo, ¿qué estás diciendo? —dice mi madre con la mano en el pecho, levantándose por fin de la mesa.

—Me has jodido las navidades —acusa a Olivia con el dedo, pero ella le mantiene firme la mirada.

—¡Alberto! —exclama mi padre.

—Díselo —amenaza mi cuñado a Olivia.

Olivia traga saliva y me mira.

—Id a jugar, cachorritos —les dice mi madre a los niños, quienes obedecen al instante y suben hacia la planta de arriba.

—Siento mucho arruinar tus fiestas, Alberto, pero para mí va a ser la mejor Navidad, porque por fin voy a dejar de usar máscaras absurdas —dice Olivia con valentía.

Me mira y le sonrío, a pesar de que por dentro estoy rota.

Le dedico un leve asentimiento de cabeza y ella dice:

—Nos estamos divorciando.

Mis padres la miran estupefactos.

—¿Qué?

—¡Ay, Olivia!

—Papá, mamá, soy lesbiana.

Y el silencio cae sobre ella.

Sobre mí.

Sobre Alberto y mis padres.

Cash, que en este momento está bajando las escaleras con su abrigo y su maleta, se para en seco.

Nuestras miradas se cruzan por un segundo, pero no pasa nada más.

—¿Y por eso os divorciáis? ¿Y ahora qué hago yo con el cocido? —dice entonces mi madre.

La miro.

Ya está.

Ha perdido la cabeza.

Es demasiada presión para ella.

Demasiadas taras en su perfecta familia.

—Mamá, ¿qué dices? Lesbiana, he dicho lesbiana. Me gustan las mujeres, pero sigo comiendo carne, no soy vegana.

—¡Ah! Menos mal, hija, las pelotas de carne me han costado carísimas —dice, y yo alzo una ceja—. Venga, esto mañana se os ha pasado. Qué divorcio, ni divorcio. Dejad las tonterías, sentaos a la mesa.

Pienso que mi madre realmente no está bien, de verdad.

—Estás completamente ciega —le digo como si acabara de descubrir un nuevo continente y tuviera que decírselo al mundo entero —, no quieres ver la realidad.

Ella me mira y aprieta los labios.

—¡Olvídate del maldito cocido, de las gambas y de esta Navidad! No es perfecta, mamá. Ni lo va a ser nunca, porque todo no puede ser como tú quieras.

—Mía... —me avisa mi padre y yo miro a mi alrededor. Olivia está expectante por lo que pueda pasar en este momento, Alberto se acaricia el mentón, pensativo y Cash sigue parado en medio de la escalera.

—Estoy cansada, papá. Cansada de vuestras expectativas absurdas, cansada de que juzguéis cómo he decidido yo vivir mi propia vida, porque es mía, ¿os acordáis? Cansada de que mamá me compare toda mi maldita existencia con Olivia.

En ese momento mi hermana rompe a llorar.

—Yo... lo siento —dice entre hipidos—, no puedo elegir de quién me enamoro.

—No tienes que pedir perdón.

—Te he dicho que eso mañana se te pasa, estás... confundida —dice mi madre, esta vez más seria.

—¿Tú te oyes? —le increpo de malos modos—. Estás obsesionada con el qué dirán, con aparentar lo que no eres. Siempre has tratado de controlarme. Con Olivia lo conseguiste, conseguiste hacerla a tu imagen y semejanza...

—Mía, cállate —me dice mi padre.

—No me callo. No me callo más. Tienes un problema, mamá. Y ese problema es que te quieres tan poquito, te gusta tan poco tu vida, que tienes que inventarla y construir la de los demás, porque piensas que no estás a tiempo de arreglar la tuya.

Entonces sí reacciona y da un golpe sobre la mesa con sus manos.

Olivia da un respingo sobre sí misma, pero yo no me amilano.

—He tenido que fingir una relación perfecta para que me veas, para que dejes de castrarme y puedas, aunque sea por una vez, sentirte orgullosa de mí. Y lo siento, pero no es justo —digo rompiendo a llorar.

—Eres una desagradecida y una maleducada —me dice entonces—. Y si tanto te incomodamos, no sé qué haces aquí. Además, eres tú quien ha traído a un hombre que no es nada tuyo.

La miro con la cara descompuesta, porque me ha tocado dentro.

Y estas palabras sé que más tarde me harán replantearme muchas preguntas que antes, por miedo, no me he hecho.

Quiero decirle que Cash sí que es alguien para mí.

Que no es un desconocido.

Que conecto con él.

Que...

Quiero decirle tantas cosas, y en alto, para que Cash también las oiga, que por el contrario me quedo anclada con los pies en el suelo, totalmente bloqueada.

—Deja de mirarme con esa cara de sepia cruda, no te reconozco en absoluto —me dice con desprecio.

—Nunca te has esforzado en hacerlo —digo al fin en un susurro.

—Hijas, Carmen... por el amor de Dios, es Navidad —dice mi padre con la tristeza marcando su rostro.

Niego con la cabeza.

—Siento no poder ofreceros la Navidad que tanto ansiabais —digo entonces—, me marcho a Madrid.

—Voy contigo —dice Olivia.

—¿Y yo? —pregunta Alberto.

Olivia lo mira de arriba abajo y se encoge de hombros.

Me topo con Cash en la escalera y nos miramos.

—*By, by*, Mía —dice con la actitud más fría en la que lo he visto nunca.

CRAC.

Mi corazón se acaba de romper.

Mi madre se marcha a la calle y la puerta se cierra de golpe. El sonido resuena en la casa como una sentencia que corta el aire. Mis oídos aún retumban con las palabras de Cash, palabras que se llevaron consigo parte de mi verdad y ahora parecen flotar en el aire, fragmentos rotos de lo que alguna vez fue mi vida, aunque solo haya durado unos días.

La tensión es palpable, como una electricidad que corta la piel. Estoy sentada en el sofá, pero parece que mi mundo se tambalea.

Tengo mi maleta hecha esperando junto a mí en el suelo. Olivia está terminado de recoger sus cosas y las de los niños y la estoy esperando. Mi padre se ha ofrecido a llevarnos al aeropuerto, aunque Cash hace tiempo que ha pedido un taxi.

La verdad que guardaba celosamente ha sido arrancada de mi pecho y arrojada a la intemperie. Mi secreto, ahora revelado, yace en el suelo en pedazos.

Miro alrededor, observando el desastre emocional que ha desencadenado Rubén con su embriaguez. La verdad ha salido a la luz, sin filtro ni pausa. Olivia, con lágrimas en los ojos, se me acerca, sosteniendo a Marta en sus brazos.

El divorcio de Olivia y la revelación de sus preferencias sexuales añaden más leña al fuego de mi propia tormenta emocional. Todo se desmorona a mi alrededor, y yo estoy atrapada en el epicentro de la destrucción.

—No puedo creer que esto esté pasando —murmuro, con la mirada perdida en el caos que se ha desatado.

Olivia toma mi mano, ofreciéndome un atisbo de consuelo en medio de la tormenta.

—Mía, estamos juntas en esto. No estás sola.

Asiento, sintiendo que la desolación se apodera de mi ser. Juntas, Olivia y yo decidimos abandonar el hogar familiar y buscar refugio en la relativa calma de la casa de mi hermana.

Mi padre nos lleva al aeropuerto y nos despedimos con un abrazo que, aunque parece no querer decir nada, tiene muchas palabras escondidas.

—Os queremos —dice mi padre entonces—, aunque penséis que no.

Olivia vuelve a abrazarlo y yo miro hacia otro lado.

Pienso que a veces el amor no es suficiente.

Alberto se despide de él con un apretón de manos y comienza a andar hacia la puerta de entrada.

Los niños también se despiden y mi padre se marcha.

El aeropuerto parece un universo aparte, lleno de rostros apresurados y destinos inciertos. Mi corazón late con fuerza mientras avanzamos por el bullicio de la terminal. Olivia, los niños y yo estamos listas para embarcar en el primer avión disponible de vuelta a Madrid, dejando atrás el caos que dejó Rubén y las revelaciones familiares.

Entre la multitud, mis ojos se cruzan con los de Cash. Él está allí, a pocos metros de

distancia, pero la distancia emocional entre nosotros parece insalvable. La tensión flota en el aire, una mezcla de dolor y desconcierto.

Subimos al avión y encuentro mi asiento junto a la ventanilla. Olivia y los niños se acomodan a mi lado, pero mi mente está en otra parte. Cash, por alguna razón, está en la fila de enfrente, como un recordatorio constante de lo que una vez compartimos y de lo que ha quedado en ruinas.

El zumbido del motor aumenta, y el avión comienza a moverse por la pista. A medida que ganamos altura, siento que la distancia física entre Cash y yo aumenta, pero la brecha emocional se mantiene intacta.

Miro por la ventanilla, viendo cómo la ciudad se aleja a medida que el avión se eleva. La tristeza se mezcla con el vértigo de la altitud, y me pregunto cómo he llegado a este punto.

Cash está cerca, pero no puedo tocarlo, no puedo deshacer las palabras que se han dicho y las verdades que se han revelado. Estamos juntos en este pequeño tubo metálico que surca el cielo, pero nuestras almas parecen flotar en distintas órbitas.

Me pregunto si él siente lo mismo, si su mirada perdida por la ventana es un reflejo de su propio conflicto interno. Pero cada vez que nuestros ojos se han cruzado tras estallar todo, he sentido que la conexión que compartimos se ha fracturado.

El vuelo continúa, llevándonos de vuelta a la realidad de Madrid, pero la sensación de despedida pesa en el aire. La distancia entre nosotros se agranda, no solo en millas, sino en el abismo de lo que fue y lo que nunca podrá ser de nuevo.

Los niños, confundidos por la tensión en el ambiente, nos siguen en silencio por las calles de Madrid tras aterrizar.

El camino hacia la casa de Olivia se convierte en una travesía hacia la esperanza, un anhelo de encontrar algo de paz después de la tempestad.

Mientras contemplo las luces navideñas parpadeando en la calle, me doy cuenta de que, incluso en la oscuridad más profunda, siempre hay un rastro de luz que puede guiarnos hacia la reconstrucción. Es un viaje que apenas comienza, pero estoy dispuesta a caminar hacia la esperanza, dejando atrás la tormenta que amenaza con llevarse todo.

Paso esta noche junto a Olivia y los niños, dejando que sean mi bálsamo, siendo yo también el de mi hermana.

Pero mañana sé perfectamente lo que tengo que hacer.

31

El regreso a Madrid marca el final de las vacaciones, pero no el cierre de las heridas. Regreso al trabajo, y decido sumergirme en los casos y dejar que la rutina actúe como una venda para los pedazos rotos de mi corazón.

—No puedes refugiarte en el trabajo todo el rato —me dice Olivia.

Estamos desayunando en la cocina de su apartamento.

Alberto se marchó a casa de sus padres, o quizá a un hotel.

Yo qué sé, me da igual ese señor.

—Claro que puedo —contesto a mi hermana. Estoy mustia como una lechuga pocha en un contenedor de basura.

—¿Has hablado con Sofía y Clara? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

Es la verdad, en Nochebuena estaban ocupadas con sus respectivos planes y ni siquiera les he contado lo que sucedió entre Cash y yo.

Y ayer...

Ayer fue uno de los peores días de mi vida.

—Pues deberías hacerlo —me aconseja mi hermana.

Asiento con la cabeza.

—Lo sé, más que nada para darles señales de vida —comento.

Olivia sonrío y me acaricia la espalda con su mano, rozando la palma arriba y abajo.

—Venga, todo se va a solucionar —me dice.

—¿Y si Cash no quiere volver a hablarme nunca más?

—Eso no va a pasar —me asegura ella.

Entonces el nudo de lágrimas vuelve a apretar mi garganta y mis ojos se llenan de ellas.

—Dale unos días —me aconseja—, para él también debe haber sido abrumador.

—Supongo, no lo sé. —Me encojo de hombros—. ¿Has hablado tú con Sara?

Olivia sonrío.

—Hemos quedado luego, debo explicarle todo. Voy al súper. ¿Esta noche duermes aquí? —me pregunta.

—No, iré a casa, lleva sola varios días —contesto.

—Muy bien.

Besa mi coronilla y se marcha a terminar de vestirse.

Daniel y Marta han quedado para jugar con un amiguito que vive en el apartamento de al lado, por lo que mi hermana tiene la mañana libre para comenzar a ordenar su vida.

Justo lo que debería hacer yo.

La oficina me recibe con la misma impersonalidad de siempre. Archivos, expedientes y llamadas llenan las horas, ofreciéndome una distracción constante pero efímera. Me aferro a cada tarea como si mi cordura dependiera de ello, como si al mantenerme ocupada pudiera evitar pensar en el silencio de Cash.

He intentado contactarlo, pero mis llamadas y mensajes han quedado suspendidos en el vacío de no recibir respuesta. Me pregunto si su silencio es un eco de mi propio sufrimiento o si, simplemente, ha decidido cerrar esa puerta. En el aeropuerto, entre la multitud y el tumulto, lo perdí de vista. Ahora, en este silencio incómodo, me pregunto si también le he perdido de mi vida.

Las horas en la oficina se mezclan con la noche solitaria. Mi cama, una isla desierta en medio de la oscuridad, se convierte en mi refugio.

Tengo mensajes y llamadas de Sofía y Clara por responder, pero solo quiero cerrar los ojos y buscar la presencia de Cash en el silencio, aunque solo encuentre un eco de lo que fue.

La falta de respuestas se convierte en una sombra constante, siguiéndome incluso en mis sueños. En mi mente, las preguntas danzan, pero las respuestas se esconden, alejándose de mi alcance. ¿Por qué el silencio? ¿Qué se rompió en el aire durante aquel vuelo?

¿Dónde estás, Cash? ¿Te perdiste en el mismo silencio que nos separó en el aire?

No lo sé, y eso me quema por dentro.

Por ahora, me aferro al trabajo como a un salvavidas, intentando navegar las aguas turbulentas de la incertidumbre que me invade desde el día de Navidad.

Las luces tenues de la cafetería nos envuelven creando un ambiente íntimo y acogedor. Clara y Sofía, mis dos amigas leales que han estado a mi lado en cada subida y bajada de la montaña rusa llamada vida, se sientan frente a mí. Sus miradas expectantes me indican que es hora de abrir el libro de mi historia reciente.

—¡Ya está bien! ¿Cómo nos llamas de forma repentina a las siete de la mañana y nos dices que estás aquí? ¿Quieres que muramos de un infarto? —me increpa Clara.

Y ha sido eso exactamente lo que he hecho: quedar con ellas antes de ir al trabajo.

Aprieto los labios ante la reprimenda de Clara, pero no digo nada.

—Necesitamos saber qué ha pasado —dice entonces, suavizando el tono de voz.

—Lo sé —admito con pesar.

Sofía asiente con la cabeza y dice:

—Estamos aquí para ti, pero no podemos ayudarte si no nos cuentas qué demonios está pasando.

Suspiro.

—Chicas, os prometo que no quería ocultarlo. Ha sido un torbellino de emociones. Mis padres, Cash, todo ha sucedido tan rápido.

—Empecemos por tus padres. ¿Qué ha pasado?

Cuento a mis amigas de cabo a rabo todo lo sucedido desde la noche del veinticuatro de diciembre hasta el día veintiséis.

Y lloro.

Y moqueo.

Y el café de mi taza se mezcla con lágrimas de dolor y angustia.

—He perdido a mis padres, he perdido a Cash... —me froto la frente—. Es que soy lo peor.

Clara y Sofía se miran.

—A ver, lo de tus padres... dales tiempo. Ha sido una discusión fuerte, muchas cosas que asimilar... sobre todo tu madre —me recomienda Sofía.

Asiento con la cabeza.

—Lo sé.

—Tu hermana es una jefa, eso sí. Menudos ovarios —dice Clara.

Sonrío y noto cómo una lágrima desciende por la punta de mi nariz.

—Al menos la he recuperado a ella —digo.

—Siempre la has tenido, solo que a veces las relaciones fraternales son complicadas —dice Sofía—. Estaba muy encima la sombra de tu madre.

—Es cierto.

—¿Y Cash? ¿Qué pasa con él? —pregunta Clara.

—No responde mis llamadas ni mensajes. Es como si la tierra se lo hubiera tragado.

—Tiene un ataque de celos que no puede con él —dice Sofía súper segura de lo que está diciendo.

—¿Cómo?

—Piensa que ha descubierto que Rubén, tu ex, estaba en el pueblo. Que te besaste con él horas antes de que él llegase y de que después de que hubieran pasado cosas entre vosotros, volviste a verle. Y todo eso se lo ocultaste.

—Pero ¿no se da cuenta de que nuestra relación era ficticia? —pregunto indignada.

—¿Ficticia? ¿Estás segura? Porque yo pienso que la realidad superó vuestras expectativas, superó la ficción. Vuestro teatro dejó de serlo desde el primer momento en el que empezasteis a hablar. Nunca hubo función, Mía, ¿no te das cuenta? —dice Sofía.

Parpadeo varias veces, confundida. Pero recuerdo cada palabra, cada mensaje, cada canción enviada, cada caricia, cada beso...

¿Tiene razón?

—Deberías buscar respuestas, Mía. Hablar con él, descubrir qué ha sucedido.

—Dos personas no pueden enamorarse en...

—Aquí la única que está hablando de amor, eres tú —me dice Sofía enseñando las palmas de las manos.

Entonces me doy cuenta: Cash se ha colado dentro de mi corazón sin que yo lo esperara o pudiera evitarlo.

—Necesitas saber qué le pasa a ese tío en la cabeza —me dice Clara—. Debes afrontar la situación.

—No sé si estoy lista para enfrentarme a lo que pueda descubrir —confieso.

—Estamos aquí para apoyarte en lo que necesites. ¿Te sientes capaz de hablar con él de nuevo?

Suspiro profundamente, intentando llenarme de un valor que no sé si tengo.

—Creo que sí. Necesito respuestas, incluso si duelen.

Entre tazas de café y confidencias, las palabras fluyen como un bálsamo para el alma herida. Mis amigas, con su apoyo inquebrantable, me animan a enfrentar la tormenta que se avecina. La búsqueda de respuestas comienza, y con ella, la esperanza de encontrar la calma en medio de la tempestad que ha sacudido mi vida.

No obstante, también decido que yo ya he dado varios pasos hacia delante no dejando de llamar a su número de teléfono.

Escribo una vez más un mensaje para él, y me prometo que será el último si no recibo respuestas por su parte.

Por favor, necesito saber de ti.

Necesito que hablemos y que me dejes contarte toda la verdad.

He cometido errores, pero también me merezco un voto de confianza.

¡No teníamos nada!

O, al menos, lo creíamos así.

Ahora sé que nunca ha habido que fingir nada, porque lo que yo he sentido desde que hicimos el trato, ha sido real.

Dame señales, por favor.

Te echo de menos.

La señal llega, por supuesto.
Pero en forma de canción, y eso me rompe el alma.

33

No puedo dejar de escuchar en bucle la canción que Cash me envió ayer.
Never be alone de Shaw Mendes.

*Puedo estar lejos, pero nunca me he ido.
Cuando te duermas esta noche, solo recuerda que nos acostamos bajo las mismas estrellas.
Sé que hay algunas cosas de las que tenemos que hablar y no me puedo quedar.*

Toma un pedazo de mi corazón y hazlo tuyo, así cuando estemos separados, nunca estarás sola.

Parezco una maldita plañidera porque no paro de llorar, pero solamente he recibido esta respuesta por su parte y ni siquiera sé cómo interpretarla.

¿Está todo bien? ¿Se le ha pasado el enfado? Tengo la constante sensación de que hago todo mal y el mundo entero sufre por mi culpa.

No he vuelto a hablar con mis padres, con ninguno de los dos, y la verdad es que no tengo ganas.

Quizá sí debería haber establecido límites con ellos mucho tiempo atrás, tal y como me ha aconsejado Sofía en numerosas ocasiones, pero ahora lo hecho hecho está y no puedo volver al pasado para cambiar el día de Navidad.

Solo necesito... un poco de calma, y aclarar las cosas con Cash.

Eso también.

Y uso el trabajo como tiritita, porque ahora mismo no se me ocurre otro plan mejor.

Mi escritorio, rodeado de expedientes y papeles meticulosamente organizados, es un reflejo de la tarea que me espera o también de lo desordenada que está mi vida en estos momentos.

La pantalla de mi ordenador se ilumina con correos electrónicos y notificaciones, señalando el inicio de una jornada llena de desafíos.

El teléfono suena en varias ocasiones, y las voces que escucho me conectan con la realidad de los casos que enfrentamos. La primera tarea del día es abordar la situación de Paula, una niña en situación vulnerable que necesita intervención inmediata.

—Buenos días, Mía. ¿Cómo está el caso de Paula? —pregunta Bea.

—Estoy haciendo todo lo posible para asegurar su bienestar. Necesitamos coordinar con los servicios sociales y garantizar que reciba la atención necesaria. —Mi voz refleja la seriedad del asunto.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

Suspiro, pero no le contesto.

—Bien —miento.

—Oye, Mía, no sé qué ha pasado para que hayas decidido volver así de pronto y no disfrutar

de tus vacaciones, pero la vida puede ser muy complicada, solo tienes que mirar tus informes y observar cómo viven otras personas. Sea lo que sea, seguro que tiene solución.

Intento sonreírle, porque la verdad es que tiene razón, pero solo me sale una mueca.

—Lo sé, Bea, gracias.

—La vida es sencilla, somos nosotros los que la complicamos.

Asiento con la cabeza y Bea se marcha.

La mañana avanza rápidamente, con reuniones y llamadas telefónicas que se suceden. En la sala de descanso, comparto con mis colegas anécdotas ligeras que nos ayudan a distender el ambiente por unos momentos. La camaradería en el equipo es un bálsamo necesario en un entorno tan demandante.

El reloj avanza y, por la tarde, me sumerjo en un caso de adopción que requiere atención meticulosa. Dialogo con los involucrados, negociando plazos y condiciones para garantizar un proceso justo y eficiente.

Al final del día, reviso mi escritorio, asegurándome de que todos los detalles estén en orden. Me despido de mis compañeros, sabiendo que cada acción que tomamos tiene un impacto real en las vidas de los niños a los que servimos.

Mientras salgo del edificio, el cielo ya ha adquirido tonalidades doradas. Reflexiono sobre el día, satisfecha por los avances logrados, pero igual de rota por dentro que esta mañana. Cada paso que doy, cada decisión tomada, contribuye a un propósito mayor: brindar un futuro más esperanzador a quienes más lo necesitan. Con esa convicción, me encamino hacia casa, lista para descansar y recargar fuerzas para los desafíos que el mañana traerá consigo.

No obstante, las palabras de Bea siguen resonando en mi cabeza durante más tiempo del que me gustaría, haciéndome reflexionar.

Y sí, la vida es demasiado corta, por eso decido arriesgar y jugarlo todo a una carta.

Cuando llego a casa sostengo el móvil entre mis manos con fuerza, dudando por un instante, pero pienso que si no destierro las dudas y el miedo de mi cabeza, jamás sabré qué pasará.

Así que trago saliva, abro la aplicación de Youtube, busco la canción que quiero, copio el enlace y se la mando a Cash ignorando el trote de mi corazón.

Love Story de Taylor Swift.

Romeo, llévame a algún lugar donde podamos estar solos.

Te estaré esperando, todo lo que queda por hacer es correr.

Tú serás el príncipe y yo seré la princesa.

Es una historia de amor, solo di "Sí".

Pero no sé nada de él hasta la noche del 29 de diciembre. La notificación de un nuevo mensaje de Cash ilumina la pantalla de mi teléfono y sus palabras despiertan en mí una mezcla de nerviosismo y emoción.

Estaré en el aeropuerto mañana por la mañana. Necesitamos hablar.

La ansiedad comienza a burbujear en mi interior, pero la decisión de enfrentar la situación me llena de determinación.

Me paso la noche en una danza de pensamientos y emociones. Repaso en mi mente cada palabra que quiero decir y cómo quiero expresar mis sentimientos. El tiempo avanza lentamente mientras mi mente corre velozmente por los caminos del pasado y las posibilidades del futuro.

Finalmente, a pesar de levantarme con cara de mapache por las ojeras que marcan mi rostro, dos medias luna bajo mis ojos que no me hacen nada atractiva, por cierto, la mañana llega con la promesa de encuentro.

Maquillo mi rostro para verme mona, me pongo unos vaqueritos y un jersey calentito, mis botas negras, el abrigo y mando un mensaje a mis amigas y a mi hermana para informarlas de lo que va a pasar a continuación.

Bueno, realmente no sé lo que Cash va a decirme, porque no soy Esperanza Gracia, pero las informo de que voy a reunirme con él en el aeropuerto.

Pienso que no me parece un lugar muy normal para tener una conversación y me da en la nariz que va a marcharse tras hablar conmigo, pero no quiero pensar demasiado en eso porque la sola idea de no volverlo a ver me da un tirón en el estómago y otro en el corazón.

El trayecto hacia el aeropuerto se siente como una montaña rusa de expectación y nerviosismo. Me pregunto si este encuentro marcará un nuevo comienzo o si será la despedida de una historia que apenas tuvo tiempo para florecer.

Al llegar, mi corazón late con fuerza.

Cash está ahí, esperándome. Nuestros ojos se encuentran, y en ese instante, la tensión se disuelve.

—Hola —digo cuando estoy frente a él.

En su rostro ya no queda rastro de enfado o tristeza, aunque tampoco sé descifrar lo que puede estar pasando por su mente en este momento.

Va muy guapo, con un jersey de cuello vuelto de color negro y unos vaqueros que le quedan como un guante.

—Hola, Mía —me dice él.

Y entonces me abraza.

Y me dejo abrazar.

Y volver a inhalar el aroma de su jabón para la ropa, de su cuerpo y de su perfume vuelve a normalizar los latidos de mi corazón.

—Te he... echado de menos —confieso todavía pegada a su cuerpo.

Me coge suavemente para separarme de él y me mira a los ojos.

—Creo que esto se nos ha ido un poco de las manos, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Solo era un juego, pero...

—¿Rubén? —me pregunta.

Niego con la cabeza, nerviosa.

—Rubén, nada, Cash. Estuve con él hace tiempo, tuvimos una relación. Quedé con él el otro día, antes de que tú llegaras, simplemente por cortesía y porque le tengo cariño. Fue él el que me besó.

—¿Y tú...? —pregunta, incómodo.

—Yo me sentí confundida —le confieso.

—¿Confundida?

—Sí. Porque tú todavía no habías llegado. Me sentía rara... De verdad, quería decírtelo, no sé por qué, porque ni siquiera había pasado nada entre nosotros. Pero no encontraba el momento.

—Lo habría entendido.

—¿Por qué te enfadaste tanto?

Cash se encoge de hombros.

—*I don't know*. Me molestó que me mintieras... sé que no había nada entre nosotros, no es una... ¿cómo se dice?

—¿Traición?

—Yes. No es traición, pero no me lo dijiste y yo...

—¿Tú, qué?

—Me gustas mucho, Mía. *I adore you* —me dice casi en un susurro.

—Yo también a ti. Y te aseguro que no quiero saber nada de Rubén. Cuando le vi por última vez, le dije que sentía cosas por ti a pesar de que nuestra relación era ficticia y... se puso como un loco.

—*What?*

Asiento con la cabeza.

—Me asustó y... menos mal que pude salir de allí.

Cash cierra los ojos, maldiciendo y con la mandíbula apretada.

—¿Estás bien?

—Sí, por suerte pude salir de allí. Lo demás... bueno, lo demás ya lo sabes. Mis padres —ladeo la cabeza de un lado a otro— y eso.

—¿Has hablado con ellos?

—No, aún no.

—Debes hacerlo.

—No, no puedo.

—Bueno, piénsalo, al menos. Son tus padres, os merecéis una conversación.

—Puede ser —admito, pero lo cierto es que no quiero seguir hablando de este tema.

Cash sonrío y me abraza de nuevo.

—¿Por qué me has citado aquí? ¿Te vas? —le pregunto con un nudo en la garganta.

—Sí. Voy a pasar la Nochevieja a Nueva York.

—Oh. ¿Con...?

—Nadie. Yo solo.

—Eso es...

En medio de la conversación, Cash me sorprende con un gesto inesperado y extiende un billete de avión hacia mí, lo que hace que deje lo que iba a decir a medias.

—¿Qué es esto?

—Tu billete. Tú compraste uno para mí, ahora yo compro otro para ti —me dice.

—Pero... yo... todavía tengo que darte el... dinero y...

—*Money*? Mi amor por ti no lo compra ni todo el oro del mundo —dice, y yo lucho por no derretirme en medio del aeropuerto.

Mis ojos miran el billete, y la realidad de la sorpresa se filtra en mi ser. Nueva York, la ciudad de los sueños, espera para recibirnos en la última noche del año.

Las lágrimas asoman en mis ojos mientras asimilo el gesto. Es un regalo que va más allá de las palabras, una invitación a construir recuerdos en un lugar que simboliza nuevos comienzos. La reconciliación y la esperanza se entrelazan en ese instante mágico.

—Ven conmigo —me pide.

Sonrío y me lanzo hacia él para besar sus labios.

Y siento que al menos una parte de mí vuelve a estar en orden.

Mi corazón de algún modo se siente completo y vuelve a latir al ritmo del suyo.

La Navidad puede traer sorpresas maravillosas con su magia y su nieve, y ahora sé que nunca hay que subestimarla.

Juntos, nos embarcamos en una nueva aventura. La Nochevieja en Nueva York se extiende ante nosotros como un lienzo en blanco lleno de posibilidades. El aeropuerto, testigo de encuentros y despedidas, nos ve partir algunas horas más tarde, cuando ya tengo conmigo una maleta y mi pasaporte, con una historia en construcción y la promesa de que este capítulo será diferente.

Además de vivir una Nochevieja mágica en las bulliciosas calles de Nueva York, Cash y yo exploramos cada rincón de esa ciudad que nunca duerme. Entre risas, paseos en Central Park y cenas en acogedores restaurantes, sentí que el mundo se detenía y que solo existíamos él y yo.

Una tarde, mientras paseábamos por Brooklyn, decidimos sentarnos frente al icónico Puente de Brooklyn y reflexionar sobre lo que queríamos para nuestro futuro juntos. Hablamos de sueños, de superar los obstáculos y, por supuesto, de nosotros.

De vuelta en Madrid, después de nuestra escapada neoyorquina, decido reunirme con Olivia y mis amigas para compartir todas las emociones y experiencias vividas, así que nos sentamos en nuestra cafetería favorita, y con un café humeante frente a nosotras, les cuento todo.

—Chicas, Nueva York fue increíble. Las luces, la gente, la energía... y Cash, bueno, simplemente mágico. Después de lo de Villa Nevada, necesitábamos un respiro.

—Así que, te quedas con su *nugget* —dice Clara levantando las cejas repetidas veces. Se cree graciosa o algo.

—¡Que no tiene un *nugget*! —exclamo.

—Paga —le dice entonces Clara a Sofía extendiendo la mano hacia ella—. Tú dijiste *nugget*, yo dije anaconda.

Las miro, completamente perpleja.

¿Se han apostado qué tiene mi novio entre las piernas?

Flipo.

—De verdad, alucino con vosotras —digo llevando las manos al aire y negando con la cabeza.

—Tus amigas están peor que tú —me dice Olivia al oído.

—Pues una de ellas es psicóloga —contesto dándole un codazo.

—¿Y has pensado en hablar con tus padres? —me pregunta Sofía.

Suspiro.

—Aún no he tenido el valor de enfrentar eso. Pero en Nueva York me di cuenta de que no quiero que nada ni nadie empañe lo que tengo con Cash. Aun así, debo hablar con ellos. Cash y yo hemos tomado una decisión y quiero hablar con ellos antes de llevarla a cabo.

—Eso es comprensible. A veces, hay que poner límites y centrarse en lo que realmente importa.

—¿Qué planes tenéis ahora? —me pregunta Olivia.

—Estamos pensando en mudarnos juntos. Pero quiero que todo sea perfecto esta vez. Quiero enfrentar mis miedos y hablar con mis padres sobre lo que realmente siento. Además, antes de eso, haremos otras cosas.

—Estamos contigo en lo que necesites. Y, por supuesto, queremos conocer más a Cash —

dice Clara.

—Sí, queremos saber todo sobre él —está de acuerdo Sofía.

—¿Otras cosas? ¿Qué cosas? —pregunta Olivia.

—Ya os enteraréis. De momento, quiero hablar con papá y mamá. Yo voy a dar el primer paso, no me importa.

La conversación continúa entre risas y confidencias.

Mientras comparto mi historia con ellas, siento un cálido apoyo que me impulsa a seguir adelante. Al fin y al cabo, la vida es un viaje, y con el amor adecuado, todo es posible.

Me centro en esa premisa durante todo el día. Tengo pendiente llamar a mis padres antes de que Cash y yo demos un giro a nuestra vida.

Sin embargo, quien se lleva una sorpresa soy yo cuando, al llegar a mi apartamento, encuentro a mis padres en el rellano de mi casa.

—¿Papá? —pregunto extrañada—. Mamá, ¿qué hacéis aquí?

Mi padre me mira con inseguridad, pero mi madre mantiene la cabeza agachada.

—Hija, que ni siquiera nos hemos felicitado el año nuevo ni nada. Olivia nos ha dicho que has estado en Nueva York —dice mi padre.

—Y con Hans —añade mi madre.

Sonrío y niego con la cabeza, pensando que nunca va a cambiar.

—Mamá, se llama Cash. Pasad, no os quedéis ahí.

Preparo café para los tres y nos sentamos en el sofá de mi pequeño salón.

—Yo también pensaba llamaros pronto —admito dando vueltas a la cucharilla de mi taza.

—¿Tú? —pregunta mi madre.

—Sí, yo.

Mi madre suspira y alisa la raya de su pantalón de vestir con las manos.

—Mamá, necesitamos hablar. Lo que pasó...

—Lo que pasó no tendría que haber pasado en Navidad —dice ella.

—Ni en Navidad ni en ningún otro día —añade mi padre.

Suspiro.

—He estado pensando en todo, en Olivia, en nosotros... Creo que hay algo que ha estado entre nosotras durante mucho tiempo, algo que necesitamos enfrentar.

—No quiero que discutamos otra vez —dice mi madre angustiada.

—Siempre me comparaste con Olivia, como si fuera un estándar que debía alcanzar. Pero eso siempre me ha hecho sentir insuficiente, como si nunca pudiera cumplir con tus expectativas. Con las de los dos —miro a mi padre—. No soy tan buena como para que aprobéis lo que hago.

A mi madre se le llenan los ojos de lágrimas.

—No lo hice para hacerte daño, Mía. Solo quería que fueras lo mejor que pudieras ser. Creía que diciéndote todo eso, sacarías tu máximo potencial, te retaría a dar lo mejor de ti.

—Lo sé, mamá, y no es mala idea. Pero creo que se perdió en el camino. No soy Olivia, y está bien. Somos diferentes, y eso no significa que una sea mejor que la otra. Necesito que me veas por quién soy y no por quién crees que debería ser. Necesito que dejéis de juzgar todo lo que hago. Ahora sé que no puedo vivir de la aprobación y aceptación de los demás, ni siquiera la vuestra.

Mis padres se quedan callados unos instantes. Momentos que a mí me parecen eternos a pesar de que siento que me he quitado de encima una mochila que pesaba demasiado.

Entonces, al fin, mi madre dice:

—Tienes razón, Mía. Debería haberte querido y apreciado por quien eres, sin compararte constantemente. Lo siento mucho, cariño.

Sonrío, aunque la realidad es que siento unas terribles ganas de llorar.

Llorar de amor.

De alivio.

De gratitud porque todo mejore.

—Nosotros te queremos hagas lo que hagas, hija —dice entonces mi padre, enterrando mis manos entre las suyas.

—Gracias, mamá. Sé que eres una gran madre. Solo quiero que me veas como a Mía, no como a la sombra de Olivia. Y que dejes de decidir por mí. Ya soy adulta.

Mi madre sonrío y asiente con la cabeza.

—Gracias, papá, yo también os quiero a vosotros.

—Lo haré, lo prometo. Y siempre estaré aquí para ti, sin importar lo que pase —dice mi madre.

—Eso es todo lo que necesito, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, Mía.

Me abrazo con mis padres y, ahora sí, me siento completa al cien por cien.

Son mis padres.

Seguramente no cambien ciertas cosas, pero para tener relaciones sanas, son necesarias conversaciones incómodas.

Entonces, me aventuro a compartir con ellos y a hacerles partícipes del giro que va a dar mi vida en pocos días.

Mis padres parpadean varias veces, mirándome, ojipláticos.

—Pero...

—Hija, no creo que...

—Papá, mamá, ya está hecho —digo colocando mis dedos detrás de la cabeza y dejándome caer de espaldas en el sofá.

Sonrío.

Soy feliz.

Qué ganas de que Cash llegue al apartamento para contarle todo.

Epílogo

El eco de estas últimas Navidades resuena aún en mi mente, marcando un capítulo inolvidable en mi historia. En los meses posteriores, la vida ha seguido su curso, llevándome por caminos que jamás imaginé.

He aprendido que la verdadera felicidad no reside en complacer a los demás, sino en encontrar la alegría en las elecciones que hacemos para nosotros mismos. No hay regla alguna que dicte cómo debe ser mi vida, excepto aquellas que yo misma elijo.

Mi hermana Olivia, con su divorcio y su nueva relación con Sara, me ha enseñado que el amor no entiende de etiquetas ni de convencionalismos.

He aprendido a ver más allá de las apariencias y a apoyar a quienes amo en su búsqueda de la felicidad, sin juzgar.

Con mis padres, las grietas en nuestra relación se han transformado en puentes de comprensión mutua. Han aceptado que mi camino no sigue la senda que habían imaginado para mí, pero están en continuo aprendizaje para valorar mi autenticidad.

La aceptación y el respeto son el pegamento que une a una familia, incluso cuando las visiones difieren.

Cash y yo hemos decidido escribir nuestra historia en lugares lejanos. Optamos por hacer un voluntariado en Tailandia, sumergiéndonos en una cultura rica y diversa.

De hecho, estoy escribiendo todo esto desde aquí, donde enseñamos inglés a niños de comunidades remotas, sobre todo Cash, aunque yo he mejorado mucho el idioma, construimos casas para aquellos que las necesitaban y compartimos experiencias con personas cuyas vidas son tan distintas y valiosas como las nuestras.

En este viaje estamos comprendiendo que el mundo es vasto y que cada uno de nosotros tiene el poder de marcar la diferencia.

El amor no solo se vive en las palabras, sino en las acciones cotidianas que construyen puentes entre corazones.

Todas estas lecciones aprendidas se entrelazan en la trama de mi vida, tejiendo una historia de aceptación, crecimiento y amor.

Hablo a menudo con Sofía y Clara, que siguen tan locas como siempre.

Sobre todo Clara.

De Rubén no he vuelto a saber nada, pero la verdad es que no me hace falta en absoluto.

—Quería decirte algo... —me dice Cash de pronto.

—¿Qué es?

Observo que entre las manos tiene una especie de circulito hecho con ramitas pequeñas.

Alzo una ceja, no entiendo nada.

—Cásate conmigo —dice entonces, dándome el circulito que ahora sé que es un anillo.

—¿Cómo?

—Esta vez te lo pido de verdad —dice.

—¿Lo otro fue mentira? —bromeo.

—Mía, *please*, me tiembla todo el cuerpo —me dice con el corazón encogido.

Me río y siento cómo el mío se hace más y más grande dentro de mi pecho.

—Acepto.

—*Really?*

—*Of course, my love.*

Junto mis labios con los suyos y nos besamos de forma apasionada.

—Pero aquí no tenemos *chorras* con *chocolate* para el banquete —digo.

Rompemos a reír en carcajadas y nos acomodamos sobre una hamaca.

Está atardeciendo y este momento en Tailandia no puede ser más mágico.

Con el corazón lleno de gratitud, me embarco en la próxima etapa de mi viaje, lista para enfrentar lo desconocido y celebrar la belleza de cada momento.

Te animo a que tú hagas lo mismo.

Feliz Navidad.

Gracias por llegar hasta aquí.

Si quieres leer más novelas mías, te dejo a continuación otros títulos que puedes encontrar en Amazon:

- La luz de Luna.
- Malas noticias: te odio
- Un canalla encantador.
- Niñero por sorpresa.
- ¡Querido destino, no me gusta mi vecino!
- Llámame fuego.
- Llámame agua.
- Roberto, llévame al huerto.
- Con tu camiseta y unas bragas.

También puedes seguirme en mi cuenta de Instagram: @natalia_escribe para no perderte ninguna noticia relacionada con mi trabajo y estar al tanto de todos los lanzamientos.